IMPEDIMENTA

CĂTĂLIN PARTENIE

La Madriguera Dorada

Traducción de Laura Fernández

La Madriguera Dorada

CĂTĂLIN PARTENIE

Traducción del inglés a cargo de
Laura Fernández

IMPEDIMENTA

Amor, revolución y rock 'n' roll. En pleno declive del régimen de Ceausescu, tres jóvenes rebeldes se reúnen en un almacén olvidado y eligen la música como refugio.

«No podía dejarlo. Cuando lo terminé, se me saltaron las lágrimas»

Julian Semilian (traductor al inglés de Mircea Cartarescu)

«Lo que hace que este libro sea especial es la forma en que está escrito; es como si el lector se encontrara con un viejo amigo que está dispuesto a relatar los acontecimientos que le han convertido en lo que es hoy».

Andreea Bogdan, *Echinox*

Para mi padre, Ştefan Partenie

The buds

1

Paul era mi mejor amigo. No sé quién le disparó. Te lo dije cuando hablamos por teléfono. Lo que sé es que le dispararon delante de Muzica. No tengo fotos suyas. Tampoco tengo ninguna de las canciones que tocamos juntos porque nunca las grabamos.

Mamá dice que no te esconda nada. Y no pienso hacerlo.

Lo conocí en septiembre de 1988. En mi primer año de instituto. Un día me salté las dos últimas clases para ir a la Mazmorra. La Mazmorra era un cuartucho húmedo, sin ventanas, en el sótano de un centro juvenil. En lugar de una puerta corriente, tenía dos puertas de hierro forjado. Era el local de ensayo de una banda de rock. The Buds. Cuando no estaban allí, cerraban el par de puertas con una cadena y un candado. Cuatro tíos delgaduchos de pelo corto. Por entonces éramos todos delgaduchos. Los conocí en ese mismo centro juvenil, después de su primer concierto, que, por lo que sé, fue también el último; el colofón de algún tipo de festival de instituto. Eran mayores que yo, pero aún iban a clase. Guitarra, bajo, teclado, batería y voz. Aquel día no esperaba encontrármelos allí, pero cuando bajé, las puertas de la Mazmorra estaban abiertas.

—Eh, Fane, gracias por pasarte —dijo Virgil. Era el líder de la banda.

Fane es el diminutivo de Ştefan; y es como siempre me han llamado. Probablemente creas que rima con «rey» pero no es así. Tiene dos sílabas, y la tónica es la primera; porque el «Fa» suena como el fa de do-re-mi-fa, y el «ne» como el de Nebraska.

—Vamos a grabar dos canciones en la radio, en un estudio de verdad —dijo Virgil—. No nos iría mal que alguien nos echara una mano. ¿Te apuntas?

—Claro —dije fingiendo indiferencia.

—Genial, sabía que podíamos contar contigo. Lo primero es lo primero. Saquemos el equipo al pasillo. Todo menos la batería.

Dijo «equipo» como si este consistiera en dos toneladas de cosas.

—¿La batería no?

—No. Luego te cuento por qué. Vamos.

Virgil tenía una Jolana, una guitarra blanca hecha en Checoslovaquia. El bajista, Toni, tenía un bajo rumano, negro, con el golpeador en blanco. Florian, el teclista, tenía un pequeño órgano, un Vermona. La batería era vieja, solo tenía un plato y no tenía bombo. Nadie sabía de qué marca era. El tipo que la tocaba se llamaba Eugen. Tenían un amplificador Vermona y una cabina de fabricación casera, de solo un altavoz. Los Vermona se fabricaban en la RDA. Los dos eran de Virgil.

Florian había cubierto el teclado con una manta; era una manta de lana con flecos; no tenía funda. No tenían fundas para nada. Lo sacamos todo al pasillo, y Virgil llamó a un taxi. Metimos el amplificador, la cabina y los cables en el maletero, y el teclado y las guitarras en el asiento trasero. Virgil se subió al taxi, Toni, Florian y yo pillamos el trolebús.

—¿Dónde está Eugen? —pregunté.

—Eugen ha abandonado la Mazmorra —contestó Florian.

—¿Ha dejado la banda?

—No. Lo hemos echado nosotros. En realidad, lo ha echado Virgil. Esta es la versión corta de la historia: Virgil conoce a un técnico de sonido en la radio; a cambio de un cartón de Marlboro, que le compramos a un camionero búlgaro, el técnico nos consigue dos horas de estudio, para grabar dos canciones, las dos son de Virgil. Y va Eugen y nos dice, hace tres días, que no le va bien porque su nueva novia, Raluca, o Ralu, como él la llama, lo ha invitado a su casa. Un batería de verdad nunca pondría a una chica por delante de la música.

—¿Y qué vais a hacer?

—Cuando Eugen nos dijo que no iba a venir, Virgil llamó al técnico de sonido y le dijo que nuestro batería había tenido un accidente de coche. «Nada serio, apenas un susto, pero no se ve capaz, ¿podríamos cambiar ese par de horas a otro día?» El técnico le dijo que no. Que estaban todas las horas pilladas rollo por meses. «Vale —le dijo Virgil—, ahí estaremos pues, seguro que no tarda en recuperarse.» Le dije a Virgil que podía haberle dado otro cartón de Marlboro, pero Virgil me dijo que con uno era suficiente. Yo creo que si le hubiéramos dado dos nos habría cambiado el día sin problemas.

—¿Y qué pensáis hacer? ¿Tocar sin batería?

—Un milagro, Fane, necesitamos un milagro. ¡La esperanza es lo último que se pierde! Llamamos a veinte colegas y al final un amigo de un amigo nos puso en contacto con un batería que nos dijo, ¡ayer!, que nos salvaría el culo. Tiene equipo propio y hemos quedado, ¡ahora!, directamente en la emisora. No se sabe nuestras canciones y nosotros no sabemos si es bueno. ¿Y si es malo? Oh, pero ya sabes como es Virgil. Prefiere no hablar de ello. Y, en cualquier caso, sea bueno o malo, quiere echarnos una mano. Es decir, ¿a cuántos baterías conoces dispuestos a hacer algo así? Y gratis, claro.

—¿Cómo que gratis?

—Que no ganamos nada con esto.

Cuando llegamos a la parte trasera del edificio de la emisora, donde estaba la entrada de personal e invitados, vimos a un tipo junto a un Škoda amarillo. El Škoda tenía un bombo sujeto al soporte del techo. El bombo, que era azul y muy grande, estaba atado con cuerdas.

—Ahí lo tenemos —dijo Florian.

El tipo tenía el pelo largo, se había hecho una raya en medio, le brillaban los ojos.

Era Paul.

2

El Vermona tenía cuatro entradas. Virgil lo colocó sobre la cabina. Conectó los instrumentos: su guitarra, el bajo y el teclado. El técnico colocó un micrófono delante del amplificador, luego se llevó a Virgil a una esquina y le puso delante otro micrófono. Virgil era el cantante. Luego le pidió a Paul que colocara su batería en el rincón opuesto. Paul tenía una batería Trowa, otra marca de la RDA. Un tom, dos platos, un tom base grande, aquel era un equipo de los de verdad; los tambores tenían un acabado azul brillante. Cuando Paul estuvo listo, el técnico colocó un micrófono delante del bombo y otro entre la caja y el charles. Luego se metió en la sala de control y me dijo que podía ir con él; me pareció un gesto amable, quiero decir, no se suele invitar a un *roadie* a la sala de control. El tío no me parecía particularmente simpático, aunque a lo mejor era porque no le veía los ojos, quedaban ocultos tras el par de cristales verdosos de sus gafas, que parecían haber sido hechos con una botella de sifón.

La sala de control era más pequeña de lo que pensaba. La pared que la separaba de la sala de grabación tenía una ventana enorme. Dentro había una mesa de mezclas, con muchos vúmetros, un enorme magnetófono, algunas sillas. En la pared del fondo había un perchero del que colgaban un montón de bufandas de lana, de diferentes tamaños y colores. Junto a la mesa de mezclas, sentada en un taburete, había una anciana de larga melena blanca que tejía una bufanda también blanca.

—Vale —dijo el técnico ante el micrófono—. Hagamos una prueba de sonido. Voz. Di algo. Un, dos. Bien. Normalmente grabamos la voz por separado, primero grabamos los instrumentos. Pero eres bueno, así que lo haremos a la vez. Venga. Teclado. Ajá. Bajo. Bien. Guitarra. Estupendo. Batería: dame el bombo. Bueno. El charles. Genial. Vamos con la caja. Golpes sencillos. Para. Otra vez. Para. Mierda. —Se dio la vuelta y le dijo a la anciana: «La verde, por favor». La mujer se levantó y, con una calma tremenda, se acercó al perchero, cogió la bufanda verde y se la tendió.

—Gracias, Georgiana —dijo. A continuación, entró en el estudio con la bufanda en la mano y la ató al parche de la caja de Paul, como si quisiera protegerlo del frío, de las corrientes de aire—. Que la guitarra suene algo distorsionada está bien —me dijo cuando volvió a la sala de control—, pero la caja tiene que sonar como apagada.

¿Había alguna directiva del Partido para el sonido de la batería? No pregunté.

—Otra vez, la caja. Golpes sencillos. Así está mejor. Me gusta.

Virgil abrió de repente la puerta de la sala de control, se acercó al técnico y le dijo:

—Una cosa. El batería ya está recuperado. No fue más que un rasguño, en un hombro, ni lo notas si no se quita la camisa. Es buenísimo el tío, de verdad, pero ¿podríamos tocar primero las canciones sin él? Solo una vez. No es que haya perdido la memoria ni nada por el estilo, pero nos iría bien tocarlas sin él, ¿qué me dices?

Era una petición rara. Evidentemente, era la única manera que tenía Paul de escuchar las canciones antes de ponerse a tocar con la banda.

—Vale —dijo el técnico al final—, pero solo una vez, que no tenemos mucho tiempo. —Ya lo he dicho: aunque no lo parecía, el tío era majo. Virgil volvió al estudio y el técnico dijo —: Atención. Primera toma. Sin batería. ¿Listos? ¡Vamos!

Me levanté esta mañana,
y oí a mi guitarra,
decirme algo,
viaja todo lo que puedas, me dijo,
y eso es lo que pienso hacer.

Era una melodía roquera de ritmo rápido, con buenos acordes. La voz de Virgil no estaba mal. La habían tocado en aquel concierto al que fui.

—Para —dijo el ingeniero—. Para. Eso no ha estado bien.

—¿Cómo? ¿El qué? —preguntó Virgil. Se comunicaban a través de los micrófonos y de los altavoces.

—No sé. ¿Viaja todo lo que puedas? ¿Por qué, te dirán? ¿Es que no te gusta esto? No van a aprobar una letra así.

—Sé que tienen que aprobar las letras —dijo Virgil—, pero creo que son lo suficientemente ridículas. Las he escrito yo.

—*Tú* crees que son ridículas. Mira, no tiene sentido grabar algo así. Y no vamos a grabarla. Acabo de decidirlo. Es broma. Probemos con la segunda. ¿Vamos como antes? Vale. Atención todo el mundo. Sin batería. ¡Acción!

La segunda era horrible. Una balada lenta y desastrosa. Una de las peores que había escuchado. No creo que la hubiesen tocado en aquel concierto, la habría recordado. El estribillo era insoportable.

Nieva, nieva, nieva, sobre la gente.
Gente, gente,
sé amable siempre.
Canta, canta, las flores crecerán,
y los pájaros vendrán.

Pensé que el técnico diría: «Para, para, tampoco podemos grabar esta. Nadie emitiría semejante basura nunca». Sin embargo, dijo:

—Eso está mucho mejor. —Ajustó algunos botones de la mesa de mezclas y dijo—: Venga, vamos con esta. Quiero todos los instrumentos y la voz. Y os quiero concentrados, que grabamos. ¡Acción!

No sé cómo explicártelo, pero la cosa es que con la batería era otra canción. Paul le metió un ritmo reggae, que pilló a todo el mundo por sorpresa y lo cambió todo. Aquella cosa dejó de ser una balada de mierda y se convirtió en una locura de reggae loco con una letra tremendamente irónica. No deja de nevar sobre todos nosotros, la gente, y hace frío, demonios, y cuando llegamos a casa tenemos que dejarnos el abrigo puesto porque no tenemos calefacción, pero ¿qué podemos hacer? ¿Protestar frente a la sede del Partido? No, todo lo que podemos hacer es cantar, y si cantamos, crecerán flores en nuestros apartamentos y nos rodearán los pájaros. Virgil y el resto no le quitaban el ojo de encima a Paul —¿reggae?, ¿en serio?—, y Paul permanecía inexpresivo. Así quedó la cosa. La caja, sujeta como estaba con la bufanda de lana, sonaba alta y clara porque Paul estaba marcándose unos *rimshots*, golpeando con sus baquetas tanto el borde como el centro de la caja. Pensé que el técnico acabaría pidiéndole a Georgiana otra bufanda, pero no lo hizo.

3

Con dos tomas ya lo tenían. El técnico les aseguró que había quedado estupendamente y se apresuró a echarlos del estudio, aunque oficialmente les había reservado dos horas. Sacamos el equipo a un pasillo y de allí lo llevamos a un pequeño aparcamiento cercano. Lo amontonamos todo y Virgil le pidió a Paul que se uniera a la banda. Paul le dio las gracias, pero le dijo que, aunque no tenía banda entonces, no estaba buscando una, tenía otros planes. Virgil insistió.

—Tenemos un local de ensayo gratis, es grande y luminoso, y nuestro último concierto fue un éxito y terminó con una larguísima pieza psicodélica. Podría haber sido aún más larga pero el director del centro juvenil en el que estábamos tocando desconectó el amplificador.

Supongo que es así como funcionan las cosas. Cuando eres bueno en algo, no pueden soportarlo.

No mentía. El concierto acabó con un tema instrumental, que seguía y seguía, y parecía que no acabaría nunca. Se terminó porque alguien desconectó el amplificador, aunque no sabría decir quién. Mientras tanto, Paul había acercado su Škoda al aparcamiento y había empezado a cargar su batería, y lo hacía con cuidado porque no tenía fundas para nada. Le pregunté si necesitaba ayuda y me dijo que no, pensé que no quería que nadie tocase aquella batería azul. Puso el bombo en el portaequipajes, lo ató y luego le pregunté dónde la guardaba, y me dijo que en casa, en el sótano. ¿Quería que le echara una mano? No dijo que no.

Me volví hacia Virgil y le dije que Paul guardaba su batería en su apartamento, que estaba en un décimo piso y que se le acababa de estropear el ascensor, así que tenía que ir con él y echarle una mano. Aquello fue de lo más inesperado. Se suponía que estaba allí por ellos, y me estaba yendo con el batería que acababa de negarse a unirse a la banda. Les dije:

—Nos vemos pronto. —Y me subí al coche de Paul, que no dijo nada, y nos fuimos.

—¿Tan malos son? —le pregunté al cabo de un rato.

—No están mal, pero no creen que puedan llegar a ser lo suficientemente buenos.

—Tocas genial. Y tienes un buen equipo.

—Sí, gracias. Se lo compré a un tío que tocaba en un restaurante y que se casó con una sueca; o ***băbăciune,*** como él la llamaba, que no es exactamente la clase de apelativo cariñoso que utilizarías con tu mujer, pero bueno. Me contó que primero tuvo que esperar a que aprobasen la boda. Cuando llegó la aprobación, resultó que lo único que decía era que podía casarse con una extranjera. Cuando se casaron, ella volvió a Suecia y él se quedó en Rumanía a esperar su pasaporte. Casarse es una cosa; poder salir de Rumanía para reunirte con tu mujer, otra. Al tío le entró el pánico. «Joder, ¿y si se muere de vieja antes de que yo consiga el pasaporte?» Al final, lo consiguió, y, en dos semanas, vendió todo lo que tenía y se largó. Tuve suerte; no podía encontrar otro comprador en tan poco tiempo, así que me la vendió por lo que le ofrecí. Me dijo que ojalá yo no tuviera que elegir nunca entre una mujer y una batería.

Paul vivía con sus padres en un bloque de apartamentos de cuatro pisos construido en la década de los 50. Disponían de un pequeño trastero en el sótano. Allí dejamos la batería. Era un lugar limpio y agradable, pintado de blanco. Me agradeció que le hubiese echado una mano y me dijo que nos habíamos ganado un Double Horse. Abrió un paquete de cigarrillos y me ofreció uno. En el paquete había dos caballos, uno blanco y otro negro. Era un paquete de cigarrillos chinos, de una marca llamada Double Horses. No es que yo fumase de forma habitual, solo de vez en cuando en los baños del instituto, y siempre el mismo tipo de cigarrillo: uno ligero con filtro, algo llamado Snagov, horroroso. Nunca había fumado un cigarrillo chino. Lo encendí, a la espera de que el humo me resultase desagradable, pero me pareció relajante. Tenía un aroma dulce, como a madera. Fue aquel aroma el que me animó a

decir:

—Paul, ¿sabes lo que me gustaría? Me gustaría que montaras la batería y tocaras un poco.

Me miró y me pareció que su mirada decía: «¿Por qué has tardado tanto en pedírmelo?», y lo preparó todo. El bombo, el pedal del bombo, el tom, el tom base, la caja, el charles, los dos platos. Luego golpeó suavemente el parche del tom base con el pulgar y comenzó a apretar los tornillos con una pequeña llave.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Afinarlos. Los tambores se afinan.

No tenía ni idea.

—Los tambores tienen algo muy especial. Si dudas cuando tocas, lo notan y no les gusta. No me refiero a tocar con suavidad, me refiero a tocar sin estar por completo entregado. No puedes engañarlos, ¿sabes? Te calan al momento.

Cuando terminó de afinar los tambores, tocó el ritmo reggae que había tocado en el estudio, pero sonó muy distinto a como lo había hecho a través de los altavoces de la sala de control. Porque todo lo que nos rodeaba vibraba —la batería, el aire, las paredes—, y hasta parecía que mis tímpanos se habían convertido en un tambor. No sabía que un plato puede pintar el aire de diferentes colores ni hacer rebotar las baquetas de manera que dejas de saber si son las baquetas las que han golpeado el plato o si ha sido él el que las ha golpeado.

Algunos de mis amigos tenían guitarras, violines e incluso pianos de pared, pero no sabía de nadie que tuviera una batería. Aquella Trowa, aunque hubiera sido una ganga, debía haberle costado muchísimo. ¿Cómo había convencido a sus padres para que se la compraran?

El plan

I

Iba al sótano de Paul casi cada día. Vivíamos en el mismo barrio: Floreasca. Yo vivía en un bloque de apartamentos que probablemente era más viejo que el suyo. Nosotros también teníamos sótano, pero nuestro trastero era tan pequeño que apenas daba para guardar un bidón de plástico. Su casa estaba a veinte minutos a pie de la mía. De camino, pasaba junto a una vieja estación de autobuses, un busto de Giuseppe Garibaldi, una antigua fábrica de Ford (nacionalizada por los comunistas) llamada Automatica, luego cruzaba una vía de tranvía y llegaba al bloque de apartamentos de Paul. Si esto fuera una película, bastaría con que la cámara se alzase un poco y yo me colocara ante el bloque, para que así se viera el lago Floreasca, que es bastante grande. En la otra orilla se vería parte del Cartierul Primăverii, el barrio de la Primavera, el mismo donde vivían Ceauşescu y todos los peces gordos del régimen, en enormes villas construidas en el período de entreguerras. Cuando era niño, solía vagar por esa parte del lago, pero en 1988 se llenó de milicianos que no te dejaban pasar. La ş de Ceauşescu debía pronunciarse como la s de Sean. Connery Sean.

Al principio pensé que el sótano de Paul estaría lleno de gente, sobre todo, de chicas, ¿o no era eso lo que pasaba cuando eras batería y encima tenías una batería en el sótano? «Supera eso», me dije. Pero Paul estaba siempre solo. Podía tocar allí porque en el piso de arriba vivía un viejo medio sordo, sir Michael. En realidad, se llamaba Mihailovici, pero los vecinos lo llamaban sir Michael. Fue el padre de Paul el que empezó a llamarlo así. Solía pasear al perro por el lado equivocado de la calle.

Paul era cuatro años mayor que yo. Yo tenía quince años y él estaba en el primer año de la Facultad de Filosofía. Cuatro años de diferencia es llevarse mucho tiempo cuando eres un chaval, y temía que no quisiese salir conmigo. Pero no le importó. Charlábamos, fumábamos aquellos Double Horses y luego él tocaba un rato. Le gustaba tocar y a mí me gustaba

escucharlo. Le gustaba darle duro y de una forma poco convencional. Y nunca bajaba el ritmo. Era sorprendente, y mi sorpresa persistía, un golpe tras otro, como lo hacía el regusto de un Double Horse. Seguía conmigo durante un puñado de compases, y yo trataba de anticiparme a lo que iba a hacer a continuación. Era emocionante. Sus baquetas eran como un par de proas abriéndose camino a través de lo desconocido.

2

Una noche me dijo que sir Michael tenía invitados y que le había pedido que no tocara.

—Ese es el trato, cuando me pide que no toque, no toco. Hace años, su médico le pidió que dejara de fumar, y él lo hizo, pero le quedaban un montón de Double Horses. Es mi proveedor.

Esa noche hablamos mucho y me contó su plan secreto. El plan que iba a convertirlo en una especie de príncipe.

—En verano toqué con una banda en un restaurante. Necesitaban un batería durante un par de semanas. Tres repertorios por noche, nada del otro mundo. Poco antes de que la cosa se acabara, tuvieron que ir a una audición para renovar sus tarjetas de artista, y adivina qué. Me llevaron con ellos. Así que ahora tengo una tarjeta de artista. La primera. No tengo que renovarla hasta dentro de cinco años. Como en el 93.

—¿Así que eres estudiante de Filosofía *y* artista?

—No les dije a los viejos *crooners* del comité de audiciones que era estudiante. Les dije que acababa de terminar el instituto y que quería ser batería. Tocamos una canción y listo. Tocamos *Măicuţa mea* y dijeron: «Suficiente, gracias».

—*¿Măicuţa mea?*

—Sí. *My dear little mum,* de Temistocle Popa. «Te lo agradezco, querida madre». No me fastidies, todo el mundo la conoce.

—Yo también. No puede ser más cursi.

—Es buena idea en audiciones así tocar cosas cursis, porque siempre hay viejas glorias en los comités.

Sacó su cartera y me enseñó su tarjeta de artista emitida por el Consejo de Cultura y Educación Socialista.

—Con esta tarjeta —dijo— viviré como un príncipe. *Y* oficialmente perteneceré a la clase trabajadora.

—¿Quién va a contratarte?

—Con esta tarjeta, Fane, cualquiera puede contratarme oficialmente en un restaurante,

como batería de una banda.

—¿Un príncipe trabajando en un restaurante? ¿Solo durante los veranos?

—No, todo el tiempo.

—No está mal, pero eres estudiante de Filosofía. Cuando te gradúes, serás profesor de Filosofía, ¿no?

—Mira, aquí manda la Lógica. Dios sabe por qué, porque el marxismo no tiene nada que ver con ella. En cualquier caso, el tercer año suspenderé el examen de Lógica. Lo suspenden un montón de estudiantes, pero acostumbran a estudiar como locos después y lo aprueban en septiembre, en la recuperación. Bueno, pues yo también suspenderé el de recuperación.

—Pero entonces tendrás que repetir tercero, ¿no?

—¿Y qué? Volveré a suspender. Seguiré soltándoles las cosas más ilógicas que existan hasta que me echen. Y entonces seré absolutamente libre. Como el disco de Frank Zappa, ***Absolutely Free***. ¿Has escuchado a Zappa?

—¿Y luego qué?

—Ya te lo he dicho. Me meteré en una banda de restaurante.

—Pero, Paul, eres muy bueno, ¿no quieres dar conciertos? ¿Irte de gira?

—No puedes vivir de conciertos y giras. Nadie puede.

—Pero ¿y si los tíos de la banda no te caen bien y no son tus amigos?

—Lo más importante en esta vida es poder valerte por ti mismo. Me levantaré cuando me dé la gana, eso para mí es ser rico. Además, no tendré que asistir a las reuniones del Partido y escuchar esos discursos tan interminables sobre nuestra sociedad socialista multilateralmente desarrollada.

—¿Cómo vas a librarte de las reuniones del Partido?

—No pienso ser miembro del Partido. El Partido no quiere baterías en sus filas.

—¿Por qué?

—Porque no se fía de nosotros.

—Paul, estás loco.

—¿Tú crees?

—No sé, tío…, ¿no puedes sacarte el título antes y luego vivir como un príncipe?

—Si acabo mis estudios y me saco el título, me mandarán a una escuela en algún pueblo olvidado y lejano y me obligarán a dar clase durante tres años. Ese es el trato, no hay forma de evitarlo. Y esa es la teoría, que son solo tres años, pero en realidad ya nunca podré salir del sistema. Como mucho podré pedir el traslado a otra escuela en otro pueblo olvidado y lejano. Seré un siervo de por vida. Un siervo que da clases, pero un siervo al fin y al cabo. Daré clases de Historia, de Dibujo y de Gimnasia.

—¿No darías clase de Filosofía?

—La Filosofía solo se enseña en el instituto, en el último curso, y apenas hay trabajo en los institutos, con suerte salen una o dos plazas al año. Pero no importa, acabar dando clases

de Filosofía tampoco sería ningún consuelo.

—Entonces, ¿a qué esperas? ¿Por qué no lo dejas ya?

—Por mi padre. Él es el verdadero loco de la familia, no yo. «¿Quieres ser batería cuando el régimen está *in full swing?*» Eso fue lo que me soltó cuando me compré la batería. Es buen tío, pero le falta un tornillo. Quiero decir, se cree muy gracioso, pero no hace ninguna gracia.

—Pero te pagó la batería, ¿no?

—Me la pagó mi madre. Es todo cosa suya. Tenía algún dinero ahorrado. Me dijo: «Paul, si vas a la universidad, te daré dinero para que te compres una batería. Porque sé que eso es lo que quieres, una batería».

—¿Y por qué elegiste la Facultad de Filosofía?

—Bueno, ¿qué quieres? No soy muy listo que digamos. No estaba preparado para el conservatorio y después de descartar Matemáticas, Física, Química, Literatura, Historia, Bellas Artes y Teatro, solo quedó Filosofía. Es un examen escrito; dos asignaturas: Filosofía y Economía Política. Y los libros de texto son finísimos, puedes memorizarlos en unos meses.

—Sí, pero… ¿la Filosofía y la Economía Política no son una mierda?

—¡Claro! Cualquier trabajo de admisión debe incluir al menos dos citas de un discurso de Ceauşescu. Eso me dijo una profesora en mi último año de instituto.

—¿Y qué hiciste?

—Cuando le dije a mi madre que no podía memorizar nada que hubiera dicho Ceauşescu, se rio de mí.

—¿Se rio de ti?

—Sí. Y luego me soltó dos citas, que dijo que eran extractos de un discurso que había dado hacía poco Ceauşescu. Una decía algo así como: «No basta con escribir sobre cosas abstractas, aunque, de alguna forma, también sean necesarias. Es maravilloso oír un buen poema de amor, pero no es suficiente». La otra era: «La vida ha demostrado encarecidamente que la ley dialéctica que tiene que ver con los conflictos internos y externos debe instarnos a luchar con todas nuestras fuerzas para cumplir nuestros sueños». Luego me dijo que una de las dos frases era suya pero que la otra se la había inventado. «¿Cuál crees que es la suya?», me preguntó. «Debe ser la primera —le dije—. La de las cosas abstractas y el amor, porque no tiene ningún sentido.» Y mi madre dijo: «¡Sí, señor! ¡Ese es mi chico!». Y me sentí como Mowgli cuando mira fijamente a Kaa a los ojos. Y ella dijo: «Paul, escucha. Sé que puedes hacerlo. Te gusta el jazz. Todo lo que tienes que hacer es improvisar. Improvisa una cita que te parezca adecuada para completar el examen. No importa si tiene sentido o no. ¿Vale? Nadie notará la diferencia». Y tenía toda la razón.

—¿Tu madre te pidió que mintieras?

—Es listísima, ¿sabes? Y valiente. Creció en un orfanato. Tiene la piel oscura y dice que es gitana, pero solo Dios sabe si lo es de verdad. De todos modos, mi padre es de otro rollo. Tengo que prepararlo, por su bien. Quiero decir, tendré que repetirle un millón de veces que

la Lógica no es lo mío antes de suspender ese estúpido examen. Cuando era niño, me gustaban las uvas, y él no hacía otra cosa que pelarme uvas. Decía que la piel las hacía menos dulces. No me queda otra. Aunque no va a ser fácil, porque dice que un trabajo de profesor es ideal para alguien que tenga pensado casarse y formar una familia. Se casó con mi madre cuando era un crío. De hecho, es mucho más joven que ella.

—Mi padre era igual. Solía mentirle muchísimo y siempre me decía a mí mismo que era por su propio bien.

—Mira, la Lógica es la Lógica, y si no es lo mío, ¿qué voy a hacerle?

El maestro

I

Una noche, aproximadamente un mes después de conocernos, fui al sótano y me encontré a Paul con una botella en la mano.

—¿Quieres un poco? No tengo vasos.

Era una botella de Bastion, un brandy rumano.

—Este semestre estamos dando a los griegos. Unos tíos rarísimos, todos. Heráclito el que más. Dice cosas como: «La gente no entiende lo obvio». Es decir, eso mismo es bastante obvio y aun así no lo pillamos.

—No lo pillo.

—Imagina que un día te topas con un grupo de chavales y te dicen: «Lo que vemos y atrapamos lo dejamos atrás; lo que no vemos ni atrapamos lo llevamos con nosotros». ¿Qué están intentando decirte?

—Ni idea.

—No importa, Homero tampoco lo pilló.

—¿Homero?

—Homero, el poeta ciego, y, según Heráclito, el más sabio de los griegos. Un día, cuenta Heráclito, Homero se encontró con unos chavales que le soltaron ese acertijo, y él, el más sabio de los griegos, no lo pilló. Aunque era obvio. Hablaban de piojos.

—¿De piojos?

—Sí, de piojos. Tenían piojos. «Lo que vemos y atrapamos lo dejamos atrás; lo que no vemos ni atrapamos lo llevamos con nosotros.» ¿Lo pillas? ¡Por Heráclito!

—¡Por Heráclito! —dije. Le di un trago a aquella cosa y me pareció que un río de fuego fluía por mi garganta.

—Me han expulsado —dijo Paul.

—¿Expulsado? ¿Qué dices? ¿Cuándo?

—Esta mañana.

El río de fuego trataba de fluir hacia atrás, y el camino hacia abajo y hacia arriba eran el mismo: ardían.

—Dios, Paul, ¿por qué te han expulsado?

—Ayer nos dijeron a los estudiantes de primero que se suspendían las clases, que había un autobús esperándonos y que teníamos que subirnos para que nos llevase a un estudio de televisión. Íbamos a pasar de hacer bulto en una clase sobre Heráclito a hacerlo en un homenaje a Ceauşescu.

—Y en el estudio… ¿qué pasó en el estudio?

—Acabamos en un escenario, rodeados de banderas, ante lo que parecía una valla publicitaria en la que podía leerse la edad de oro y en la que había también dos enormes fajos de trigo. Dos fajos muy muy grandes. No creo que fuesen de verdad. Les habían encasquetado una hoz a cada uno encima, como en el emblema. Da igual, la cosa es que no teníamos que hacer nada, éramos como extras mudos. Solo estábamos allí para flanquear a un tipo con un traje negro y a una mujer vestida de campesina, con bordados por todas partes. El director, con sus vaqueros y sus zapatillas blancas (unas Adidas, claro), estaba emocionadísimo. Iba de un operador de cámara a otro. Todos lo llamaban Maestro. Cuando por fin gritó: «¡Acción!», el tío de negro empezó a cantar una especie de himno patriótico y pensé que la cosa sería fácil porque estaba cantando en ***playback,*** ¿y qué podía torcerse en un ***playback?*** Pero no habían tocado más que un par de compases cuando el Maestro explotó en plan: «¡Joder, corten, joder! —y señaló en nuestra dirección—. ¡Tú! ¡Fuera! ¡Largo de aquí!». Y nadie entendía qué estaba pasando exactamente. «¡Tú, el de la barba, ¿estás sordo? ¡Largo! ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta de que tiene barba?» Un compañero de clase tenía barba, y ya sabes. El caso es que di un paso al frente y dije: «Maestro, discúlpele, va muy estresado últimamente. No hacemos más que leer a filósofos griegos, y él se ha saltado alguna clase, y esos filósofos son realmente malos, nunca sabes en realidad de qué hablan, y también tienen barba, y mi colega…».

—Paul, ¿cómo se te ocurre hacer algo así?

—Era una broma. Pensé que el tipo se calmaría. Pero no se calmó. «Genial, otro imbécil», le gritó a su asistente, una chica delgada. «Estudiantes de Filosofía. De qué me sorprendo. ¿Cómo voy a rodar un programa así si estoy rodeado de idiotas? Dime, Margareta, ¿cómo?» La chica se llamaba Margareta. Había bajado la vista y estaba pálida. Dije: «Maestro, la verdad es que no es nada fácil encontrar cuchillas de afeitar estos días». Pensé que entonces sí, que sin duda aquel chiste haría reír a todo el mundo, pero el Maestro se enfadó aún más. «Pagarás muy caro lo que has hecho», me gritó. «¿Cómo te atreves? ¡Escribe tu nombre en un pedazo de papel, y lárgate!» Y luego… Bueno, no sé lo que me pasó, te juro que no lo sé, el caso es que dije: «De acuerdo, camarada Maestro, adiós». Y todo el mundo enmudeció. El Maestro,

Margareta, los electricistas, los operarios, el barítono, todo el mundo. Se hizo el silencio. Y me largué. Y eso fue todo.

—¡Dios santo, Paul! ¿Camarada Maestro?

—Ya.

—No puedes llamar «camarada» a un director de televisión con vaqueros y Adidas. No es un director de colegio. ¿No sabes lo locos que están los artistas? Y este además debe de estar conectado, porque no le encargan a cualquiera un programa sobre la Edad de Oro.

Paul no dijo nada y le dio otro tiento al Bastion. Lo miré. Puso esa cara impasible suya. Igual me estaba perdiendo algo.

—Por supuesto que está conectado. Ha quedado claro. Esta mañana me ha llamado la secretaria de la facultad y me ha dicho, sin rodeos, que estoy expulsado y que, personalmente, estaba muy muy decepcionada conmigo.

Quise decirle que yo también lo estaba, pero me callé. Y entonces caí.

—No estás bebiendo porque estés al borde de la desesperación… Dios, Paul, ¡estás celebrándolo!, ¿verdad? Ya no vas a tener que esperar tres años para suspender ese examen. Ya puedes vivir como un príncipe.

—Fue un impulso. Cuando dijo: «Pagarás muy caro lo que has hecho», vi que tenía ante mí una oportunidad única. Y le contesté: «Lo que usted diga, camarada Maestro».

2

Marx y Engels se dejaron crecer grandes barbas y bigotes; Lenin lucía un bigote y una perilla cuidadosamente recortados; Stalin tenía suficiente con su enorme mostacho. Ceauşescu, en cambio, iba bien afeitado. «Imponente es el barco, hábil el timonel.» Son los versos de algún poeta. Ceauşescu era nuestro timonel, un tipo bien afeitado al mando de todo.

Y, como todo timonel, estaba rodeado de contramaestres, y estos habían decidido que no podían aparecer hombres con barba ni en la televisión ni en las fotografías que se publicaban en los periódicos.

En ese momento había escasez de muchas cosas, pero no recuerdo si eso incluía las cuchillas de afeitar. La escasez era impredecible. Recuerdo que, por aquella época, una vez fui a un gran almacén y lo único que tenían era vino espumoso barato y bragas.

El gruta

I

Poco después de ser expulsado, Paul llamó a unos cuantos colegas y uno le habló de una banda de un resort de montaña que estaba buscando desesperadamente un batería con tarjeta de artista porque el suyo los había dejado tirados.

Paul llamó al líder y le dijo que él tenía tarjeta y una batería.

—Sube mañana, entonces. El gerente del restaurante me ha dicho que si encuentro a alguien con tarjeta de artista, el trabajo es suyo.

No podía creerme que hubiera dado con una banda tan rápido.

Aquel día, Paul empaquetó su batería y me pidió que me fuera con él.

—Me voy mañana por la mañana. Mi padre dice que me acerca.

Y entonces nos fumamos un puñado de Double Horses, tantos que estaba un poco mareado cuando me fui. A la mañana siguiente, me di cuenta de que me había dejado la chaqueta en el sótano y por la noche fui a buscarla. Fue entonces cuando conocí a sus padres. Me pediste que escribiera sobre ellos.

Llamé al timbre y esperé. Paul nunca me había presentado a sus padres. Jamás había estado en su casa.

—Pasa —dijo una voz musculosa detrás de la puerta. Entré y en el pasillo vi a un hombre sentado en una silla. Tenía aspecto de tipo duro y llevaba unas pinzas ajustables para bicicleta en los pantalones.

—Te conozco —dijo—. Soy Dan. Puedes llamarme Dan. Tu chaqueta está aquí. Paul la subió antes de que nos fuéramos. Nos marchamos temprano.

Estaba intentando pegar una fotografía ovalada en la pared. Una vieja foto de un hombre de aspecto melancólico, con bigote y que parecía estar bastante perdido.

—¿Sabes quién es?

—Me temo que no.

—Es Proust. Marcel Proust. El escritor.

—El mismo.

En la pared había una mancha oscura, también redondeada, y había colocado la fotografía de Proust justo encima.

—Aquí antes había un reloj. ¿Ves esa mancha circular en la pared? Es donde estaba el reloj. La cosa es que el reloj se paró un día y le pedí a mi mujer que lo llevase a una tiendecita que hay cerca de la clínica para ver si lo podían arreglar. El reloj iba siempre adelantado veinte minutos. De hecho, era la única manera de que llegara a tiempo por la mañana. Al final, lo llevó. Ayer. Lo llevó a la pequeña tienda de reparaciones, y el chico lo arregló al momento. Entonces ella se lo metió en el bolso y adivina qué. Lo perdió. Fue a hacer unos recados y lo perdió, y no recuerda dónde. Por eso estoy colocando a Proust en su lugar, para recordar a mi mujer que tiene que buscar el reloj perdido.

Se echó a reír, se puso en pie y me invitó a entrar al salón, y allí me preguntó si quería un poco de un brandy buenísimo. Bastion, claro. Fue oír el nombre y querer salir corriendo de allí. Dije que debía rechazarlo porque tenía deberes para el día siguiente.

Él se llenó igualmente un vaso, y dijo:

—¡Por la amistad!

El padre de Paul no me estaba vacilando, solo era un tío divertido. Pero yo no me lo esperaba. Me había imaginado a un padre triste, inconsolable. Acababan de expulsar a su único hijo de la Facultad de Filosofía y ahora tocaba la batería en un restaurante.

—Verás, oficialmente, aún estoy cabreado y preocupado por lo que ha ocurrido, pero, como dice mi mujer, ya nos preocupamos demasiado cuando estaba en el ejército, y lo hicimos por nada porque al final le fue estupendamente. En cualquier caso, te diré por qué estoy contento. Pero tienes que prometerme que no le dirás nada a Paul. Estoy contento porque por lo menos esto ha servido para que rompa con Mina. «Si te mudas a ese sitio en la montaña, lo nuestro se acabó.» Eso le dijo Mina. ¿La conoces?

—No.

—Vive sola en un piso pequeño. Lo que no está mal. Pero tiene once años más que Paul. A veces le da por aplicarse una capa de pasta de dientes en los pezones. ¿Puedes creértelo? No sé cómo explicarlo de otra manera. Bueno, supongo que eso es asunto suyo, en cualquier caso. Pero ¿sabes a qué se dedica? No lo adivinarías ni en un millón de años. ¡Es embalsamadora! Embalsamadora profesional. Trabaja en la morgue de un gran hospital. ¿Cómo podía siquiera pegar ojo por las noches al pensar que mi hijo salía con alguien que embalsama cadáveres? Me reí del asunto un día. A Paul no le gustó. Le dije: «Vas por buen camino, hijo, porque, según Aristóteles, la vida de un verdadero filósofo debería ser una preparación para la muerte». ¡Lo dijo Aristóteles! Lo comprobé. Está en *La disculpa de Platón*.

Luego oímos ladrar a un perro, y la puerta principal se abrió.

—Ya han vuelto —dijo Dan—. Fane está aquí, cariño.

Un perro blanco con una mancha negra en un ojo entró en el salón y se me acercó moviendo la cola.

—Ese es Pirata, un perro callejero que adoptamos —dijo Dan—. Y ella es mi mujer, Ham. Perro y jamón, una buena combinación.

—Es un apodo —dijo Ham—. Se le ocurrió a Paul. Supongo que no está bien que un hijo le ponga a su madre un apodo así, pero es cariñoso. —Ham tenía el pelo, los ojos y la piel muy oscuros.

—Es asistente de fisioterapia —dijo Dan—. Es tan buena, sabes, que incluso tiene clientes por su cuenta, y un año, uno de esos clientes era un sargento del ejército. Pobre tipo, se había fracturado un hombro. Se emborrachó durante un simulacro de tiroteo nocturno y cayó en una trinchera. Lo operaron, pero, aun así, no podía mover el brazo demasiado bien. Todo le funcionaba más o menos correctamente, salvo ese brazo. Estaba a cargo del comedor de oficiales de una base militar que se hallaba a las afueras de Bucarest. ¡Santa madre de Dios! Mantequilla, jamón, leche, filetes… Cualquier cosa que se te ocurriera, él podía conseguírtela. Así que llegaron a un acuerdo. Ella le arreglaría el brazo y él le pagaría con comida. Y en cada una de sus entregas semanales, el sargento incluía un paquete de lonchas de jamón; un jamón tierno, rosado, maravilloso, y ella lo reservaba para Paul, para su desayuno. De ahí le viene el apodo. Pero para hacerlo más apetecible, Paul eligió el equivalente inglés de jamón: Ham.

En el pasillo, cuando me marchaba, Dan observó la fotografía de Proust y dijo:

—Qué curioso. La mancha oscura circular de la pared parece como si fuera el aura de Proust. No queda del todo mal. El aura de Proust es la sombra de un reloj. ¿Qué te parece?

—¡Vaya! —No supe qué más decir.

—Me gustas. Pareces un chico listo —dijo—. Escucha. Duerme en un hotel y comparte cuarto con el líder del grupo, Marius. Pero Marius sale con una chica de la ciudad y nunca duerme allí. Me ha dicho que vayas cuando quieras. Puedes usar su cama.

2

No recuerdo si el restaurante se llamaba de verdad el Gruta o si era la gente la que lo llamaba así porque estaba en el sótano de un edificio enorme, una mezcla de tiendas y de locales de alquiler de esquís en el que también había un cine. Se contaban todo tipo de cosas sobre aquel sitio. Como por ejemplo que, hacía unos años, un caluroso día de verano, Nicuşor, el hijo pequeño de Ceauşescu, pasó por allí al volante de un coche blanco, y en el capó, sujeta a los parabrisas con cintas blancas, había una mujer rubia con un hermoso vestido de noche. El

vestido se le subía por el cuerpo y revoloteaba al aire. Paul me habló de ello cuando nos encontramos en la estación de tren. No me lo creí. Quiero decir, por entonces no tenía ni idea de nada y no me parecía que el Gruta fuese tan elegante como para atraer al hijo de Ceauşescu, pero la cosa cambió en cuanto puse un pie allí. No daba crédito a lo que veía. Las mesas estaban cubiertas con inmaculados manteles blancos; las sillas, tapizadas, y los camareros y camareras vestían pantalones negros y camisas igual de blancas.

La banda no tenía nombre, pero ocupaba su propia mesa, junto al escenario. Paul me los presentó a todos: Marius, el señor Bumblebee y Peter. Paul era sin duda el más joven del grupo. Marius y Peter eran treintañeros ya. El señor Bumblebee lucía una bonita barba recortada y era claramente mucho mayor que el resto. No sé por qué lo llamaban señor Bumblebee, es decir, señor Abejorro. La verdad es que nunca averigüé su verdadero nombre.

Peter subió al escenario, que era un poco bajo y estaba algo combado, y se acercó a una silla en la que había una guitarra cubierta por una pieza de satén blanco. Una Fender Stratocaster. Uf, era un tío con suerte, con mucha suerte. La cogió y comprobó los ajustes de su amplificador. La Fender era espectacular: tenía el mástil de arce, el cuerpo de fresno con acabado transparente y el golpeador negro. El amplificador era una caja de madera de aspecto pesado, pintada de negro y con un asa de plástico maciza en la parte superior. Estaba hecho a mano. En la parte delantera tenía un embellecedor de aluminio con lo que parecían cuatro enormes potenciómetros. Me acerqué al escenario para ver qué aspecto tenía por detrás. Estaba abierto, y dentro había un altavoz Celestion, con una pegatina en la que podía leerse: «Rola Celestion Ltd. Foxhall Road, Ipswich, Suffolk, England».

Peter llevaba una bonita pulsera de cuero negro.

—Me gusta tu pulsera.

—La llevo en señal de luto. Por Tommy Bolin.

Yo no sabía quién era Tommy Bolin, así que no dije nada. Me miró y añadió:

—Era el guitarrista de Deep Purple. El que sustituía a Blackmore.

Me sentí obligado a decir algo, así que pregunté:

—¿Cuándo murió? El tío ese, quiero decir, el que reemplazó a Blackmore.

—¿Acaso importa? —Se reclinó, levantó la guitarra y agregó—: Ey, ¿controlas de rock?

Y empezó a tocar, con suavidad, el volumen bajo, sin distorsión, pequeños solos que terminaba con un vibrato alto, alargando el sonido sin usar la palanca, solo la mano.

Pasaron dos chicas y una le dijo a la otra:

—Su digitación es increíble.

Y Peter la oyó, pero adivina lo que hizo. Nada. La ignoró. Ni siquiera levantó la vista.

Peter solo tenía ojos para Oksana, cuando Oksana estaba cerca. Éramos todos, en realidad, los que solo teníamos ojos para ella. Alta, elegante, de piel clara y larga melena negra, y ojos castaño oscuro, Oksana era la camarera a cargo de la mesa que ellos ocupaban. La cena corría a cuenta de la casa. Oksana me dijo que los amigos de la banda no tenían por qué pagar

tampoco.

—Es majísima —dijo Paul—. Y nuestras raciones son enormes, ya verás. De hecho, son más grandes que las del resto de clientes.

La cena fue estupenda: cerdo a la plancha con patatas fritas, pepinillos y vino tinto.

—¿Comes así todos los días? —le susurré a Paul.

—Ya te digo —me contestó.

Oksana trajo una copa para mí también, aunque supongo que era evidente para todos que yo tenía menos de dieciocho años, pero nadie dijo nada y Paul la llenó de vino, un cabernet búlgaro que era a la vez seco y dulce. Después de la cena, todos desaparecieron. Oksana se acercó y me rellenó la copa.

—Tienen que ponerse las camisas —me dijo—. Por expreso deseo del camarada B. B. El tío que lleva esto. A mí me gustan, pero Paul las odia.

El primero en reaparecer, con camisa y todo lo demás, fue Peter. La camisa era una cosa rosa estilo Elvis. Luego llegaron los demás, todos con su camisa rosa; y a las siete en punto arrancaron con un popurrí de bossa nova, en plan instrumental, que tocaron a un volumen muy bajo porque la mayor parte de los clientes estaba pidiendo todavía la cena. Paul tocaba con escobillas. Era la primera vez que veía a alguien tocar la batería con escobillas. Dios, cómo había echado de menos aquella batería. Absorbí aquel sonido como un yonqui que inhala la primera bocanada de humo después de un largo período de abstinencia.

Tenían un sistema de megafonía pequeño pero muy eficiente, un Peavey con dos altavoces de tamaño medio subidos a un par de trípodes. La banda sonaba bien, muy equilibrada. Marius tocaba un piano eléctrico, un Hohner, que había conectado a un Boss Super Chorus. El señor Bumblebee tenía un amplificador de bajo Roland Cube y un bajo Rickenbacker —un auténtico Rickenbacker negro con el golpeador blanco, y un sonido profundo, absolutamente maravilloso, quizá un poco demasiado seco para la bossa nova—. Luego tocaron algo de jazz y Paul cambió a baquetas. Después de finalizar el primer repertorio regresaron a la mesa y pidieron más cabernet búlgaro.

El señor Bumblebee se bebió dos copas, una tras otra. Luego me miró y dijo:

—Antes vivía en Floreasca, en la calle Puccini. Vivía con mi mujer. Puccini y Glinka. Antes viví en Bach. Puccini, Glinka, Bach… —Pronunció aquellos nombres como si hablara de la firma de un bufete de abogados—. Nunca permitas que tu mujer haga turnos de noche —me dijo, y se bebió otra copa.

—Su mujer lo abandonó —me susurró Paul al oído—. Trabajaba en una fábrica y al parecer tuvo una aventura con su jefe. Él no hacía más que decirle que su jefe era un imbécil porque la obligaba a trabajar de noche. Y al cabo de un tiempo, una de esas noches, después de no sé cuántas semanas, el señor Bumblebee llamó a la fábrica y el vigilante descolgó el teléfono y le dijo: «Se debe haber equivocado de fábrica, camarada. Aquí no hacemos turnos de noche. Nunca los hemos hecho».

El segundo repertorio consistió básicamente en un puñado de éxitos de música disco de los setenta, rumanos e italianos. No reconocerías ninguno, entonces el Rickenbacker del señor Bumblebee sonaba más como en casa, con aquel tono seco suyo. En cuanto a Paul, tenía un micro delante del bombo conectado al equipo, y cada dos compases, más o menos, el bombo de Paul y el bajo del señor Bumblebee coincidían, y era alucinante. Créeme. En la pista de baile había colgada una bola de discoteca, y los clientes bailaban.

Después del segundo repertorio, regresaron a la mesa a beber un poco más de aquel cabernet búlgaro.

—Cualquiera diría que Paul fue una vez estudiante de Filosofía —dijo el señor Bumblebee—. Venga, Paul, cuéntanos cómo era tu vida como estudiante de Filosofía.

—No hay mucho que contar —dijo Paul.

—Háblanos de ese profesor tan triste que tenías —dijo el señor Bumblebee—. Paul tenía un profesor de Idealismo Materialista que estaba siempre triste.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Marius.

—Porque me ha hablado de él. Paul, cuéntales lo que me contaste.

—Déjalo en paz, colega —dijo Marius—. ¿No ves que es un tío reservado? No insistas.

—Un día, ese profesor va y les pone deberes. Tienen que leer algo de… Échame una mano, Paul, ¿quieres? ¿De quién era el texto?

—De Hegel —dijo Paul.

—Eso es. Hegel, un tipo muy influido por Marx. De hecho, Marx hizo algo más que influirlo, lo puso en su lugar.

—¿Por qué? ¿Es que había estado enfermo o algo?

—El tío era muy listo, ya sabéis, y pensaba que la mente era la base de todo. Así que no pensaba en otra cosa que en su cabeza. O sea, ¿no fue él quien dijo que la mente es la base de todo? Gracias a Dios, Marx pasaba por allí. Pero, en cualquier caso, la cosa que debían leer para clase era de un libro llamado, y eso sí que lo recuerdo, ***La filosofía de la historia***. Y Paul va a la biblioteca y en el papelito del préstamo escribe: «Hegel, ***La historia de la filosofía***», y el bibliotecario le da un libro de Hegel que se titula ***La historia de la filosofía***.

—¿Y eso te parece divertido? —preguntó Marius aguantándose la risa.

—Lo que pasa es que Hegel escribió solo dos libros —dijo Paul—. Uno se titula ***La filosofía de la historia;*** el otro, ***La historia de la filosofía***. Los confundí.

—Sí, pero ¿qué me dices de Hegel? ¿No debía estar él también un poco confundido? —dijo el señor Bumblebee—. Apuesto a que lo estuvo hasta que llegó Marx.

Y entonces Marius no pudo contenerse y estalló en carcajadas.

—Y en la siguiente clase, el profesor va y le pregunta a Paul: «¿Qué dice Hegel en las páginas que tenías que leer para hoy?». Y Paul dice que algo sobre Heracles.

—Heráclito —corrigió Paul.

—Eso, perdona. Y el profesor va y dice: «Estás jugando con fuego». Y entonces se fija en

el libro de Paul, el que Paul tiene delante, y se da cuenta de que es *La historia de la filosofía,* de Hegel, y le dice: «Este libro no es». Y Paul dice: «Con todos los respetos, camarada profesor, yo creo que sí». Y el profesor dice: «Oh, Dios, ¿cuándo hemos rebajado el nivel de acceso hasta este punto? ¿En qué va a convertirnos esta política de admisión?».

Y luego todos nos echamos a reír, yo también. Marius miró al señor Bumblebee y dijo:

—¡Bribón materialista! —Y estalló en carcajadas.

Después Oksana llegó a la mesa para servirnos el café. Primero se lo sirvió a Paul y luego al resto, y nadie dijo nada mientras lo hacía. En realidad, lo que nos sirvió no era café. El café había desaparecido hacía mucho. Era algo a lo que llamábamos *nechezol,* que sería algo parecido a «relinchón», una especie de polvo negro que no sabía exactamente a café, pero que al menos te subía la tensión y que podía hacerte relinchar como un caballo si te tomabas las tazas suficientes.

A las nueve comenzaba el último repertorio, que era otro popurrí de éxitos rumanos e italianos, pero esta vez interpretados como si los hubiera escrito Ritchie Blackmore. La guitarra de Peter sonaba más alta y distorsionada, y él se marcaba un solo en mitad de cada canción: con ese vibrato suyo, tan potente, demoledor, la mano como tratando de escabullirse, moviéndose con rapidez, parecía un pájaro, un pájaro que hubiese quedado atrapado entre un montón de cuerdas y tratase de escapar. Para entonces, el señor Bumblebee estaba un poco borracho y para mantener el equilibrio tuvo que colocar el extremo del mástil del Rickenbacker en una cabina, en el espacio de un asa lateral. Pero no falló ni una sola nota. Acabaron con una canción muy bonita que Marius cantó en inglés.

—Es Supertramp —susurró Oksana en mi oído, como si supiera que no tenía ni idea de qué canción era—. No recuerdo el título. Fue idea de Paul, lo de esa canción. Ojalá pudiera bailar, pero las camareras no lo tenemos permitido. Va sobre un tipo que no quiere convertirse en un intelectual. Yo no sé inglés, pero Paul sí.

Los clientes bailaban. Durante la pieza, el piano reverberaba de forma agradable, y Paul sopló un pequeño silbato de sirena al final.

A las 21:30 en punto apagaron sus amplificadores, Paul dejó las baquetas en la caja y todos volvieron a su mesa a fumar. Por entonces se podía fumar en cualquier parte, el único sitio en el que no se podía era en la iglesia. Todos los camareros entregaron las cuentas a sus clientes. A las 21:45 un camarero gordo avisó, en voz muy alta, de que el Gruta cerraría en quince minutos, y a las diez el sitio estaba vacío. Oksana y otras camareras se sentaron a la mesa.

—Hay una nueva regla —me contó Paul—. La música debe dejar de sonar a las 21:30 en punto y el restaurante debe cerrar a las diez. La clase trabajadora se tiene que ir pronto a la cama. Pero aquí los príncipes y su corte pueden quedarse tanto tiempo como les venga en gana.

Cuando entré en la habitación de Paul en el hotel, estaba más borracho incluso que el señor Bumblebee.

Había dos camas individuales, una estaba hasta los topes de ropa; la otra estaba vacía. Di por hecho que la vacía era la de Marius y me dejé caer en ella. Tumbado bocarriba todo lo que podía observar era lo que quedaba sobre mi cabeza: una bombilla que me alumbraba de forma despiadada. De repente, empecé a ver palabras rodeándola: Rola Celestion, Foxhall Road, Suffolk, England. Y luego vi una ciudad futurista en mitad de un paisaje que parecía sacado de Narnia. Sobre ella alguien había escrito «Ipswich».

Al día siguiente, era domingo, volví a Bucarest y cogí un maxi-taxi desde la estación central para llegar a casa. Todos los asientos estaban ocupados, así que me abrí camino como pude hasta la mitad del pasillo y me agaché. Los maxi-taxis eran minibuses de ruta fija. Tenían alrededor de veinte asientos y estaban destinados a transportar solo pasajeros sentados, pero había tanta gente esperándolos que el conductor no podía evitar que subieran y abarrotaran el pasillo. El problema radicaba en que los minibuses en cuestión no eran muy altos por dentro y los pasajeros sin asiento no podían estar de pie, tenían que inclinarse, a veces casi noventa grados, dependiendo de lo altos que fueran, y agarrarse a lo que pudieran. Fuera como fuese, la cosa es que mientras me encontraba en aquel maxi-taxi, agachado y todo eso, me di cuenta de que una mujer de mediana edad con un montón de bolsas en el regazo me miraba divertida, y pensé que debía ser por la manera tan ridícula en la que iba encorvado. Pensé, ya sabes, que debía de parecer una especie de pervertido. Pero pronto me di cuenta de que no, no era eso. Era porque cada diez segundos o así mi mano izquierda, la mano con la que me sujetaba a la barra, aleteaba como si en vez de una mano fuese un pequeño pájaro que se hubiese quedado pegado a esa barra y que en aquel momento estuviese tratando de escapar.

Un batería desarrollado unilateralmente

I

Al día siguiente llamé a Virgil. Temía que se hubiera enfadado por haberme largado de la emisora aquel día con Paul, pero no, me tranquilizó diciendo que todo iba bien. Le pregunté si la canción que habían grabado había sonado ya en antena y me dijo que no tenía ni idea. El reggae solo podía emitirse por la noche, eso creía, y aunque había pasado un montón de noches en vela, pegado a un pequeño transistor que tenía, no había llegado a oírla. Lo que hizo al final fue volver a la radio y pedirle al técnico que se la grabara en una cinta de casete, pero el ingeniero le dijo que reutilizaban los masters de grabación porque no tenían pasta para comprar más cintas y que aquella ya la habían usado, en la que habían grabado su canción, al menos cuatro veces. Qué más daba. Habían perdonado a Eugen, pero les habían echado de la Mazmorra. Le dije que sentía oír todo aquello y luego le hablé de la razón por la que había llamado: quería comprar una guitarra eléctrica.

—¿Para ti?

—Sí, quiero ser guitarrista de rock.

Pensé que se reiría, pero no lo hizo, y me dijo que daba la casualidad de que tenía una pequeña guitarra eléctrica que un tío le había cambiado por un bafle. Una guitarra pequeña, de cuerpo fino y rojo, y una única pastilla, sin nombre, sin marca. Se la compré ese mismo día.

Cuando llegué a casa, toqué una y otra vez los riffs de apertura de ***Mistreated***. Las cuerdas estaban un poco altas, quedaban lejos del diapasón, eran rígidas y gruesas, lo mejor sería tomar un analgésico si quería seguir tocando. De todos modos, toqué esos riffs durante horas, y luego la pieza entera. Y aunque lo que sonaba no se parecía demasiado a ***Mistreated***, no me importaba.

Mamá puso mala cara cuando se la enseñé y le dije que me había gastado todos mis

ahorros en ella. No le dije que iba a necesitar un amplificador para que sonara, y ella no me preguntó por qué a ciertas guitarras se las llama «eléctricas».

2

En mi cuarto tenía una radio de válvulas fabricada en Rumanía con un gran altavoz y un tocadiscos en la parte superior, todo en un estuche de madera. Era una cosa vieja, pesada y engorrosa, con un dial enorme lleno de nombres de ciudades de Europa del Este. No tenía ningún disco, pero una vez un compañero de clase me había prestado ***Made in Europe,*** de Deep Purple. Es un álbum en directo. Una de las canciones me había volado la cabeza: «Mistreated». Me había gustado tanto que había estado a punto de programar el despertador en mitad de la noche para escucharla. Puse el disco sin parar durante cuatro días porque luego tenía que devolverlo. Subía el volumen al máximo y las válvulas de la radio hacían que la guitarra de Ritchie Blackmore sonase aún más distorsionada. Era un álbum desplegable en el que podían verse fotos de los conciertos del grupo. Llevaban el pelo larguísimo. Ritchie Blackmore tenía una Fender Stratocaster; el bajista, un Rickenbacker. Cuando me metía en la cama, contemplaba aquellas fotografías como un monje en su celda habría contemplado unas imágenes sagradas. Nunca pensé que ***yo mismo*** pudiera estar en una banda.

Nunca me había dado por tocar la guitarra, ni siquiera después de conocer a Virgil y a su banda. Todo cambió cuando puse un pie en el Gruta; desde aquel momento no deseé otra cosa que ser guitarrista y tocar con Paul y llevar una camisa estilo Elvis y comer cerdo a la plancha con patatas fritas y pepinillos cada día y beber cabernet búlgaro y charlar con camareras elegantes y altísimas.

3

El sábado siguiente volví al Gruta. Quería contarle a Paul lo de mi guitarra, pero quería contárselo sentado a su mesa, después de que hubiesen tocado el último set de la noche. Y esa noche tocaron muy bien. El local estaba lleno y todo el mundo bailaba. Durante la canción de Supertramp, vi a Oksana junto al escenario; estaba bailando y, por momentos, hacía como que tocaba una batería invisible.

A las 21:30 apagaron los amplis y se sentaron a la mesa. Todos encendieron un cigarrillo,

y me dije que iba a dejar que Paul le diera un puñado de caladas antes de soltarle la gran noticia. Pero entonces el señor Bumblebee me miró y me preguntó:

—¿Cuántos bajos Rickenbacker dirías que hay en toda Rumanía ahora mismo?

—Oh, no, otra vez no —dijo Marius.

—Hay tres 4001, un 4000 y un Ibanez, que es una réplica de un 4001.

—Por el amor de Dios, ¿cómo lo sabes?

—Te diré cómo. Hace unos años…

No acabó la frase porque dos chicos se habían acercado a la mesa. Uno llevaba una mochila. La abrió y resultó que estaba llena de latas de cerveza Tuborg. Nos dio una a cada uno. Por aquel entonces, los grandes hoteles tenían pequeñas tiendas de productos importados de Occidente, pero solo los extranjeros podían comprar en ellas, y solo podían hacerlo en moneda de cambio.

—*Kennen Sie Zabadak?* —dijo el de la mochila.

—*¿Zaba* qué? —preguntó Paul.

—*Zabadak* —dijo el otro—. *Klasse. Nummer eins der Hitparade*.

Resulta que eran dos turistas alemanes borrachos. Dos turistas borrachos de la Alemania Occidental. Por eso habían podido comprar aquellas latas de Tuborg.

—Es una canción —dijo Marius, y tiró de la anilla de su cerveza, sin acabar de abrirla del todo. Por entonces no estábamos acostumbrados a tirar de anillas de aquel tipo porque ninguna de nuestras bebidas se vendía en latas. La espuma blanca empezó a brotar y Marius tuvo que darle un trago para que no se desbordara, pero como tenía mucho gas, se le metió en la nariz y se puso a toser como un loco.

—Es *Bier mit Gas* —dijo el señor Bumblebee y se rio, y el resto abrimos nuestras latas. La espuma blanca empezó a brotar por todas partes, y nos la bebimos y tosimos como locos, todos menos Paul, porque él no llegó a abrir su lata.

Los alemanes sonrieron y el de las latas dijo:

—*Bier für Musik*.

—Cantadla y la tocamos —dijo el señor Bumblebee.

—*Was?*

—Yo la conozco, conozco la maldita *Zabadak* —dijo Marius—. La tocaremos para vosotros. Pero no os va a salir barata.

—Escuchad —dijo Paul—, a *dieser Man,* a herr Bumblebee, le gusta el jazz, no puede tocar *Nummers eins der Hitparade*. *Verstehen Sie?* El tío vio tocar a Charles Mingus en Bucarest, no creo ni que podáis imaginar lo que es eso. ¿Podéis? ¿Mingus? ¿Jazz?

—*Zabadak*, vodka —dijo Marius.

—*Was?*

—*Wir Zabadak, Du* vodka.

—*Euer teuerster Drink*…

—¿Qué?

—Dice que cuál es la bebida más cara que hay aquí. Camarero, una botella de ron Havana Club.

—*Prima!* ¡Cubalibre! *Zabadak!*

—Tíos, parad —dijo Paul.

Pero el camarero ya estaba en la mesa, con un montón de pequeños vasos y la botella de Havana Club. Lo había puesto todo allí encima y estaba sirviendo la bebida.

—*Prost* —dijeron los alemanes, brindando.

—Proust —dijo el señor Bumblebee y se rio, y todos apuramos nuestro vaso. Fue como si alguien me golpeara en el estómago con un bate. El único que no tocó el vaso fue Paul. El señor Bumblebee se subió al escenario, se puso tras la batería, se sentó en el taburete de Paul y, después de un puñado de redobles en el tambor, tan ruidosos que en vez de baquetas parecía tener martillos en las manos, dijo:

—Vale, colegas, démosle. —Y se cayó del taburete, pero se levantó al instante, él solo.

Volvió a sentarse en el taburete de Paul y volvió a caerse. Se levantó de nuevo, esta vez con dificultad, y decidió sentarse ante el piano y dijo:

—Listo cuando lo estéis.

Luego Marius se subió al escenario, cogió la Fender de Peter, puso todos los controladores de volumen del amplificador al máximo y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, un micrófono se acopló a lo bestia con el Celestion de Peter, y todos en el Gruta nos quedamos sordos. Entonces Marius le gritó a Paul:

—¡Paul, te necesitamos! Sin batería, *kein Zabadak*.

Cuando el acople del micrófono cesó, Paul dijo:

—Por más que vivamos en una sociedad multidesarrollada, ciertos baterías no pueden tocar ciertas cosas. *Klar?*

Se levantó y se fue.

Yo me marché con él y, al cabo, le pregunté:

—Paul, ¿quién es Charles Mingus?

—Un genio. Tocaba el contrabajo. Hacía jazz, jazz de verdad. El señor Bumblebee lo vio en Bucarest. En la Sala Palatului. Hace millones de años. Debió ser al final del deshielo. Al final del deshielo, Fane. El señor Bumblebee tiene dos discos de Mingus. Uno con su mejor pianista: Don Pullen. Cuando Marius le da duro a su Hohner, el señor Bumblebee le grita: «Pullen cae por KO».

—¿Pullen cae por KO?

—Sí, porque es como si hubiera noqueado a Pullen. Lo siento, pero creo que lo dejo.

—¿Dejas el Gruta? ¿En serio? ¿Qué pasa, te has cansado del cabernet búlgaro y del cerdo a la parrilla gratis?

—Un día no había calefacción en el restaurante y cuando tocamos *The Girl from*

Ipanema nos salía vaho por la boca a todos. Quiero decir, a nosotros, a los camareros, a los clientes. El vaho de Ipanema. Pero no, no es por el Gruta.

—¿Entonces es por la banda? Paul, son buenísimos.

—¿Sabes que tienen que aprobar el repertorio de todas las bandas que tocan en bares, restaurantes, bodas y celebraciones privadas?

—¿Quién?

—La Asociación de Artistas Profesionales. Marius se pasó por allí en septiembre, antes de que empezáramos en el Gruta, con el anterior batería, y le dieron dos listados: uno largo, que solo tenía canciones rumanas, tanto viejas como de ahora, y otro muy corto, que por lo menos tenía algunos éxitos italianos, franceses y serbios. Sergio Endrigo, Mireille Mathieu. Así que Marius escogió treinta temas de la primera lista y como cinco de la segunda. Escribió los títulos en un pedazo de papel y lo dejó allí para que lo aprobaran. Se lo aprobaron, y volvió. Aquello se convirtió en el repertorio de la banda, no pueden tocar nada que no esté ahí.

—¿Y qué hay de Supertramp?

—Eso fue idea mía. Se lo comenté a Marius y Marius se lo dijo al camarada B. B. Es el encargado del restaurante. Le dijo: «Camarada encargado, necesitamos tocar algo distinto o nos vamos a volver locos. Estamos hartos de *Să nu ne despărțim* y de *Partirà, la nave partirà*. ¡Apiádese de nosotros!» Y el camarada B. B. dijo: «De acuerdo, haré como que no lo he visto o, mejor dicho, como que no lo he oído. Porque me gusta lo que hacéis, chicos. Pero cuidado, no me defraudéis». Por supuesto, él no pensó en ningún momento en nosotros, él estaba pensando en los clientes. Los clientes también estaban hartos de *Să nu ne despărțim* y de *Partirà, la nave partirà.*

—¿Crees que *Zabadak* está en la lista de éxitos corta?

—Ceauşescu dice que todo debe desarrollarse multilateralmente: la industria, la agricultura, la ciencia, el arte, la vida.

—Paul, ¿qué demonios te pasa? ¡Estás viviendo tu sueño! ¡Eres un príncipe!

—Los príncipes también tienen que elegir a veces. Y yo soy un batería desarrollado unilateralmente. Así que elijo esto. Y voy a mantenerme firme. Porque si te contradices, amigo, vas mal.

—Claro, pero ¿cómo piensas hacerlo?

—«Me levanté esta mañana, y escuché a mi batería.»

—¿Cómo?

—«Me decía, viaja todo lo que puedas.»

—¿Por qué quieres viajar? ¿No eres feliz aquí? Paul, creo que naciste con dos cordones umbilicales, y no has cortado aún el que te une a tu padre. Eres clavado a él, solo que tus chistes no hacen gracia. Los suyos sí. Bueno, los que pillo, aunque apuesto a que los que no pillo también.

—«Y eso es justo lo que pienso hacer.» Me largo, colega.

—¿Adónde?

—Lejos.

Sentí náuseas y me detuve a vomitar. Luego tropecé con algo y me caí.

—No deberías beber ron después de la cerveza. Tampoco deberías beberla después del vino. ¿Estás bien?

Volví a vomitar.

—Para la próxima, ya sabes.

—No te creo.

—*«You got to get in to get out.»* Es la génesis. Eso me decía a mí mismo al principio. Pero cuando estás dentro no hay salida.

—Paul, ayer me compré una guitarra eléctrica.

—¿Que te compraste qué?

—Una guitarra eléctrica. Te lo juro. No tiene nombre ni marca y solo tiene una pastilla. Pero está bien. Y voy a comprarme un amplificador. Y un bafle. Paul, lo único que quiero es tocar contigo. Voy a emplearme a fondo, ya verás. He empezado a hacer escalas.

Era mentira, nunca he hecho escalas, y creo que Paul se dio cuenta de que era mentira, pero se detuvo de todas formas y me abrazó.

* * *

4

Eso fue el sábado. El lunes era su día libre. El martes por la mañana, la recepcionista del hotel llamó a la puerta de Paul y le dijo que el camarada B. B. quería verlo inmediatamente en su oficina. El camarada B. B. era el gerente del Gruta. Se llamaba Borcea, pero como se peinaba con brillantina, lo llamaban camarada B. B., que eran las iniciales de Brillantina Borcea.

Paul fue al Gruta y entró en la oficina del camarada B. B. El camarada B. B. lo estaba esperando, con un gorro de piel de astracán en la cabeza y una gabardina grisácea colgando de sus hombros, y Paul se dijo a sí mismo que, de ahora en adelante, deberían llamarlo B. B., King del Astracán. Le pidió a Paul que se sentara, le ofreció un cigarrillo, un Kent, se lo encendió, esperó a que Paul inhalara y exhalara y luego le preguntó sin rodeos:

—Paul, ¿es cierto que dijiste que hay dos presidentes rumanos en este mundo?

—¿Disculpa? —dijo Paul, tosiendo.

—El chiste de los dos presidentes rumanos, ¿lo contaste aquí, en el restaurante?

—Oh, ese chiste. Sí, creo que sí. Pero solo una vez.

—¿A quién se lo contaste? No importa, prefiero no saberlo. Paul, escucha. No solo os dejo cantar en inglés, también hago la vista gorda cuando alguien viene y me dice que uno de

vosotros ha contado un chiste inapropiado. Tengo cierta influencia en esta ciudad, aunque solo sea por la gente influyente que pasa por aquí. Y puedo salvarle el culo a alguien si la cosa queda en familia. Pero hacer juegos de palabras sobre nuestra sociedad desarrollada multilateralmente delante de turistas extranjeros es pasarse. Pasarse un montón. Así que se acabó, chaval. Vas a tener que irte, Paul. Hoy mismo. Saca de aquí tu batería, vete al hotel, recoge tus cosas y llama a tu padre. Dile que venga a buscarte. Quiero esa batería fuera antes de las cuatro. ¿Te ha quedado claro? Estoy personalmente muy decepcionado con tu comportamiento. No hables con nadie sobre esto. Y no quiero despedidas. Te vas y listo.

Por entonces, Mandela estaba en la cárcel y el presidente de Sudáfrica era un tipo llamado Bota, con una te o dos, nunca me acuerdo. Dado que Bota también es un apellido rumano, si preguntabas: «¿Cuántos presidentes rumanos hay en este mundo?», la respuesta perfectamente podía ser «dos». Ese era el chiste.

La Madriguera Dorada

I

Paul llamó a un puñado de conocidos, pero resultó que no había ninguna banda que buscara un batería. El problema era que, después de cumplir los dieciocho años, no estaba permitido estar desempleado, a menos que fueses estudiante o un recluta o un jubilado o estuvieses muerto. Así era la cosa. Esto es lo que los dirigentes sindicales deberían estudiar hoy en día, la verdadera historia de la Rumanía socialista.

Al estar desempleado, Paul era una especie de forajido. Sin embargo, al cabo de no sé cuántas semanas, alguien le dio un chivatazo a Ham: un pequeño teatro tenía un almacén donde se guardaban los decorados y los accesorios de las representaciones y necesitaban una especie de vigilante de nueve a seis; alguien que estuviera allí por si a un director le daba por pasarse y echar un vistazo a los viejos decorados. Era duro hacerse a la idea, ¿cómo iba un joven inteligente como Paul a convertirse en una especie de guardia de seguridad de un montón de basura? Dan insistió en que debía aceptarlo, al menos no era un trabajo en una fábrica. Al final, Paul fue al teatro, habló con la mujer que estaba a cargo del sitio y consiguió el empleo.

El almacén estaba en un barrio antiguo de Bucarest, en una calle adoquinada. Tenía una marquesina de vidrio de hierro forjado y era imposible decir qué había sido antes de convertirse en lo que era ahora. Tenía una sala principal, de techos altos, muy grande, y unas cuantas salas más, no tan amplias como la primera, pero de techos igualmente altos. Estaban repletas de todo tipo de muebles, alfombras, puertas, ventanas, cortinas, candelabros, espejos y una infinidad de cosas falsas: paredes, soportales, chimeneas, árboles, farolas. Quién sabía en qué clase de obra se habría necesitado todo aquello. Paul tenía que abrir a las nueve de la mañana y cerrar a las seis de la tarde. Eso era todo. En realidad, no tenía mucho más que hacer. Allí no había teléfono ni calefacción, y el sitio parecía desierto. Paul no sabía bien quién

era su jefe. Lo único que sabía era que tenía que ir a ver al contable del teatro dos veces al mes para cobrar (y cobraba una miseria), pero, dado que vivía con sus padres, tenía suficiente para ir tirando.

* * *

2

Por aquella época, en las tiendas de discos se vendían sobre todo cosas de artistas rumanos y del Bloque del Este. Lo que no era algo malo para la música clásica, porque había una gran cantidad de pianistas, violinistas y violonchelistas soviéticos, brillantes todos ellos, incluso orquestas al completo bastante buenas, pero el rock era un asunto distinto. Las bandas del Bloque del Este no eran pésimas. En el mercado negro podías encontrar muchas cosas, pero no eran baratas: por el precio de un Hendrix podías conseguir cinco Óistraj en una tienda de discos. Luego, en algún momento, Rumanía logró importar varios álbumes de rock reeditados por una compañía india, y durante un único día se pusieron a la venta a precios asequibles en Muzica, la tienda de discos más grande de Bucarest, cosas como: ***Houses of the Holy***, ***The Dark Side of the Moon***, ***A Night at the Opera*** y ***It's Only Rock 'n' Roll***. Debió ser como París en pleno mayo del 68. Vale, exagero, no hubo barricadas, pero sí avalanchas para entrar en la tienda. Paul era muy pequeño por entonces, pero Ham fue y le consiguió dos discos (no tenían mucho dinero por entonces): el primero de los Dire Straits y ***The Dark Side of the Moon***. (También compró un disco de música india, porque esa era la condición: «Si querías dos discos de rock, tenías que comprar un disco de música india, porque eso era lo que la compañía quería, vendernos música india».) Esos dos discos, más uno que Paul se compró en el mercado negro mucho más tarde —Frank Zappa en The Mothers of Invention, ***One Size Fits All***—, eran las joyas de la corona de su colección de vinilos. Que, por cierto, era muy ecléctica: ***La Storia del Jazz*** (un álbum cuádruple); Bobby Solo; Locomotiv GT; The Kenny Clarke Francy Boland Big Band; Procol Harum; Progresiv TM (una banda rumana); ***Eve,*** de The Alan Parsons Project; «Get Up Offa That Thing», de James Brown; The Temptations, con «Papa Was a Rolling Stone»; y ***My Goal's Beyond,*** de John McLaughlin (del que, cuando lo conocí, Paul solo tenía la cubierta, había perdido el álbum que venía dentro).

Había oído hablar de John McLaughlin, del que se decía que era el guitarrista más rápido del mundo, pero sus discos eran una rareza, incluso en el mercado negro; le pregunté a Paul miles de veces cómo había perdido el disco, pero no era capaz de recordarlo. ***My Goal's Beyond***. Escribí esas palabras en todas partes, en los libros del instituto, en la correa de mi reloj de pulsera, en mi pupitre en clase. Un día me compré una camiseta blanca y le pedí a un compañero de clase (que sabía cómo estampar cosas en camisetas) que me estampara esa frase,

y a partir de entonces no me puse otra cosa que esa camiseta.

Cuando pasó la primera semana, Paul se llevó su colección de vinilos al almacén, junto a su Supraphon, un tocadiscos estéreo fabricado en Checoslovaquia, que tenía un amplificador incorporado, y dos altavoces desmontables. Me pasaba por el almacén todos los días después de clase, aunque a veces iba primero a casa y cogía la bicicleta. Paul también acostumbraba a ir al almacén en bicicleta. Fumábamos, charlábamos y escuchábamos sus discos. Nos habíamos quedado sin Double Horses, así que fumábamos unos cigarrillos rumanos horribles, sin filtro.

El favorito de Paul era ***One Size Fits All***, de Zappa. «¿Sabes qué pinta tiene la portada? Tío, es rarísima.» Se ve un sofá flotando en medio de una noche repleta de estrellas. ¿Se suponía que aquello era rock? Claro, pero las canciones de rock no llevan por título cosas como «Sofa N.º 1» y «Sofa N.º 2». En «Sofa N.º 2», Zappa canta en alemán (porque se supone que es Dios, y como el universo parece funcionar estupendamente, su creador debe de ser un artesano alemán, o al menos eso dijo Zappa) y pronuncia la erre de forma exagerada; y Paul dice que, por momentos, casi va por detrás del sonido de la banda. No sabría decirlo.

Después de la segunda semana, Paul se llevó la batería al almacén y me dijo que me trajese la guitarra. Casi me da algo.

3

—¿Para qué?

—Para tocar.

—¿Juntos?

—¿No decías que querías tocar conmigo?

—Lo dije, sí, pero Paul, solo sé tocar los primeros riffs de ***Mistreated***.

—Pues eso tocaremos. Me la sé.

—Es la versión en directo.

—No te preocupes. Me la sé también.

—Claro, sí, genial. Pero, eh, Paul, lo que pasa es que no tengo ampli.

—Por supuesto que sí. Tienes esa radio grande de tu cuarto. Tiene un altavoz grande y válvulas. Debe de tener un enchufe de entrada de línea en la parte posterior, probablemente sea uno de tres puntos. Todo lo que necesitas es un cable y un conector a un enchufe de tres puntos. Creo que tengo uno en casa. Te lo regalo. Y no te preocupes, le pediré prestado el coche a mi padre y te echaré una mano. No puedes cargar con ese monstruo tú solo.

No podía creerme que no se me hubiese ocurrido en ningún momento usar mi radio como amplificador. Cuando fui capaz de volver a articular palabra, dije:

—Paul, aún no me has oído tocar…

—Escucha —dijo Paul—. Quiero tocar contigo, y tú quieres tocar conmigo. Eso es lo que importa. Y no creo que seas malo, lo que creo es que tú no crees que puedas ser bueno.

Paul llegó con el Škoda de sus padres y llevamos mi guitarra y la radio al almacén. Aquel día me dio un regalo: un juego nuevo de cuerdas Fender Super Bullets, a estrenar. Le debía de haber costado una fortuna. En el mercado negro, por supuesto. Cambié mis patéticas cuerdas por aquel montón de maravillas niqueladas, afiné la guitarra, la conecté a la radio con el cable que Paul me había dado (la radio resultó tener efectivamente una entrada de línea de tres puntos en la parte posterior), subí el volumen, no al máximo, pero casi, y esperé a que las válvulas se calentasen. Paul se sentó a la batería y dijo:

—Adelante, tú no te preocupes por mí.

Tuve que reunir todo el coraje que tenía para arrancar con aquellos riffs iniciales de ***Mistreated***. Mejor dicho, con mi versión de esos riffs.

Déjame decirte algo: nunca olvidas la primera vez que tocas con un batería al lado. Mis cuerdas nuevas eran suaves y ligeras, y mi guitarra sonaba altísima, y un poco distorsionada, gracias a las válvulas.

Y bueno, ¿durante cuánto tiempo pueden tocar dos tíos los riffs de apertura de ***Mistreated?*** ¿Durante una hora? ¿Durante dos? Nos pasamos días enteros tocando lo mismo, no sé cuántos, lo único que sé es que por mí podría haber seguido para siempre.

Después de no sé cuántos días, Paul me dijo que no debería golpear las cuerdas tan a lo bestia todo el tiempo.

—Si empiezas tan a tope, ¿adónde piensas llegar? Suave al principio, ve aumentando la presión y dale duro al final. Eh… es, bueno, igual que… ya sabes…

—¿Qué?

—El sexo, tío.

—Oído.

—No toques como un roquero. El rock es música para críos.

—¿Por qué es música para críos?

—Porque no tiene preliminares.

—¿Preliminares?

—Sí, preliminares. Salta sobre ti desde el primer compás. Lo inventaron un puñado de críos para otro puñado de críos.

¿Y qué tenía de malo eso? Quise decírselo, pero no dije nada.

—Claro, pero ***Mistreated*** es rock, ¿no?

—Para mí es más bien un blues. En cualquier caso, nosotros ya no somos críos. Mira, vamos a tocar una progresión de blues de doce compases.

Le dije que no tenía ni idea de lo que era una progresión de blues de doce compases, y él me respondió:

—Es muy sencillo. Prueba con esto: un mi, un la, un si. Toca acordes de dos cuerdas. Cuatro mis, dos las, dos mis y así. Doce compases en total. Eso es una progresión de blues.

Antes de que pudiese responder, dio el pie con sus baquetas para una cuenta atrás de dos compases y empezó a tocar, y yo intenté hacer lo que me había dicho. Aquello sonó desastroso, pero a él no parecía importarle.

Luego me dijo que debía tocar la progresión dos veces, hacer un solo de doce compases y volver a tocar la progresión. Le dije que no sabía qué notas debía tocar en un solo y él dijo que eso era sencillo, solo debía usar cinco notas: mi, sol, la, si, re, y mi.

—¿Cómo sabes todo eso? —dije—. Eres batería, no guitarra.

Él me dijo que se lo había explicado el señor Bumblebee, que había visto a Charles Mingus en directo en Bucarest.

Una semana más tarde, ya era capaz de tocar una progresión de blues en mi, hacer un solo (en el que intentaba tocar tantas de aquellas cinco notas como podía), volver a la progresión, hacer un *crescendo* y acabar con un vibrato fuerte y amplio.

Luego a Paul se le ocurrió otra cosa.

—Cuando toques el solo, toca menos notas.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que escucharnos el uno al otro para interactuar y para eso necesitamos espacio.

—¿Espacio?

—Sitio. Yo te hago sitio a ti, y tú me haces sitio a mí.

—Paul, me dijiste que no debía tocar tan alto, y todo bien porque creo que tienes razón. Ahora me pides que toque menos notas, pero si toco menos notas, ¿cómo va a saber la gente que soy buen guitarrista?

—La música no va de lo que la gente *piensa* de ti, o de lo que *tú* piensas de ti. No juzgues lo que tocas: «Oh, esto es bueno, esto apesta». Ve más allá. La música no tiene nada que ver con la fama ni con la destrucción.

—¿Y entonces con qué tiene que ver?

—Hagamos esto, toca un solo socialista.

—¿Un qué?

—Un solo sin salchichas.

Y los dos nos reímos, porque los guitarristas rumanos llamaban «salchichas» a los toques de guitarra vertiginosos, y en aquella época había escasez de salchichas.

Luego empezamos otra vez la progresión en mi, y cuando hice el solo, toqué menos notas y aquello salió fatal. Fatal porque no estaba sincronizado con Paul y ¿qué mayor pecado puede haber que no estar sincronizado con tu batería? Pensé que Paul me echaría del almacén con cajas destempladas, pero no lo hizo.

—Trata de ir un poco por detrás de mí, ¡y siéntete libre! No tengas miedo, muévete.

¡Muévete, por el amor de Dios!

El almacén no tenía calefacción, era noviembre y hacía bastante frío, pero no nos importaba. Todo lo que queríamos era tocar. Paul había encontrado un sofá en el almacén y lo pusimos detrás de la batería. Pensábamos utilizarlo cuando nos tomáramos un descanso, pero nunca nos tomábamos un descanso. Todo el tiempo que pasábamos allí, lo pasábamos tocando. Él, en su taburete, detrás de la batería. Yo, delante de él con mi guitarra. En algún lugar, cerca de su tom base, en una silla, había un cenicero: una lata de pasta de sésamo búlgara vacía.

Mis notas del instituto eran bastante malas y cuando llegué a casa y mamá me preguntó cómo iba todo en clase, yo dije que todo iba bien y que me había unido a un grupo interesado en la zoología, y mamá me creyó. Iba al almacén incluso los domingos, y cuando me preguntaba le decía a mi madre que iba con el grupo al Museo de Historia Natural.

4

El almacén estaba en un barrio de casas viejas, algunas de las cuales tenían pequeños comercios en la planta baja. Había pequeños letreros pintados sobre las puertas de entrada, y en esos pequeños letreros podía leerse ***Cafea*** o ***Delicatese,*** aunque dentro no había nada que vender. A menudo, ni siquiera los tenderos estaban por allí. Seguro que alguna vez habían vendido pasta de sésamo búlgara, pero la pasta de sésamo búlgara había desaparecido hacía mucho tiempo.

Una mañana gris de domingo, un domingo de noviembre, el cielo sin una nube y todo eso, mi madre me despertó y e hizo que la acompañara al mercado, compramos todo el repollo que pudimos. Al llegar, lo dejamos en el suelo de la cocina y mi madre lo lavó todo, y luego lo llevamos a nuestra pequeña despensa, que está en el sótano de nuestro bloque, donde mi madre lo puso en un barril de plástico verde con agua y sal. La idea era que todo ese montón de futuro chucrut nos durase hasta la primavera.

Para el desayuno, me dejaba una rebanada de pan de centeno y té de lima (como si quisiera calmarme, a pesar de saber que no soportaba el pan de centeno). También dejaba una cuchara sopera sobre la mesa, con la que me invitaba a tomar una ración de sopa (siempre teníamos una enorme olla con caldo de verdura en la nevera). Me metía la rebanada de pan en el bolsillo y me iba sin desayunar, y de camino al instituto le daba el pan a las palomas del parque en el que estaba el busto de Garibaldi. Terminaba las clases a la una o a las dos, y del instituto me iba directo al almacén. No sé cómo lo hacía Ham, pero se las ingeniaba para prepararle a Paul un sándwich para el almuerzo con dos rebanadas de pan blanco y dos rodajas

de un salami rumano al que alguien había puesto el nombre de ***salam italian***. Paul me esperaba y compartía su sándwich conmigo: un pedazo de pan y una rodaja de salami cada uno. Comíamos como un par de perros hambrientos: el pan y el salami iban directos a nuestro intestino, sin masticar.

Un día, cuando llegué al almacén, Paul dijo que íbamos a ir directos a nuestra progresión en mi porque se había dejado el sándwich en casa. Tocamos la progresión dos veces y luego dijo que mis dedos estaban como dormidos.

—Sí, dormidos. Y no deberían. ¿Por qué no dejas que toquen como ***ellos*** quieren?

Y luego, justo cuando dijo eso, alguien llamó a la puerta, como si sus palabras hubieran sido una especie de contraseña para que aquello sucediera. Pensamos que sería alguien del teatro que había descubierto que Paul se pasaba los días tocando blues con un amigo en el almacén y que venía a despedirle. Apagué mi radio, le puse la guitarra encima, y Paul lo cubrió todo —su batería, mi guitarra, la radio— con una alfombra enorme que no sé de dónde sacó en tan poco tiempo. Luego abrió la puerta, y ¿a que no adivinas quién había al otro lado?

Oksana.

El alivio que sentí al ver que no era nadie del teatro fue tan grande que quise besarla. La invitamos a entrar y Paul dijo:

—Siéntate, por favor.

Ella se sentó en el taburete de detrás de la batería y dijo:

—Vaya, este sitio es enorme.

—¿A que sí? —dijo Paul—. Y es todo para nosotros.

—Estaba preocupada —dijo ella—. Te fuiste sin decir nada… Si te soy sincera, llegué a pensar que el camarada B. B. te había echado porque aquella noche, en el Gruta, bailé junto al escenario cuando tocasteis la canción de Supertramp. De hecho, todos sabían que eras tú quien había querido tocar aquella canción.

—Oh, no fue por eso —dijo Paul—. Fue por algo que dije. El camarada B. B. lo oyó y no le gustó un pelo. Ya sabes cómo es, siempre está molesto por algo. Qué más da. ¿Cómo has sabido que estábamos aquí?

—Marius me dio el número de tu casa en Bucarest. Llamé, y tu padre descolgó el teléfono, me dio la dirección y me dijo que me pasara un día. Y aquí estoy.

Nos contó que seguía en el Gruta. Cuando Paul lo dejó, estuvieron sin música en directo tres semanas. Mientras tanto, el camarada B. B. había traído su propio magnetófono de casa para que al menos hubiera algo de música en el restaurante.

—Hubo menos clientes esas semanas, pero al final encontraron un batería, un amigo del señor Bumblebee, que ahora se emborracha mucho antes que de costumbre, es decir, justo después de la bossa nova. A Marius y a Peter no les gusta mucho el nuevo batería, porque también bebe más de la cuenta, aunque tarda un poco más en emborracharse que el señor Bumblebee. Ya no tocan nada de Supertramp.

—Me temo que no tenemos nada que ofrecerte —dijo Paul—. Quiero decir, un pastel o algo así.

—No os preocupéis, os he traído algo —dijo ella, hurgando en una bolsa de tela que llevaba consigo—. Esto. Huevos frescos. Son de las gallinas de mi abuela. Vive en un pueblo cerca del resort. De hecho, vivo con ella. Voy cada día desde allí, aunque a veces me quedo a dormir en la ciudad, en casa de Mariana, que también es camarera, pero no en el Gruta.

Puso los cuatro huevos en su regazo; cada uno estaba cuidadosamente envuelto en papel de periódico; en cada uno podía verse una parte distinta de la cara de Ceauşescu. Paul y yo los miramos con deseo, nos los hubiéramos comido tal y como estaban, envueltos y todo.

—Los he hervido —dijo—. Y también he traído algo dulce. Seguro que ni siquiera os podéis imaginar qué es. —Y sacó una botella con tapón de rosca—. Licor de flor de saúco. Lo ha hecho mi abuela.

Empezó a desenroscar el tapón y lo que ocurrió a continuación es, digamos, bastante inverosímil. Es decir, si yo fuera director y tratase de rodar algo parecido como algo cierto, dirían que exagero. La bebida había fermentado y había producido tal cantidad de gas que la presión allí dentro debía de ser de al menos 5000 atmósferas. El caso es que, al abrirla, Oksana perdió el control de la botella y un chorro de aquel licor de saúco salió despedido, mejor dicho, un géiser de aquel licor explosionó y lo puso todo perdido: el sofá, el suelo, el techo y a nosotros también. Un auténtico brebaje de bruja, pensé. Solo se libraron la batería, mi guitarra y la radio, porque Paul las había tapado con la alfombra. Una alfombra mágica, sin duda. Cuando comprobamos la botella, no quedaba casi nada y los tres estábamos empapados. Oksana tenía un pétalo en el pelo, un pétalo de flor de saúco, quizá, y Paul quería quitárselo, pero el pelo de ella estaba pegajoso y la mano de él también, y el pétalo y el pelo se le pegaron en la mano, y todos estallamos en carcajadas.

٥

Oksana empezó a venir al almacén todas las semanas, los martes, que era su día libre. A veces también venía los domingos. Llegaba por la mañana y se iba por la noche. A menudo íbamos a buscarla a la estación, incluso cuando no sabíamos de qué tren se bajaría.

Cada vez que venía lo hacía cargada de comida: huevos, muslos de pollo, queso de cabra y pastel de manzana. Quienes vivían en el campo vivían mejor, porque podían cultivar de todo en sus tierras. Almorzábamos juntos, y Paul y yo nos lo tomábamos con calma porque queríamos disfrutar de la comida. Luego, Paul y yo fumábamos, y Oksana nos contaba la película que había visto la semana anterior en el Patria.

El Patria era un cine que había encima del Gruta. Paul y yo habíamos estado en el vestíbulo una vez. Había dos taquillas: *Casa* y *Casa protocol*. La primera era para el pueblo raso, y la otra para la nomenklatura. Pero el Patria estaba siempre vacío. Solo proyectaba películas rumanas. Por entonces se estrenaba una nueva cada semana.

Una joven licenciada en agricultura entra a trabajar en una granja en la que no llueve lo suficiente para cultivar maíz. El agrónomo de la finca es un hombre terco y no la escucha cuando le dice que ha tenido una idea y que podrían regar con agua del manantial. Y en esas, aparece su madre. La madre es un miembro sabio del Partido; una Jedi que se da cuenta de que la joven licenciada y su hijo están hechos el uno para el otro. Al final se casan y sus hijos crecen jugando en un huerto. Es «una de esas películas», como solía decir Oksana. Oksana era la única persona a la que conocíamos que iba a verlas, y siempre nos burlábamos de ella por eso.

—Nunca les pasa nada malo —decía Paul—. Por eso son una mierda.

—La vida es buena cuando no te pasa nada malo, ¿por qué en las películas debería ser distinto? —contestaba ella.

El Patria nunca se ventilaba. El suelo de madera olía a amoníaco y el sistema de sonido era horrible. Lo sabíamos por Oksana. Tenía una sola puerta grande de salida, y frente a ella había una pesada cortina aterciopelada; y cinco minutos antes de que terminara la película, la acomodadora, una anciana, corría la cortina. Puesto que las anillas y la barra eran de metal, cuando corría la cortina hacía un ruido horrible que indicaba que el final de la película estaba cerca. Eso era lo único que molestaba a Oksana.

Una vez le preguntamos qué música le gustaba y nos dijo que le gustaba un cantante de folk rumano, un tipo con una voz suave al que Paul y yo no soportábamos. Desde aquel día, no permitíamos que se fuera sin haberle tocado algo. No sé por qué, pero cuando ella estaba, yo tocaba mejor.

Por la noche siempre la llevábamos de vuelta a la estación.

6

25 de diciembre de 1988. Oksana nos había pedido que no fuéramos a la estación y llegó cargada con cinco bolsas.

—Tengo otitis serosa.

—¿Va en serio?

—Ja, ja.

—¿Quién lo dice?

—Una doctora que suele pasarse por el Gruta. Al final, me la ha dado.

—¿Es contagiosa?

—Ignórale. Es como su padre.

—Me ha dado una baja. De tres días.

Fui para allá y quise ayudarla con las bolsas, pero no me dejó, dijo:

—Ni hablar. Vosotros seguid tocando. Tengo cosas que hacer. Y no miréis, que es una sorpresa.

Cogí mi guitarra y Paul dijo:

—¿Sabes qué? No toques acordes. Toca una melodía. Toquemos cada uno una melodía distinta.

—¿Quieres que hagamos un solo a la vez?

—Fane, sabes que no me gustan los solos de batería. No, me refiero a dos melodías. No tocaré un ritmo, tocaré una melodía. La batería está afinada, tiene un tono. Probemos.

—¿Debería tocar algo en mi menor?

—Mi menor está bien.

Paul tocó más fuerte de lo habitual y yo toqué una bonita melodía. Bueno, me pareció que era bonita. Esperaba que mi melodía silenciara los ruidos que provenían de donde estaba Oksana. Pero no fue así. Puede que mi melodía no fuese tan bonita. Más bien, seguro, me salió algo triste, ¿qué otra cosa se podía hacer en mi menor?

—Voy a improvisar y tú toca algo sin centro tonal. La tonalidad es como el hogar de una melodía. Toca una melodía que se marche y que no quiera volver a casa.

—¿A qué te refieres con que *no quiera volver a casa?*

—Vale, empieza en mi menor y luego cambia de tonalidad, a cualquier otra, y no vuelvas a mi menor.

—¿Y tú?

—Tú no te preocupes por mí.

—Paul, en serio, ¿por qué tenemos que tocar así?

—Para ver qué sale.

—Lo voy a intentar. Pero si quieres que lo repita algún día, dudo que pueda hacerlo.

—Una vez es mejor que siempre.

—No te entiendo.

—¡Calla y toca la guitarra!

No recuerdo qué toqué, pero Paul tocó aún más fuerte que yo. Comenzó con un ritmo sencillo, con octavas en el charles y luego pasó a unos shuffles extrañísimos y a tresillos en la caja, abriendo el charles cuando menos te lo esperabas. A veces golpeaba los platos con tanta fuerza que llegué a pensar que iban a salir volando. Paul parecía estar flotando en un río que corriese veloz en busca de los remolinos más peligrosos. Y luego todo aquel ruido cesó y oímos la voz de Oksana.

—Recordad que la música es como un pastel. Debe compartirse.

Entonces la miramos. Nos estaba observando. Sonreía con esa sonrisa suya que era a la vez tímida y juguetona. Se había cambiado. Se había puesto un vestido azul con el cuello de ganchillo blanco. Había colocado un mantel sobre la mesa. Tenía cigüeñas voladoras bordadas por todas partes. Sobre el mantel había tres platos, tres vasos, un candelabro de tres brazos sin una sola vela, una botella, dos bandejas de empanadas y un plato con ***cozonac,*** una especie de bizcocho. Alrededor de la mesa había colocado tres sillas.

Ya no estábamos en un almacén, por primera vez estábamos en casa. Si Frank Zappa hubiera entrado por la puerta, chico, no me habría sorprendido tanto. No tenía ni idea de cuándo había hecho Oksana todo aquello ni de cómo podíamos no habernos dado cuenta. Paul también se había quedado sin habla.

Nos sentamos a la mesa y Oksana nos sirvió los pasteles. Algunos tenían queso dentro; otros, col en escabeche. Comimos en silencio. Paul llenó de vino tinto los vasos, nos miramos, brindamos y bebimos. Luego nos sirvió un platito con una rebanada de ***cozonac***, aquellas gruesas rebanadas eran como pedazos de un universo amarillo habitado por un remolino de semillas de amapola, pasas y nueces.

—Propongo —dijo—, que tomemos el ***cozonac*** en el porche. —Y señaló el Sofá Número 2.

Una semana antes o así, había encontrado un sofá de mimbre en algún lugar del almacén y nos había pedido que lo colocáramos delante de una pared. Paul lo había llamado Sofá Número 2 porque el sofá que había al lado de su batería era el Sofá Número 1.

—¿A qué te refieres con eso de ***en el porche?***

—Ya verás. Necesito que me ayudéis. Venid.

Nos llevó a un rincón del almacén en el que había miles de lienzos enrollados y señaló uno.

—Oh, no —dijo Paul.

—Oh, sí —dijo Oksana.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Es demasiado cursi —dijo Paul—. En serio. De verdad.

—Venga, Paul… Es precioso. Lo he desenrollado… Bueno, un poco.

—¿Me podéis contar de qué va todo esto?

—Quiero que colguéis ese paisaje en esa pared de ahí —dijo—. Admiraremos la vista desde el porche.

Pesaba tanto que apenas podíamos moverlo. Cuando lo desenrollamos del todo, primero vimos un río azul y luego montañas verdes de cimas blancas, y tras ellas, un sol naciente amarillo que extendía sus poderosos rayos por un cielo sin nubes.

Colgar el lienzo en la pared fue complicado. Sacamos algunos clavos de un montón de sillas viejas y usamos todas las cajas que encontramos para construir una especie de escalera, y

Paul hundió los clavos golpeándolos con una plancha de carbón oxidada; aquel almacén era alucinante, nunca sabías qué podías encontrarte allí dentro.

Nos tiramos entonces sobre el sofá de mimbre. No habíamos desenrollado por completo los dos extremos del tapiz, pero estábamos tan cansados que lo dejamos así. Comimos un trozo de *cozonac* y, al cabo de un rato, Oksana dijo:

—Hace un poco de frío. Entremos en la madriguera.

Esa noche, Oksana la pasó con Paul en la madriguera. La Madriguera Dorada. Así la llamó.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba dormida. Me metí en mi habitación y me entraron ganas de poner un disco. Pero no tenía ninguno y no podría haberlo puesto de todos modos. Mi radio, a la que iba incorporada el tocadiscos, se había quedado en la madriguera.

Marzo del 88

I

—Hay algo que no te he dicho.

—¿El qué?

—He conocido a Agripina.

—¿Agripina?

—La abuela de Oksana, tío.

—¿Has conocido a la abuela de Oksana? ¿Cuándo?

—La semana pasada.

—¿Por qué?

—«Por favor, Paul, le he hablado de ti y quiere conocerte; te hará una tarta de manzana solo para ti.» ¿Qué podía hacer? Cogí un autobús y fui a Cuquilandia.

—¿Cuquilandia?

—Así llama Oksana al pueblo en el que vive con su abuela. Cuquilandia. Es un pequeño pueblo triste, deprimente.

—Tío, ¿y cómo es que vive con su abuela?

—Es complicado. Sus padres querían que fuese contable, pero lo único que ella quería cuando acabó el instituto era irse a vivir con su abuela y ayudarla. Por eso aceptó el empleo en el Gruta, porque está cerca de Cuquilandia. Va y vuelve cada día, como sabes. Todos los días desciende de ese bello campo soleado al Gruta…

—¿Y? ¿Cómo te fue?

—Agripina había cocinado cuatro bandejas de pastelitos. Nos sentamos a la mesa y, aunque estaba puesta para tres, yo fui el único que comió. Y toda la casa estaba llena de tapetes, macramés, cortinas de encaje y manteles bordados, colchas, servilletas, de todo. Y yo no soporto ese tipo de cosas. En serio, no puedo con ellas. Tío, esa mujer es la John

McLaughlin del ganchillo.

—Deberías haber pasado de ellas.

—Estaban por todas partes. ¡Con decirte que de la llave que había en la cerradura de la puerta colgaban dos bellotas blancas hechas de punto!

—No deberías haber levantado la vista del plato.

—No lo hice. «La madre de Oksana —dijo Agripina—, no sabe ni cómo hacer un tapete. Se fue de esta casa cuando era joven, se mudó a la ciudad, bailó el twist, se tragó el cuento de Lenin, se hizo miembro del Partido y luego se casó. El día de su boda le regalé doce tapetes. Doce tapetes circulares, de ganchillo con encaje, cada uno con una flor de seda en el centro. Cada flor, de un color diferente. Lo mejor que he hecho nunca, te lo aseguro. Al principio, alquilaron una habitación pequeña, y por eso, me dijo, no pudo sacarlos de la maleta. Luego, el Partido les dio un apartamento en un bloque nuevo, y me devolvió todos los tapetes menos uno. Me dijo que solo podía quedarse uno porque no tenían muchos muebles. Puso el que se quedó sobre el televisor y colocó encima una figurita, justo encima de la flor. Primero era un tigre, luego una bailarina. Se rompían con mucha facilidad.» Fane, en ese punto me atraganté con un trozo de pastel. Oksana me dio un golpe en la espalda, y Agripina continuó: «Al final, me lo devolvió también, me devolvió el tapete que había puesto sobre el televisor, y, sinceramente, me alegré de que estuviera en casa, era como mi tapete pródigo. Luego pensé: ¿qué será de ellos, de mis doce tapetes, cuando yo ya no esté? ¿Volverán a separarse alguna vez?». Luego nos llevó a su dormitorio, los sacó de un cajón y los colocó sobre la cama, los doce.

—¿Eran bonitos?

—Te lo acabo de decir, no soporto esas cosas.

En menos de una semana llegaron a la madriguera seis tapetes de macramé.

2

—Le he pedido a Paul que saliera a comprarme eugenias —dijo Oksana—. Estaba en el tranvía, y se subió una mujer comiéndose una. Hay una pequeña tienda en la estación. He traído un pastel, un pastel de queso de los que se deshacen en la boca, pero no puedo dejar de pensar en las eugenias, y le he pedido a Paul que vaya a por una. En realidad, a por cuatro.

La eugenia era una de las pocas cosas dulces que podían encontrarse entonces en las tiendas, dos galletas unidas por un pequeño montón de nata.

—Podría haberme bajado del tranvía y habérmelas comprado yo misma, pero quería llegar lo antes posible porque tengo una sorpresa para Paul. No le he dicho nada. Prefiero que

se la lleve al llegar. Para algo es una sorpresa.

En galerías y museos, la luz, natural o artificial, o una combinación de ambas, se proyecta sobre los cuadros; pero a veces la luz emana del cuadro mismo. Ocurrió algo parecido con Oksana cuando dijo:

—No veo el momento de que llegue. —Y la cara que puso entonces la guardo aún hoy como uno de los tesoros de la pinacoteca de mi memoria.

—¿Cómo van las cosas en el Gruta?

—Ayer, un camarero pasó junto a la mesa de la banda cargado con un par de bandejas repletas de platos, vasos y botellas, y le dijo al señor Bumblebee: «Maldita sea, cómo pesan», y el señor Bumblebee señaló una mesa en la que había una mujer embarazada y le soltó: «¿Y tú te quejas?». Creo que es lo más horrible que le he oído decir. Debía de estar borracho.

Y entonces lo vi. Vi el macramé. Gruesos manteles de nudos de macramé cubrían los tambores y los platos de la batería. El hilo con el que estaban hechos parecía mohair. Cada uno era de un color distinto. Verde, azul, rojo, amarillo, beis y naranja. Había colocado incluso uno en el charles. El naranja, concretamente.

—¿Y esa es la sorpresa?

—¿Te gustan? Sé sincero, ¿te gustan?

—Bueno, ¿qué ha dicho Paul?

—No los ha visto. Los he puesto cuando se ha ido.

—He de decir que… son diferentes.

—Pues también son una sorpresa. Pero no son la *gran sorpresa*.

Justo entonces Paul entró por la puerta. Vio todos aquellos macramés cubriendo cajas y platos de su batería y noté que se estremecía. Le dio a Oksana sus cuatro eugenias y se fue al porche y se quedó mirando fijamente las montañas y el río del lienzo. Aquello fue de lo más incómodo.

Así que les dije que tenía que escribir una redacción larguísima para el día siguiente y me largué.

3

Al día siguiente, Paul estaba de mal humor. La batería seguía cubierta de tapetes de macramé.

—¿Cuál era la gran sorpresa?

—¿A qué te refieres?

—Oksana me dijo que tenía otra sorpresa para ti, además de todo *esto*.

—No sé. No me dijo nada. Le molestó que no me volviese loco de contento cuando vi

estas cosas. Oksana no le ha dicho a su abuela que soy el vigilante de un almacén, le ha dicho que trabajo en la administración de un teatro y que tengo un par de mesas redondas en mi oficina, para los papeles y las obras escritas, y que son pequeñas y redondas, esas mesas, porque así es como se llevan ahora en las oficinas de los teatros. Agripina se lo creyó y dijo: «Déjame tejer un puñado de macramés para proteger del polvo esas mesas y las obras de teatro. ¿Por qué no las mides?». Y Oksana dijo: «Oh, ya las he medido, aquí tienes. Y claro que cogen polvo». «Desde luego, deben de estar perdidas —dijo Agripina—. Ceauşescu ha demolido ya medio Bucarest.» Fane, debo ser el único batería del mundo con la batería repleta de macramés.

—Paul, no puedes devolvérselos. No puedes y punto. Son un regalo.

—Y ahora encima quiere que demos una fiesta en el almacén.

—¿Quién, Agripina?

—No, Oksana. Una fiesta con Ham y Dan. Quiere conocer a mis padres. El miércoles que viene.

—¿Por qué el miércoles que viene?

—Porque es el 8 de marzo. El Día de la Mujer.

—¿Y van a venir Ham y Dan?

—Sí. Porque aún no han visto cómo ha quedado esto con el porche y el río.

—¿Y?

—Le he dicho que mi madre no va a dejar a mi padre salir de casa el Día de la Mujer.

—¿Por qué?

—Porque el Día de la Mujer a mi padre le gusta recitar poemas patrióticos dedicados a la camarada académica doctora ingeniera y primera viceprimera ministra Elena Ceauşescu. Nuestra Gran-Madre.

—¿Perdona?

—Lo que oyes. No bromeo. Ya verás.

4

¡Madre querida!
Yo, un pequeño y orgulloso halcón de este honroso gran país,
sé que madre no hay más que una.

—¡Cállate, chiflado del demonio! Sabemos de qué va el chiste, todo el mundo lo sabe. ¡Cállate si no quieres que nos arresten a todos!

Dan se subió a una silla y se lanzó a recitar un poema improvisado con voz chillona.

Pero, Madre querida,
en la nevera queda una única albóndiga.
¡Madre, no hay más que una!

Pirata le estaba ladrando, Oksana se había sonrojado y se había tapado la boca con las dos manos, Ham estaba tratando de bajar la persiana enrollable de la ventana, y Dan, mientras tanto, venga a repetir una y otra vez lo mismo, como un disco rayado:

¡Madre, no hay más que una!
¡Madre, no hay más que una!
¡Madre, no hay más que una!

Paul se acercó adonde yo estaba y empezó a aplaudir. Quería algo de mí, pero no sabía qué. Un, dos, tres, un, dos, tres. Dijo: «Du-du-ah». Oh, Dios, estúpido de mí, quería que le hiciera los coros a su padre. Lo hice.

¡Madre, no hay más que una!
Du-du-ah.
¡Madre, no hay más que una!
Du-du-ah.

Ham había conseguido bajar la persiana (resultó que se habían atascado los listones de madera) y se había dejado caer en el Sofá N.º 1. Parecía enferma. No llegaba ni un destello de luz de fuera. Paul se había unido a los coros, y ahora éramos una sola voz cantando «du-du-ah». Entonces nos cogió de la mano a Oksana y a mí y empezamos a dar vueltas alrededor de la batería, y Pirata nos seguía, ladrando.

—¡Moveos, por el amor de Dios! —dijo Paul—. ¡Moveos!

Se había convertido en una cometa y quería que fuésemos su cola. Y lo fuimos. Oksana vestía una blusa blanca, holgada, que parecía una camisa de mosquetero, y una falda marrón larga con vuelo. En un momento dado, se detuvo y se inclinó, debió de marearse con tanto giro, y yo le di un golpe a algo, no veía bien, me había dejado las gafas en casa. Paul nos dejó atrás, y vi su sombra reflejarse en el río. El cielo estaba despejado; las montañas de la otra orilla, verdes. Nunca acabamos de desenrollar el lienzo, y el escenario tenía aspecto de pergamino, el río brotaba en un rollo y desembocaba en el otro.

Esa fue la última vez que estuvimos todos juntos.

Las puertas de hierro

1

Una semana después o así, Paul informó a todo el mundo de que al día siguiente se iba a Constanța, una ciudad de la costa del Mar Negro, para verse con un amigo de Marius, un teclista llamado George, que por aquel entonces tocaba allí, en un restaurante. Pasó el tiempo y no sabíamos nada de él.

Al cabo de tres días, Dan empezó a llamar a todos los restaurantes de Constanța y a preguntar por George, el teclista, pero en todos le dijeron que allí no había ningún teclista llamado George. Nos empezamos a asustar. «Paul, donde quiera que estés, vuelve», me decía a mí mismo, como si de alguna forma él pudiera oírme, como si de alguna forma estuviéramos conectados telepáticamente, igual que el tipo negro de *El resplandor*. Pero no lo estábamos. O quizá sí que me oyó, no lo sé. Solo Ham mantuvo la calma. En cualquier caso, nada podría habernos preparado para lo que pasó.

2

Un mes después o así, Paul llamó a Ham y a Dan desde Belgrado. Fue una llamada corta. Dijo que había cruzado a nado el Danubio y había llegado a la costa yugoslava, y que allí había sido rescatado por una patrulla. Ahora era un refugiado político bajo la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Vi a Ham y a Dan ese mismo día. Ham me había llamado, pero no me había dicho nada por teléfono. Parecía tranquila y aliviada. Dan, en cambio, estaba temblando.

—Deja de temblar, ahora está a salvo.

—¿Por dónde cruzó el Danubio? ¿Cerca de las Puertas de Hierro? Oh, Dios, solo el nombre me da escalofríos.

—No importa por dónde cruzó. Lo que importa es que ahora está a salvo.

—Debió de coger un tren y luego un autobús para llegar a algún pueblo que estuviera a la orilla del Danubio. Pero esos pueblos están llenos de soldados armados, y paran a todo aquel que lleve consigo una maleta o una bolsa. ¿Crees que Paul llevaba una bolsa?

—Sí, con un flotador asomando.

—¿Habló con un guía? No puedes llegar a la orilla del Danubio sin un guía, y los guías no son baratos. ¿De dónde habrá sacado el dinero?

—¿Qué sabes tú de guías fronterizos?

—¿Recuerdas cuando fuimos a la boda de mi prima? Cuando llegamos a su pueblo nos paró un grupo de borrachos; nos dijeron que eran familia del novio y que tenías que probar su brandy de ciruela. ¿Y si Paul se hubiera bajado del autobús en un pequeño pueblo y se hubiera topado con una boda y los amigos de la novia le hubieran obligado a beber su miserable brandy de ciruela? Por Dios bendito, ¿cómo de fría está el agua del Danubio? Dudo mucho que puedas cruzarlo sin helarte, aunque te bebas una botella entera de ese maldito brandy de ciruela.

3

Podías intentar cruzar la frontera a Hungría o a Yugoslavia. Había quien se hacía con un guía y había quien confiaba en mapas y en brújulas. Unos probaban suerte en solitario, otros en pequeños grupos. Se decía que, si empapabas las botas en gasolina antes de irte, los perros no podían seguir tu rastro.

Podías recibir un disparo. O podía arrestarte la policía rumana. Si una patrulla rumana te arrestaba, acababas en la cárcel seguro, y allí no te quedaba otra que rezar para que recibieras un indulto cuando llegara el día del cumpleaños de Ceauşescu. Durante aquella época, el día en el que Ceauşescu cumplía años se indultaba y se liberaba a miles de presos, incluso a aquellos que habían intentado cruzar la frontera de forma ilegal. Las historias diferían respecto a lo que ocurría si eran los húngaros o los yugoslavos los que te atrapaban. Algunos eran devueltos, otros no.

¿Cómo de fría debía de estar el agua del Danubio? Cuando era niño, de noviembre a abril, solía llevar un gorro de lana y cubrirme la nariz y la boca con una bufanda, y mi madre me ponía algodón en las orejas para soportar el frío. Esa noche fui a la cocina, llené una

botella de agua del grifo y la puse en la nevera. La dejé allí durante cinco minutos, luego la saqué, me metí en la cama y me la puse sobre el pecho. No aguanté ni tres segundos. No podía soportarlo. Paul debía de haber planeado sobre el Danubio. Esa noche soñé que estaba a la orilla del Danubio. No había nadie conmigo, solo un enorme pavo real, con la cola extendida.

A la mañana siguiente, tuve bastantes ganas de comer algo dulce y lo único que pude encontrar, en una pequeña tienda de comestibles, fueron unos bombones de dextrosa, que era una especie de suplemento para deportistas. Compré un paquete y no lo pude evitar: me los comí todos. Cuando me los acabé, me dije que tenía tanta energía que podía haber puesto en marcha un trolebús tan solo tocando sus extremos. Pero yo realmente no quería poner en marcha un trolebús. Yo quería que Paul volviese.

4

Llamé a Oksana al Gruta. Agripina no tenía teléfono. Le dije que teníamos que hablar. Nos vimos esa misma noche, en la madriguera.

Cuando le dije que Paul había cruzado el Danubio se echó a llorar. Su batería seguía cubierta de aquel montón de tapetes de macramé.

—¿Les ha dado alguna dirección a sus padres?

—¿Una dirección? ¿Por qué iba a dársela? Quiero decir, claro, supongo. Ham debe tenerla.

—¿Te ha llamado?

—Claro que no. Graban todas las llamadas desde el extranjero y cuando no, las escuchan directamente. No va a llamarnos porque no quiere ponernos en peligro. Y tú no tienes ni teléfono…

—¿Lo sabías?

—¿Yo? Ni de coña. Creo que no se lo contó a nadie. De hecho, una vez me dijo una cosa en el Gruta.

—¿En el Gruta? ¿Qué te dijo?

—Creo que deberíamos alegrarnos por él. Una vez me dijo que cuando empezó el terremoto del 77, un tipo que hablaba un alemán fluido estaba en la cama, y como todo en la habitación se estaba cayendo, tuvo una idea.

—¿Te dijo él que quería irse?

—Cogió las llaves del coche y se fue al aeropuerto en zapatillas de estar por casa y en pijama.

—¿Cuándo te contó eso?

—No me acuerdo. Hace mucho. El caso es que el tío va directo al control de pasaportes y empieza a gritar, en alemán. Dice que es ciudadano alemán y que estaba en un hotel que se ha derrumbado y que ha perdido todas sus cosas, su pasaporte, todo, y que lo tienen que subir en el próximo vuelo a Alemania porque es diabético y tiene una afección cardíaca y que si no se inyecta insulina, morirá.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Y siguió así, hablando en alemán toda la noche, y a la mañana siguiente lo metieron en un avión que iba a Frankfurt. En zapatillas de estar por casa y en pijama. ¿Te lo puedes creer? *Klasse. Nummer eins…* Oksana, va a convertirse en un gran batería. Es su sueño.

—¿Y qué pasa con el mío?

—Ya volverá a Bucarest para dar algún concierto.

—Claro, y traerá consigo una batería de dos bombos y nos meterá a cada uno en uno para cruzar la frontera.

—¿A los dos? Oksana, ¿en serio?

—Dios, ¿cómo he podido ser tan estúpida? Una camarera que vive con su abuela.

Se puso en pie, ambos estábamos sentados en el Sofá N.º 2, abrió la mano y en la palma estaba la llave de la madriguera. Paul le había hecho una copia. La colocó en el macramé que cubría la caja de la batería y salió corriendo. Pero no podía correr lo suficientemente rápido.

5

Aquella noche me llevé la guitarra y la radio a casa. Lo que fue una proeza, ya que tenía que coger un tranvía y un trolebús y la radio pesaba tanto que parecía una puerta de hierro. Llegué a casa tarde, así que dejé todo amontonado en la sala de estar: la radio al lado del televisor, sobre una cómoda vieja; y la guitarra, detrás de la cómoda.

Al día siguiente, después de clase, volví a la madriguera. Quería recoger la batería de Paul y sus vinilos, pero habían cambiado la cerradura. Fui a casa de Ham y de Dan para decirles que habían cambiado la cerradura y que la batería de Paul seguía allí, y que también seguían allí sus vinilos y su Supraphon, pero pronto descubrí que ese era el menor de sus problemas. Acababan de decirles que les retiraban el sueldo y que no hacía falta que volvieran al trabajo. ¿Eran miembros del Partido? Ni idea. Aunque supongo que eso habría empeorado las cosas. Quería ir al teatro y hablar con alguien de allí y contarle lo de la batería de Paul y lo de sus vinilos, pero me daba miedo y no lo hice.

Nunca pensé que la historia del tipo que se metió en un avión que iba a Frankfurt en zapatillas de estar por casa y en pijama fuera cierta. El desertor del pijama de rayas.

Pero lo era. Hubo una vez, en la década de 1970, en que al líder de una banda de rock rumana se le permitió casarse con una chica occidental y se fue del país, de forma legal. Luego se dio cuenta de que no era nada sin su banda y volvió a Rumanía con un camión lleno de amplificadores y de altavoces, algunos realmente enormes, y se reunió con su banda y dio algunos conciertos. Después del último, justo cuando estaba a punto de marcharse con aquel camión repleto de amplificadores y de altavoces, les dijo a sus compañeros de la banda que era entonces o nunca: podía esconderlos en alguno de esos enormes amplificadores que había traído consigo. Uno para cada uno. Amplificadores Marshall vacíos, porque dentro de las cajas no había ningún altavoz. Lo había planeado todo, pero no les había dicho nada. Y le sobraba un amplificador, porque uno de sus compañeros no estaba. Como no podían esperarlo, había un puesto libre, y el tipo decidió ofrecérselo a una amiga, una mujer embarazada que quería dar a luz en Alemania. Antes de llegar a la frontera, les dio unos Valium, y cada uno se metió en uno de los amplificadores vacíos, incluida la mujer embarazada. El camión cruzó el puente sobre el Danubio, cerca de la presa hidroeléctrica que hay junto a las Puertas de Hierro, y consiguieron llegar a Yugoslavia. Y de allí pasaron a Alemania. Aquel tipo era un buen tipo. Y la mujer, una embarazada con suerte.

No hay nada que no puedas hacer

Ham

No sé cómo conseguí acabar el curso en el instituto, pero al final me las arreglé, y, de repente, era julio. Aquel verano fue especialmente caluroso y yo pasaba la mayor parte del tiempo en mi cuarto, tumbado en la cama, con la ventana abierta, escuchando el parloteo de las ancianas que paseaban por la calle y que hablaban del eneldo que habían comprado, o de sus nietas: «Oh, es preciosa, si pudieras ver las fotos…». A veces sonaba un teléfono en el apartamento de al lado y nadie respondía porque quien fuera estaba trabajando o comprando eneldo.

Pensé en Virgil. Lo llamé. «Está de vacaciones», me dijo una voz profunda y ronca. Debía de ser su padre.

Fui a un lago cercano donde los niños y las niñas tomaban el sol y nadaban. El agua estaba turbia, pero aun así el lugar estaba lleno de gente. Me encontré con un compañero del instituto. Compramos dos cervezas, en botellas de medio litro, y nos sentamos en un banco. Mi cerveza sabía a aceite de girasol, pero no dije nada. La cerveza y el aceite de girasol se vendían en botellas oscuras, verdes o marrones, de un litro o de medio. Las botellas las reutilizaban y, a veces, no se lavaban, por lo que bien podía ser que la cerveza que comprabas estuviese en una botella de aceite de girasol que nadie había lavado como era debido.

Luego, un día, fui a ver a Ham y a Dan. Ham abrió la puerta y de inmediato me di cuenta de que estaba embarcada en mitad de una gran operación de limpieza. La puerta de la habitación de Paul estaba entreabierta, y ella parecía a punto de llevar todas las alfombras de la casa al batidor de alfombras que había detrás del bloque. Todavía estaba de excedencia sin sueldo, pero había logrado hacerse con algunos clientes por su cuenta. Dan no estaba, se había visto obligado a aceptar un trabajo muy lejos de casa, a las afueras de Bucarest. Paul estaba bien, le dijo Ham. Más o menos, la verdad es que no sabían demasiado de lo que hacía en Belgrado.

Me ofreció una copa de brandy de ciruela (de la reserva especial de Dan) y me preguntó qué tal me iba todo. Yo no sabía qué tal me iba todo, pero ella insistió en que le contara algo sobre mí, y todo lo que se me ocurrió decirle fue que casi había suspendido Historia a final de curso porque el profesor me había pedido que le hablase de Enrique VIII y lo único que sabía de Enrique VIII era que había tenido seis esposas, y solo porque un amigo me había prestado una vez un disco de Rick Wakeman que llevaba por título ***The Six Wives of Henry VIII***. Así que le dije al profesor que Enrique VIII se había casado seis veces y traté de recordar la primera canción del álbum de Wakeman, pero no pude, así que le solté que su primera esposa se llamaba Castilla de Aragón.

Ham dijo que era una historia estupenda, y luego agarró un gran atlas de geografía, lo abrió y sacó una foto en blanco y negro de Paul, de cuando estaba en el ejército. Llevaba uniforme. Un pesado abrigo y en la cabeza, calada, una gorra cuartelera. La gorra tenía una insignia con el escudo de armas de la República Socialista de Rumanía.

—Nunca me contó cómo le fue en el ejército —dije—. Solo sé que pasó allí nueve meses, en lugar de dieciséis como todo el mundo.

—O veinticuatro, si te reclutan en la Armada. No, vale la pena llegar a la educación superior para no hacer más de nueve meses de servicio militar. De todos modos, el tiempo que pasó en el ejército fue maravilloso. Al principio era un jenízaro.

—¿Un jenízaro? ¿Pero los jenízaros no eran los guardias del sultán?

—Así que no se te da tan mal la Historia después de todo.

—Tú que me ves con buenos ojos.

—Dan lo llevó a la base militar. La mañana en la que se fueron, los acompañé al coche y, antes de marcharse, Dan encendió la radio, ¿y adivina qué canción estaba sonando? ***Waterloo,*** de Abba. Se rieron, pero a Dan le brillaban los ojos, y recuerdo que le dije: «No te preocupes, todo es posible». Y, efectivamente, al poco de empezar a marchar con sus botas nuevas, se le pidió a la base de Paul que proporcionara extras para una escena de batalla entre los ejércitos otomano y valaco. La escena iba a ser incluida en algún tipo de documental. Y Paul tuvo suerte, lo eligieron para interpretar a uno de los jenízaros.

—¿Por qué dices que tuvo suerte? ¿Es que ganaron los otomanos la batalla?

—No, tuvo suerte porque los valacos tenían que ensayar maniobras tácticas complejas en la cima de una colina, mientras los otomanos se daban a la buena vida dormitando y fumando la mayor parte del tiempo. En cualquier caso, en la fiesta de clausura del rodaje, los dos ejércitos confraternizaron, y había algunos críos por allí que se preguntaban por qué los héroes de sus libros de texto de Historia se dedicaban a beber cerveza con sus enemigos. En esa fiesta, Paul conoció a un joven teniente que tenía como cometido formar una pequeña orquesta, Paul le cayó bien y le ofreció el puesto de segundo percusionista. Ahí fue donde Paul aprendió a tocar. Lo único que tienes que hacer es imaginarlo.

—¿Imaginarlo?

—Mira, Fane, yo crecí en un orfanato, me abandonaron allí cuando era muy pequeña. Nunca he sabido quienes fueron mis padres ni cuándo nací exactamente. Recuerdo que la conserje era una anciana. Vivía allí, como nosotros, pero su habitación no tenía puerta, sino una cortina de cuentas. A mí me parecía una cascada de gotas hechas de luz. Una noche me acerqué a ella, llorando. Estaba fumando detrás de su cortina de cuentas. Me preguntó por qué estaba llorando y yo le dije que porque quería una mamá. Ella me invitó a pasar. Sobre la mesa tenía una baraja de cartas. Cogió una y dijo: «Imagínatelo y sucederá. No hay nada en este mundo que no puedas imaginar. Haz como yo. Así tengo todo lo que quiero». Eso fue lo que me dijo, y en 1942, cuando según ellos yo tenía seis años, me adoptaron. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Quién te adoptó?

—Una mujer judía. Una viuda. Bueno, ella ya había estado antes en el orfanato, el año anterior, con su marido. Le gusté y quería adoptarme, sin embargo, su marido quería adoptar un crío judío. Pero por entonces no había ningún crío judío en el orfanato, así que no adoptaron a nadie. No dijeron en ningún momento que eran judíos porque en aquella época Rumanía era aliada de Alemania, y ellos habían decidido cambiar sus nombres por nombres rumanos. Lo descubrí mucho tiempo después. En cualquier caso, en 1942, ella volvió. Vino sola. Su marido había muerto. «Se cayó por el balcón —le dijo al director del orfanato—. Fue un accidente de lo más estúpido. Un día en el que unos bombarderos de largo alcance sobrevolaron Bucarest, él le pidió a Dios que se los llevara a Ploieşti a bombardear los campos petrolíferos y las refinerías, y los bombarderos le hicieron caso, volaron hasta Ploieşti, y eso lo hizo feliz, porque creyó que Dios había escuchado la plegaria de un pobre hombre como él. Unas semanas después, se cayó por el balcón. Y les diré una cosa, Dios no lo castigó por haberle pedido que llevara esos bombarderos estadounidenses a otro lugar y arrojara sus bombas sobre las cabezas de otras personas, lo castigó porque yo quería adoptar a esta pobre niña y él no.» Se refería a mí. Después de que firmara los papeles, me hizo a un lado y me dijo: «Puedes llamarme mamá Ala». Era pequeña, gordita y muy simpática, y me dio pena que su marido hubiera muerto, aunque no hubiera querido adoptarme. Antes de salir del orfanato, fui a ver a la anciana conserje para despedirme, pero no estaba en su cuarto. Me fui de allí con toda esa gratitud que no pude confesar, gratitud que creció más allá de lo que era capaz de imaginar cuando llegué a mi nuevo hogar: un apartamento enorme de tres habitaciones en una villa realmente maravillosa. Una de las tres habitaciones era solo para mí, y en la cocina había un armario lleno de tarros de mermelada. Mermelada de cereza. ¿Qué me dices a eso? La vieja conserje tenía razón. No hay nada en este mundo que no puedas conseguir si te lo propones. Es lo que llevo diciéndole a Paul toda la vida.

Luego le echó un último vistazo a la fotografía de Paul con la gorra cuartelera, para devolverla finalmente al atlas de geografía.

—Es curioso —dijo—. Cada vez lo dejo en una parte distinta del mundo.

El Rosario

Querido amigo:

¿Cómo estás? ¿Cómo está Oksana?

Desde que salí de la cárcel, vivo en este motel. No les digas a mis padres que he estado en la cárcel. El motel se llama 1000 Ruža. Me gusta el pequeño signo de puntuación sobre la *z*. Significa 1000 Rosas. Para mí suena como el Rosario. Está en el sur de Belgrado, y, a pesar del nombre, no hay ni una sola rosa a la vista. Es el Rosario Sin Rosas. Pero hay unos cuantos árboles, cerezos en su mayoría, y están floreciendo justo ahora. Por las noches abro la ventana y fumo como un turco mientras los contemplo. Empecé a fumar cuando estaba en el ejército… Qué tiempos aquellos. Detrás de los cerezos hay una pared cubierta por una glicina gigantesca. Un chico de la recepción me dijo que el verano pasado había luciérnagas y que, si salías de noche, revoloteaban a tu alrededor.

Me metí en el Danubio con una colchoneta. Como las que llevas a la playa. Hacía tanto frío que pensé que me iba a congelar, pero luego entré en una corriente que no estaba tan fría. Sentía como si me hubiera metido en un río y de repente estuviese flotando en otro. En algún momento escuché el ruido de una lancha patrullera y pensé que seguramente me habían visto y que me iban a disparar. Pero no lo hicieron. Al parecer, hay una especie de norma: un guardia fronterizo solo puede disparar a un fugitivo si la trayectoria de la bala acaba resultando paralela al río. Imaginemos que eres un guardia fronterizo rumano en una lancha y ves a un tipo nadando hacia la costa yugoslava: no puedes dispararle si se encuentra entre donde estás tú y la costa yugoslava, porque podrías fallar y matar accidentalmente a un guardia yugoslavo. En estos casos, la trayectoria es lo único que importa.

¿Por dónde iba? Sí, por el Danubio. El caso es que la corriente del Danubio empeoró y me alejó de la lancha, y empezó a llevarme hacia la orilla equivocada. De vuelta a la costa rumana, sí. Y luego entré en un remolino, un remolino peligroso, y supe que tenía que agarrarme a algo, a algo que pudiese sostenerme, algo más sólido que mi colchoneta. Entonces vi un gran pedazo de árbol junto a mí, un tronco con ramas enormes. Me agarré a una de ellas y solté la colchoneta, pero la rama se rompió, se me escapó y me quedé sin nada a lo que agarrarme. Entonces me vino a la mente una imagen de nosotros dos en la Madriguera Dorada, estábamos tratando de tocar una melodía sin centro tonal, y me aferré a ella. Justo en ese momento me desmayé.

Cuando desperté, seguía sumergido. El agua estaba bastante turbia. Logré llegar a la orilla, pero no sabía si era la correcta. Me puse en pie y me quité los pantalones cortos para comprobar si mi tesoro había llegado conmigo: mi certificado de nacimiento, mi

tarjeta de identificación y la bolsita de leche en polvo para bebés de Humana. Lo había metido todo en cuatro bolsas de plástico que me había pegado a los pantalones por dentro. Había hecho un buen trabajo, todo estaba intacto. Le había comprado la leche en polvo por debajo del mostrador a una señora que trabajaba en una farmacia. Quería algo ligero, pero que tuviese todos los nutrientes del mundo. Estaba exhausto, así que probé a abrir el sobre y tragarme como pude la leche en polvo, pero mi garganta estaba seca y aquello no pasaba, empecé a toser y a escupir, y todos esos nutrientes fueron a parar a la tierra, tierra que a esas alturas yo no sabía si era la nuestra o la suya. Luego una patrulla me encontró. Un chico desnudo cubierto de barro con polvo blanco en los labios. Los miré y me dije: «Estoy preparado, tan preparado como cualquiera».

Resultó que eran serbios. Me llevaron a una especie de base militar y dos días después me condenaron por cruzar ilegalmente la frontera. La sentencia, tres semanas de cárcel. La cárcel era un cuartel enorme, muy concurrido. Había muchos rumanos y muchos búlgaros. No teníamos papel higiénico, pero por las celdas circulaban libros sin tapas, que cada día se hacían más y más delgados. Qué manera de hacer desaparecer un libro.

Me interrogaron un montón de veces. Mandaban de vuelta a todos aquellos que parecían serios infractores en sus propios países y a los que no tenían papeles. Había un tío mayor, un rumano, que solo hablaba rumano, y quería decirles a los guardias, que eran serbios, que tenía un huerto en casa. Nos preguntó a todos nosotros, los rumanos, si sabíamos cómo se decía huerto en serbio o en inglés o en alemán, pero ninguno lo sabía. Al final, se decidió a hablar con los guardias en rumano, sobre su huerto, cambiando el acento en cada palabra, a propósito. No te rías. Es como si creyera que el hecho de que las palabras le sonaran raras a él, que era rumano, podía hacer que un extranjero las entendiera. No sé qué fue de él, porque pronto me trasladaron a otra prisión; en realidad, al ala especial de otra prisión, en la que había televisión y hasta una mesa de ping-pong. Allí me entrevistó alguien del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Quería saber si yo era un refugiado político. Le dije que había sido expulsado de la Facultad de Filosofía y después me habían despedido de una banda que tocaba en un restaurante. Le conté que al final había conseguido trabajo como vigilante de un depósito al que mis mejores amigos y yo llamábamos la Madriguera Dorada. Pensé que le gustaría, pero no le gustó, y me hizo un montón de preguntas sobre por qué me había marchado de Rumanía. Estuvo tomando notas todo el tiempo en un pequeño cuaderno, y no había forma de que supiera, por su cara, si creía que era un refugiado político o no. Si decidía que no lo era, los serbios me mandarían de vuelta a casa. Pero una semana más tarde, me comunicaron que había sido considerado refugiado político y que estaba bajo la custodia de Naciones Unidas. Entonces me liberaron y me mandaron a este motel, donde Naciones Unidas me paga la habitación y la comida.

Me han emitido una tarjeta de refugiado temporal de la ONU, ***Privremena legitimacija,*** que me da acceso gratuito al transporte público. Solo tengo que mostrársela al conductor. También se me permite trabajar. Trabajo casi todos los días en un pequeño taller de carpintería. No me pagan mucho, pero sí lo suficiente para comprar ***slivovitz*** y cigarrillos baratos. Los compro en cuanto cobro, porque la inflación está disparada.

Cuando fui por primera vez a Belgrado, pensé que estaba soñando. Era de noche y había luces por todas partes. Luces, Fane: las calles estaban totalmente iluminadas. Había incluso un McDonald's, ¿puedes creértelo? Todavía no he entrado, la cola era demasiado larga cuando pasé por delante.

Aquí, en el Rosario, hay de todo: rumanos, búlgaros, albaneses, rusos, incluso algunos africanos. Todos estamos intentando completar nuestras solicitudes de emigración. América, Canadá, Australia y Nueva Zelanda son las principales opciones. La Europa Occidental es complicada y lenta, a menos que tengas algún hermano o hermana que viva allí y te eche un cable. A algunos les da mal rollo y se van y tratan de llegar por sus propios medios a Italia o a Austria, pero si los cogen, pierden su estatus de refugiados y con toda probabilidad acaban de nuevo en sus países de origen. A mí me da mal rollo esto también y me gustaría irme, pero hay policía y fuerzas del orden por todas partes, y algo hierve bajo la superficie, pero no sé qué es. Nadie en el Rosario lo sabe.

De todos modos, envié mi expediente al Consulado de Canadá y ya me han hecho una entrevista.

Una mañana estábamos desayunando, aquí en el Rosario, y un chico de África me preguntó algo en inglés, y yo le respondí en inglés y con la boca llena de miel —esa mañana teníamos miel—, y me dijo que tenía acento americano. Así que, antes de mi entrevista en la Embajada de Canadá, me zampé un tarro de miel, y el cónsul canadiense en persona me felicitó por mi inglés, aunque dijo que tenía acento irlandés, y le dijo al traductor —un serbio que sabía inglés y rumano— que podía salir a fumar, y él salió. No todo el mundo tenía el lujo de tener una entrevista con el cónsul. Me preguntó por mis estudios y mi experiencia laboral. Detrás de él había un enorme póster con un paisaje maravilloso, una interminable sucesión de montañas verdes con cimas blancas, y sobre ellas, un sol amarillo cuyos rayos formaban las letras de la palabra «Alberta». Le dije que estudié Filosofía durante un trimestre y que durante unos meses toqué la batería en un restaurante, y su sonrisa benévola, provocada por mi correcto inglés, se desvaneció. Se rumoreaba de forma insistente en el Rosario que en Canadá buscaban por encima de todo carniceros, así que le dije que mi padre era carnicero, y que yo soñaba con ser carnicero como él. «Mi padre y yo nos llevamos muy bien, hablamos todo el tiempo de matar vacas y corderos.»

El cónsul no dijo nada, ¿y sabes qué me apetecía decir a mí? Que mi sueño de ser carnicero como mi padre jamás podría cumplirse en Rumanía porque en Rumanía no

había carne. Pero cerré el pico, porque no es buena idea gastar bromas durante la entrevista.

La gente en el Rosario dice que si el cónsul te invita a que elijas un libro de su estantería cuando acaba la entrevista, es que le has gustado. Todos los libros están en francés o en inglés. Pues bien, al final no me pidió que cogiera ningún libro. Así que ya veremos. Cuando salí de allí, recordé una exposición, que había visto en Bucarest, de un dibujante. Un dibujante brillante. Stănescu, se llamaba. En una viñeta había una cola enorme frente a una carnicería. Dos mujeres estaban hablando, y una le decía a la otra: «Yo no creo en la reencarnación…».

Dile a Oksana que la echo de menos.

Y dale tiempo a tu guitarra. Es una buena guitarra. Dale tiempo y verás cómo se abre. Hace tiempo vi una vieja película italiana y no supe qué pensar al principio, pero al cabo de unos días, se abrió en mi memoria como una rosa en un jarrón.

Tu amigo,
Paul

La carta había sido introducida de contrabando en Rumanía por un coreógrafo rumano. El coreógrafo se la había entregado a Ham. El coreógrafo y Ham eran buenos amigos. De qué forma supo Paul que el amigo de su madre estaba en Belgrado es un misterio. También escuchaban las llamadas que se hacían desde el extranjero. Así que Paul y su madre debían de tener entre ellos algún tipo de código secreto.

—Los artistas son más listos —dijo Ham—. Tienen que serlo, ya sabes. Para poder engañar a los censores. —Estaba de buen humor cuando me dio la carta. Probablemente la había leído. No iba en ningún sobre.

Llamé a Oksana al Gruta para decirle que tenía algo para ella.

—Oksana lo ha dejado —dijo una voz de mujer—. Ya no trabaja aquí.

—¿Tienes su dirección? Vive con su abuela.

—¿Sí? No tenía ni idea.

—Sí, en un pequeño pueblo que está cerca del Gruta. Subía y bajaba todos los días. Lo llamaba Cuquilandia.

—¿Llamaba a *qué* Cuquilandia?

—Al pueblo de su abuela. Nunca me dijo el nombre real.

—Ja, ja, ja.

* * *

Hacia el final del verano, volví a verlos. Ham abrió la puerta y me abrazó.

—No me lo dijo, Fane. ¿Puedes creértelo? Yo sigo sin poder hacerlo. Porque nunca hemos tenido secretos, él y yo. Pero no importa. Ahora está en el paraíso. Ha pasado por el purgatorio y ha llegado por fin al paraíso.

—¿Ha encontrado Dan trabajo en Bucarest?

—¡Paul, Fane, estoy hablando de Paul! Es un inmigrante por fin. En Canadá. Esta mañana me ha llamado desde Toronto. Mi mañana. Le respondieron hace un mes, pero no me había dicho nada. ¿Cómo puedes fiarte de él? Le pregunté: «¿Tienes dinero?». Y él me dijo: «No te preocupes por nada, mamá, tengo un montón. Pero no hablemos de dinero, dime cómo está el gato de tía Florina». Pero yo no sé cómo está el gato de tía Florina, y él seguía preguntándome por él. Y luego caí en la cuenta: ¡el gato eras tú! Y le dije: «Está bien, pero maúlla mucho últimamente, y creo que es porque no juega lo suficiente», y Paul dijo que se moría de ganas de jugar con él. Y luego le pregunté otra vez por el dinero, y me dijo: «Mira, el Gobierno canadiense me ha pagado el vuelo de Belgrado a Toronto. 482 dólares. Es un préstamo, pero sin intereses». Y yo dije: «¿Cómo has volado de Belgrado a Toronto?». Y él me dijo: «Pues en vuelo directo, porque tienen vuelos directos con Toronto». ¡Dios bendiga a Yugoslavia, Fane, son el país más autónomo del Bloque del Este! ¿Puedes imaginártelo siquiera? ¿Un vuelo directo de Belgrado a Toronto? Yo no. Una vez llegó a Toronto, una organización sin ánimo de lucro lo ayudó a encontrar un sitio en el que vivir, y el Gobierno de Canadá le ha dado un vale de mucho dinero para comprar todo lo necesario en una tienda especial: un cepillo de dientes, un tenedor, una taza, todo lo que se te ocurriera, y todo ese dinero es también un préstamo sin intereses. Tiene que empezar a devolverlo cuando encuentre trabajo, no antes. Y también le han dado dinero para que vaya tirando, y lo mismo, sin intereses. ¡Dios bendiga también a Canadá! En cualquier caso, vive en un pequeño estudio encima de un bufé libre, y el número del bloque es el 92 000. ¿Cómo puede ser eso?

—¿Lo del bufé libre?

—No, que el número de un bloque sea el 92 000.

—Me pregunto si tienen banda en ese restaurante.

—Apuesto a que sí. Y tiene buenos vecinos. En la puerta de al lado vive una pareja de jubilados, Martha y David. Ella era bibliotecaria y David trabajaba en logística. No sé qué es eso. Paul hizo un tour por Toronto y la guía, que era rusa, le dijo: «Puede que olvides tu primer beso, pero nunca olvidas dónde aparcaste por primera vez tu coche en Toronto». ¡Eso es algo que nunca va a poder pasarte en Bucarest! Después del tour guiado, se fue a un centro comercial enorme y dentro vio jaulas con gallinas que estaban allí para que los niños aprendieran cómo son las gallinas de verdad, porque nunca habían visto una gallina, aunque lleven comiendo pechugas de pollo toda su vida. Los niños de Rumanía solo han visto las

pechugas de pollo en fotos. En el centro comercial, Paul se compró el helado más grande que había visto jamás. Puede que no sea *la dolce vita*, pero al menos en Norteamérica puedes decir lo que quieras sin miedo a que el Gran Hermano lo grabe y lo almacene todo. Ah, y compró una entrada para un concierto de Zappa, pero el concierto se canceló, en realidad, se canceló toda la gira, y a cambio Paul fue a un concierto de un tipo llamado Ted Nogent o algo así. Tardó una semana en recuperar el oído. Menudo bestia, el tío. No me sorprendería descubrir que toca desnudo con la piel de algún tipo de animal sobre los hombros. ¿Has oído hablar de él?

No había oído hablar de él.

—Otro de sus vecinos es indio. Fríe cebolla a las siete de la mañana con la puerta de casa abierta. Una mañana, Paul llamó a su puerta abierta para quejarse, pero se pusieron a hablar de música y estuvieron de acuerdo en que la música era cuestión de tener algo dentro, que no tiene nada que ver con la destreza. Paul lo llama Costel, dice que su nombre real es impronunciable. Costel ha vivido en un montón de países, y dice que, para él, ir de un país a otro es lo más parecido a cambiar la pronunciación de su nombre por otra. De joven tocaba algún instrumento de percusión, pero ahora está en Toronto para licenciarse en Economía. Martha y David son buena gente, y eso es algo que me encanta. Una noche invitaron a Paul a ver una película y lo llevaron a un cine de la ciudad. Mientras volvían a casa, David atropelló a una ardilla, y Martha y él se pusieron a llorar.

El rey de la comedia

El domingo siguiente me invitaron a comer para celebrar la llegada de Paul a Canadá. El que me abrió la puerta fue Dan. Era la primera vez que lo veía en mucho tiempo. Esperaba encontrarme con un padre feliz, pero tenía delante a un fantasma. Estaba pálido, parecía cansado, no se había afeitado.

—No te lo vas a creer —me dijo, sirviéndome un aguardiente—, pero somos un par de exiliados en el aserradero en el que trabajo, o más bien, en el que no trabajo, porque no hay nada que hacer allí.

Antes, Dan había trabajado en una fábrica de muebles. «Tengo un trabajo de oficina en una fábrica de muebles», solía decir.

Brindamos, pero ninguno de los dos dijo nada.

—El otro exiliado es mayor que yo. Solía trabajar en un ministerio. Va a la oficina con un imponente maletín de cuero, pero lo único que lleva dentro es una magdalena que se compra cada mañana de camino al trabajo. Nos han obligado a aceptar el empleo en ese maldito

aserradero a las afueras de Bucarest solo porque está muy lejos. Así es como nos castigan. A mí me castigan por mi hijo; a él, por su yerno. Sobre el papel somos inspectores de calidad. ¡Bah! Allí no hay nada que inspeccionar, no hacen más que cortar troncos.

Llenó los vasos de nuevo.

—Su yerno, ¡menudo personaje! Miron. Desertó a Francia. Después de casarse, le pidió a un amigo suyo que pusiera su nombre en una lista de personas que solicitaban plaza en una gira de diez días con todo incluido por Francia. Era profesor de Francés, Miron. «Esa gira es una oportunidad única —le dijo a su mujer—. Ese es mi sueño, conocer Francia. Si pido ir solo, podría tener alguna opción, porque es como si te dejara aquí como garantía de que volveré. Nunca van a dejar que viajemos juntos a un país occidental.» Solo Dios sabe qué hilos movió, pero al final se metió en el grupo de aquellos a los que dieron luz verde para salir. Y al parecer, todos ellos solicitaron asilo político el mismo día en el que aterrizaron en París. El aeropuerto olía a ***croissant*** y a café recién hecho. Lo que un hombre haría por un café y un ***croissant***… Miron apenas llevaba unos meses casado. «Así que has acabado teniendo un exyerno», le dije a mi amigo en el aserradero, y le gustó que lo dijera, así que ahora somos amigos.

Ham entró con una gran fuente de puré de patatas sobre la que había una montaña de escalopes de pollo.

—Coge un par, Fane. Hay montones. Come tanto como te apetezca. Uno de mis clientes me ha dado dos pollos enteros. Y ya que estamos, ¿has oído hablar de ese nuevo tipo de bloque de apartamentos que están pensando construir? Cada apartamento tendrá un cuarto de baño, pero no cocina, porque todos comeremos en comedores comunitarios. Esa es la idea. En casa tendremos una tetera, por si enfermamos o algo así, o por si nos apetece una manzanilla, pero si invitamos a un amigo a cenar, tendremos que ir a uno de esos enormes comedores, y pedir el ***plat du jour***.

—Cuando Miron llegó a París, vivía en una clínica veterinaria, rodeado de jaulas llenas de animales enfermos. Era la clínica de un veterinario rumano. Luego se mudó con un conserje, también rumano, que no hacía más que regañar a un niño llamado Ulysse. ***«Ulysse, pas par là!»*** Dios le echó una mano y le consiguió un trabajo que le permitió alquilar una diminuta habitación en el último piso de un edificio antiguo, cerca de los Inválidos. Pero no tenía ni baño ni cocina. Así es París, amigo mío. Solo había un retrete en el pasillo, que compartían entre seis cuartos pequeñísimos. Para darse una ducha tenía que ir a un baño público. Y eso no es todo. Cuando Miron se mudó, una de las paredes de su cuarto había cambiado de color porque tenía justo la azotea encima y había una gotera. El tipo que se la alquilaba, dueño de todo el edificio y responsable de una famosa marca de perfumes francesa, había llamado a la compañía de seguros para evaluar los daños causados por la gotera, pero no había venido nadie, y la pared se había secado, porque hacía calor aquel verano, así que le pidió que mojase la pared cada día con dos litros de agua, a primera hora de la mañana, hasta que apareciera el

tipo del seguro. ¿Puedes creértelo? ¿Qué podía hacer Miron? Obedeció y mojó la pared a diario durante casi un mes. Y al final el tío del seguro vino, y el *parfumeur* le dio a Miron un faisán que había matado *à la campagne,* como muestra de agradecimiento por su esfuerzo por mantener la pared mojada. Dios santo, ¿cómo suponía que iba Miron a cocinar un faisán como aquel, repleto de plumas, en su minúscula habitación? ¿En la tetera? Le dio las gracias al casero, troceó el maldito faisán, lo metió en cuatro bolsas de plástico, cogió el metro y lo tiró en otro distrito. Tenía miedo de tirarlo demasiado cerca de donde vivía, como si el faisán muerto pudiera resucitar en las bolsas de plástico, volver como un fantasma, toparse con el *parfumeur* y decirle que Miron lo había tirado por ahí.

—Hablando de animales. Una mujer a la que doy masajes tiene un primo que vive en un pueblo y que un día vio una vaca muerta en el patio de delante de su vecino. Una vaca muerta, con las patas delanteras en una posición extraña. Pero en realidad no estaba muerta, porque parpadeaba. Para abreviar una larga historia, la cosa fue que el vecino se había quedado sin heno y salió a comprar, pero no encontró, y la vaca se estaba muriendo de hambre, así que decidió que antes de que se muriera de hambre prefería matarla, pero no podía hacerlo. El Partido no lo permite. Solo un veterinario puede matar a tu vaca, y solo si la vaca está muy enferma, o si se ha caído accidentalmente y se ha roto las patas. Así que lo que había hecho aquel tipo era romperle las patas a su vaca, con un garrote o algo así, y entonces llamó al veterinario, y le dijo que la vaca se había caído en el patio de atrás y le pidió permiso para matarla él mismo.

—¿Sabes de qué trabaja Miron en París? ¡Dios, lo que es el karma! Lo ha contratado un laboratorio farmacéutico. Su trabajo consiste en matar ratones. Tiene que romperles el cuello. Dos mil ratones al día. Aquellos que sobreviven a lo que sea que les inyecten. Es decir, no es que el laboratorio los mantenga en una jaula como mantendría a ratones jubilados que han cumplido con su deber. Los extermina, y alguien tiene que hacerlo. Sí, a eso se dedica Miron en la Ciudad de las Luces. A matar dos mil ratones al día, con sus propias manos, no con garrote ni con nada parecido. Apuesto a que en el envase de sus medicamentos dicen que toda la investigación se ha hecho manualmente. ¿Y cuánto dirías que le pagan por su trabajo? Lo justo para permitirse una diminuta habitación sin baño ni cocina. Y eso no es todo: también tiene que aguantar las ganas de romperle el cuello a su jefa, madame Rebière-Picheavant, que acaba de declararse maoísta. ¡Maoísta, por el amor de Dios! Cuando le dijo a Miron que era maoísta, Miron le soltó que el comunismo te destrozaba el hígado. En francés, las palabras «fe» e «hígado» se pronuncian igual, solo las separa el género, y Miron, un exprofesor de Francés, se lio con los géneros y dijo lo que no debía porque en realidad había querido hablar de su «fe». Madame Rebière-Picheavant se enfadó tanto que cambió la cuota, y desde entonces tiene que matar no dos mil ratones al día, sino tres mil.

—¿En serio? ¿Y qué me dices de *nuestros* comunistas? —dijo Ham—. ¡Son vampiros! La nieta de la señora a la que le doy masajes estudia en el Politécnico de Bucarest. Tuvo un

problema y faltó a tantas clases que, para evitar el castigo, se vio obligada a donar sangre. Sí, sangre. He aquí lo que se le ha ocurrido al Partido: si donas sangre, el Politécnico te borra dieciséis horas de clases perdidas. La asistencia era obligatoria, y había faltado a tantas clases que, en una semana, tuvo que donar sangre tres veces, y después de la tercera, cuando estaba en clase de Socialismo Científico, mientras el profesor les decía que el espíritu es una manifestación de la materia, se desmayó. En mitad de la clase, la pobre.

Mientras hablaban, yo devoraba mis pechugas de pollo, mirando alternativamente a Ham y a Dan, sin saber cuál de aquellos dos infiernos, el del Este o el del Oeste, era peor.

—Miron llama a su esposa cada semana, pero solo habla con ella unos minutos. «Por favor, perdóname. *Je t'aime.*» La llama desde un teléfono público porque no tiene teléfono en casa. Y alguien que una vez estuvo en París le contó a su suegro que las cabinas de teléfono están llenas de tetas y culos, bueno, de anuncios para hombres, ya sabes. ¿Qué diría Mao de algo así? Imagínate a ese tío diciéndole a su mujer que la quiere mientras está rodeado de jugosas tetas y culos. Un prisionero llamando a su pajarito desde una jaula subida de tono.

—¡Oh, ella también vive en una jaula! ¡Solo que su puerta nunca está abierta!

—Creo que estoy lleno —dije—. Muchas gracias. Estaba absolutamente delicioso.

—Cuando Paul iba al instituto —dijo Ham mirándome—, en clase no tenían el típico retrato de Ceauşescu que tiene todo el mundo. En la clase de Paul había dos retratos. Uno, el de Ceauşescu, estaba encima de la pizarra; el otro, de Caragiale, estaba al fondo de la clase, encima del perchero. Dos genios, cara a cara: nuestro gran líder político y nuestro mejor dramaturgo cómico. Y no sé por qué lo hizo, Paul estaba en quinto grado, quién sabe qué se le pasó por la cabeza, pero, durante un descanso, cambió los retratos de sitio: puso a Caragiale sobre la pizarra y a Ceauşescu sobre el perchero. Sus compañeros de clase, al verlo, empezaron a partirse de risa, y entonces entró en clase el director, y los niños se callaron de repente, y el director se puso a aullar como un hombre lobo. No lo soportaba. Paul dijo: «Lo siento». Y el director dijo: «¿Has sido tú? —Y cogió a Paul de la oreja—. ¿Qué tienes en esa cabeza hueca, gamberro? Que Ya-Sabes-Quién es… ¿qué? ¿El rey de la comedia? ¿Quién te ha ayudado?». Entonces le pidió a Paul y a otro niño, que era su mejor amigo, que escribieran sus nombres en un papel, volvió a su despacho y me llamó a mí y a la madre de ese otro niño. Casi me dio algo cuando me llamó, porque no quería decirme lo que había pasado. Cuando entré en el despacho del director, la madre del otro niño ya estaba allí. El director me pidió que me sentara junto a ella y luego nos riñó a las dos. «¿Sabéis que en nuestro instituto se dan clases nocturnas? ¿Y que las imparten milicianos que no tienen ni el bachillerato? ¿Qué creéis que hubiera pasado si hubiera entrado uno de ellos en la clase de vuestros hijos antes que yo?» Estaba como ido, como si se hubiera convertido en un hombre lobo de verdad, y la pobre madre de aquel otro niño no entendía por qué le gritaba a ella si era Paul el que había cambiado los retratos de sitio y no su hijo. Así funciona el mundo en el que vivimos, Fane. Pero Miron, el *parfumeur* y la señora Rebière-Picheavant no existen. ¡Te los has inventado,

lunático del demonio, como haces siempre! Rebière-Picheavant. ¡Solo a ti podía ocurrírsete un nombre así! Una cerveza, y ahí lo tienes. Todo lo que he dicho yo, sin embargo, es cierto.

—Siéntate, Fane —dijo Dan—. Aún no he terminado. Mi mujer tiene un diario secreto. Lo esconde en el cajón de las camisas. Lo ata con una cuerda, y cuando lo encontré, oí una voz escalofriante en mi cabeza, ya sabes, una voz tipo Bela Lugosi, diciéndome: «¡No la desanudes, no la desanudes!», pero no le hice caso, y leí algunas líneas incomprensibles, que parecían rastros dejados por un insecto que se hubiera sumergido en tinta. Eran signos estenográficos, Fane. Mi querida esposa sabe estenografía. Y ese diario es uno de sus secretos. Tiene muchos. ***La signora dei segreti***. Lo dejé donde lo encontré, entre sus camisas, y busqué a alguien que supiera estenografía, pero no encontré a nadie, y después de un tiempo el diario desapareció, y ahora ella dice que no ha existido nunca.

—¡Por supuesto que nunca ha existido! Te lo has imaginado todo.

—La ***signora***, Fane, quería ser bailarina. Pero su historial se manchó en los buenos viejos años 50. En 1953 concretamente. Cuando murió Stalin. Sé lo que pasó.

—¿Como lo sabes?

—El día del funeral de Stalin, se decretó que todos los estudiantes de Bucarest fuéramos llevados a una plaza enorme, en la que había una estatua de Stalin gigantesca. Fue un evento bien orquestado. Yo también estuve allí. Con mi colegio. Iba al instituto entonces. Era marzo, y los niños y los hombres, todos sin excepción, llevábamos boinas o algún tipo de gorra plana. Los sombreros se consideraban burgueses.

—Eras demasiado joven para recordar todo eso.

—Los organizadores querían que, a una señal, todos nos quitáramos las boinas y las gorras, justo en el momento en el que se saludaba con cañonazos desde la Plaza Roja de Moscú, porque estaban en contacto con la Embajada Soviética y sabían lo que pasaba en todo momento en la Plaza Roja. Pero los organizadores se liaron, y los niños y los hombres también. Mientras unos se quitaban las boinas, otros se las ponían. Y lo hacían una y otra vez, parecía una escena de una película de Charlie Chaplin. Una película muda, porque a nadie se le permitía hablar. Y una chica preciosa, que por entonces estaba en el instituto y que años después se convertiría en mi esposa, se echó a reír, y alguien la vio. Y eso fue todo. La fastidió. Alguien se dio cuenta de que se reía en el funeral de Stalin, y su expediente quedó manchado para siempre. Después de aquello ni siquiera la aceptaban en compañías de danza para aficionados. Y nadie podía hacer nada al respecto.

—Cualquiera te sigue el rollo.

—Mis amigos me dijeron que no me casara con ella. No solo era gitana, sino que era mujer y huérfana, y esa es una combinación mortal. Pero yo la quería, ¿qué otra cosa iba a hacer?

Cuando volví a casa de Ham y Dan, poco tiempo después, el que abrió la puerta fue Dan. Me dijo que Ham había muerto mientras dormía. Me quedé clavado en el sitio y no supe si debía entrar o debía irme, y Dan tampoco sabía bien qué tenía que hacer. Estuvimos así un rato, sin hablar, y al cabo, me fui y Dan cerró la puerta.

Le habían hecho un montón de pruebas y el médico había dicho que lo más probable es que se le estuviese produciendo un estrechamiento de la aorta. «Eso es imposible —le había dicho Dan—, de joven había querido ser bailarina.» Como si aquello solo pudiera afectar a mujeres que de jóvenes no habían querido ser bailarinas. Lo que dijo molestó al médico, que aseguró no tener ni idea de ballet, lo que llevó a Dan a afirmar que lo que ocurría en su caso tenía más que ver con un estrechamiento del cerebro.

Quererla era fácil. Una vez llamó a una mujer de la limpieza para que le echara una mano con la casa, porque era una obsesa del orden, ¿y sabes lo que hizo? Limpió la casa entera ella sola, y cuando la mujer llegó ya no había nada que hacer. «¿Qué habría pensado de mí si hubiera encontrado polvo?», dijo. Solía diseñar sus propios vestidos, y hacía que se los cosiera un sastre. Había muchos sastres por entonces. Acostumbraba a decir que la calidad de la enseñanza había bajado porque los maestros habían dejado de preocuparse por la forma en que vestían.

Al entierro fue muchísima gente.

—Es gente a la que curó —dijo Dan.

Después del funeral, Dan tuvo la amabilidad de invitarme a casa para que pudiese comer algo y para que tomáramos juntos una copa de aquel brandy suyo de ciruela. Cuando llegamos, había tres ancianas en la cocina peleándose ferozmente por el control de una olla. Estaban discutiendo sobre si agregar o no perejil al ***pilaf*** que habían estado preparando. Lo dejaron cuando una de ellas aseguró que, si lo hacían, si añadían perejil, se tiraría por un puente. No había puentes por donde vivía Dan, pero aquello bastó para que dejaran de pelear.

Nos sentamos en una mesa alargada en el salón. A mi lado se sentó el señor Voicu, un primo de Dan, algo mayor que él.

—Cuando era joven —dijo el señor Voicu—, el Partido me mandó a estudiar Económicas en la Universidad de Lomonosov State, en Moscú. Cuando pienso en cómo era yo en esos tiempos me siento como si diera sorbos a un viejo brandy.

¿Quería eso decir que de joven era como un brandy añejo? Mantuve la boca cerrada.

—Por aquel entonces, Moscú estaba lleno de hermosas chicas procedentes de toda la Unión. Rusas, ucranianas, armenias, azerbaiyanas. Podría haberme casado con una de ellas y haberme instalado allí. Pero no lo hice. Regresé. Y cuando lo hice, un amigo mío me dedicó un pequeño poema. «Plagado de erotismo, el camarada Voicu resistió con heroísmo.» No recuerdo el resto. Resistí, sí, porque tenía a mi chica en casa. En Bucarest.

Le brillaban los ojos. Hizo una pausa.

—Me gustaba cómo eran las cosas entonces porque reinaba el orden. ¿Y tiene algo de malo? ¿El orden?

No me podía creer que el día del entierro de Ham estuviera ahí escuchando a un exalumno de Lomonosov, así que alcé mi copa —todos estábamos bebiendo licor de ciruela— y dije:

—¡Que Dios le conceda la paz! —Y aquello pareció despertar Dan, que había estado mirando su porción de ***pilaf*** desde que se había sentado a la mesa.

—Entonces reinaba el orden —prosiguió el señor Voicu, sin darse cuenta de que Dan lo miraba fijamente—, porque todos creían en lo mismo: lo material. ¡Lo material, no la perestroika! Porque nada importa más que la economía cuando se trata de seres humanos. La producción de bienes materiales. En Moscú teníamos un profesor magnífico que empezaba todas sus clases diciendo: «¡Es la economía, estúpido!». También hicimos mucha Filosofía en Moscú. Hasta que llegó Marx, la gente había sido ingenua. Pero una vez que llegó, fue como si de repente se corriera un tupido velo y todos vieran que el espíritu no es más que la forma en la que la materia se manifiesta.

—Mi querido primo —dijo Dan, y me olí que aquello no acabaría bien—, ¿podrías citarme la primera línea del ***Manifiesto comunista,*** de Marx y Engels?

El señor Voicu no dijo nada, y miró su copa.

—Permíteme que lo haga yo: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo». Así es como empieza el famoso manifiesto. Pero ¿por qué, si para los comunistas un fantasma es como un disidente? ¿Qué significa que el comunismo es un fantasma? Los fantasmas no son entes materiales, mi querido primo. Son como las ideas. No puedes tocarlos, pero existen. Y el comunismo es una idea. Y las ideas hacen que pasen cosas. La producción y los bienes materiales no importan nada. El río de la historia fluye porque las ideas han tallado su cauce. Marx lo sabía, por supuesto que lo sabía, pero no podía decirlo abiertamente porque en su época el materialismo ya se había convertido en el opio del pueblo. Así que dijo que lo que importaba era la materia y la producción de bienes materiales. El materialismo era su caballo de Troya. ¿Y qué había escondido en él? La idea de que la justicia es igualdad. Y con igualdad se refería a que nadie debía tener más que otro. Pero, date cuenta, la materia no se puede compartir de forma igualitaria. Las ideas, en cambio, sí. Lo que Marx tenía en mente era, en realidad, lo siguiente: nadie debe tener más ideas que otro. Así alcanzaremos la igualdad y la justicia.

Era de locos hablar de aquella manera, porque en aquella época había espías por todas partes, pero a Dan le traía sin cuidado. Se puso en pie con el vaso en la mano.

—Fue mi querida esposa quien hizo que me diese cuenta de todo esto. Era mucho más inteligente de lo que yo lo seré nunca y he de decir que me abrió los ojos. Me abrió los ojos justo antes de cerrar los suyos. Murió en paz porque su hijo no estaba aquí. «Ha elegido bien»,

me dijo. Sabía que se iba a morir y sabía exactamente la ropa con la que quería que la vistiéramos cuando se muriera, y también lo que la molestaría: los zapatos. Me dijo que los zapatos que había elegido le apretaban y le rozaban.

—Adiós, Dan —dijo el señor Voicu, y se puso en pie.

—Mi querido primo. Imagina que Marx y Ceauşescu hubieran sido primos. ¿Qué crees que le habría dicho Marx a su primo? «¡Eh, Nick! Cuidado con los fantasmas. Los malditos fantasmas. Y vuelve a echarle un vistazo al principio del manifiesto». Oh, no te vayas…

Pero el señor Voicu cogió su abrigo y se fue. Luego, los demás también se fueron. «¡Descanse en paz! ¡Descanse en paz!», dijeron antes de despedirse. Al final solo quedamos cinco. Dan, yo, y las tres ancianas que se habían peleado por el perejil, por si debían o no añadir perejil al ***pilaf*** que estaban cocinando. Estábamos todos de pie, y las tres mujeres y yo mirábamos a Dan.

—Por favor, sentaos —dijo Dan—. Tengo algo que deciros.

Nos sentamos y Dan se sirvió otro vaso de aquel brandy de ciruela.

—La última vez que mi mujer y yo salimos fue durante el invierno pasado, antes de que Paul se fuera. Fuimos a ver una obra al Teatro Nacional. Una adaptación de ***El capote,*** de Gógol. Una adaptación moderna. ¿Recordáis de qué va? No importa. Lo que importa es que llegamos tarde y que cuando entramos en el teatro nos dimos cuenta de que el guardarropa estaba vacío. No había calefacción en el maldito teatro, así que la gente no se había quitado el abrigo. ¿Qué os parece, eh?

Para cuando dijo «¿Qué os parece, eh?», las tres mujeres ya se habían ido.

—Lo siento, Dan —dije—, pero yo también debería irme.

—Y cuando llegamos a casa, me dijo: «Otro fantasma recorre hoy Europa. Y un día, pronto, llegará un tipo y nos dirá que ha hablado con él y que le ha dicho que deberíamos deshacernos del Timonel». Eso fue lo que me dijo, Fane. ¡Un día, pronto!

—Hasta otra, Dan, y que descanse en paz.

—Yo, en cambio, no descansaré en paz.

—Lo sé.

—Paul no ha elegido bien.

—Te llamaré, Dan. Mañana o pasado.

—Elige bien, Fane.

Materialismo dialéctico

El Timonel había empezado a construir enormes centros comerciales solo dedicados a la

comida en distintas áreas de la ciudad, pero estaban vacíos, y la gente los llamaba Circos del Hambre. Teníamos circo, sí, pero no pan.

Una noche, mi madre me dijo que a la mañana siguiente iban a abrir uno de esos nuevos circos y me ordenó ir allí a comprar toda la comida que pudiera. Le dije que tenía que ir al instituto, pero le trajo sin cuidado. Trató de tomarse el día libre en el trabajo, pero no le dejaron. El único día en el que esos circos no estaban vacíos era el día en el que los inauguraban, y solo porque el mismísimo Timonel era quien lo hacía.

Mi madre me despertó a las seis de la mañana y me dio un montón de dinero y ocho bolsas resistentes. Cuando llegué al circo en cuestión, las tiendas estaban aún llenas hasta arriba de huevos, leche, yogur, queso, enormes aceitunas negras; pechugas de pollo e incluso pollos enteros, cerdo, ternera, salami; pescado ahumado y huevas blandas, carpa fresca, y lucio y siluros; y pan y bollos, y manzanas rojas, y uvas negras, y patatas, vino tinto y blanco, y aceite de girasol y harina y azúcar y harina de maíz, y limones y naranjas e incluso plátanos. Los plátanos eran el manjar más raro que uno podía conseguir por aquel entonces. Pero todo aquel tesoro comestible estaba custodiado por dos cordones: uno de milicianos, el otro de soldados del ejército; la policía se llamaba entonces milicia. «Nos dispersarán cuando esté cerca —decía la gente a mi alrededor—, pero en cuanto se vaya, nos dejarán entrar y podremos comprar.»

Al final, los milicianos nos pidieron que saliéramos y nos dispersáramos por las calles de alrededor. Aunque éramos cientos, desaparecimos en poco tiempo, como nos habían pedido, y al poco, un desfile de guardias en motocicletas blancas y coches negros se detuvo ante el circo en cuestión. Pensé que tendríamos que esperar una eternidad, porque el Timonel iba a querer probarlo todo, todas esas aceitunas, el queso, los plátanos, pero en un cuarto de hora ya estaba fuera. Me dije que quizá ese día sufriese de algún tipo de indigestión. Cuando se marchó, una horda de gente acarreando bolsas vacías pareció resucitar de entre las calles y corrió hacia el centro comercial, pero para cuando lo hizo, el lugar estaba triplemente acordonado. Había una hilera de milicianos y dos de soldados del ejército que nos impedían el paso. Entonces, de la nada, salieron decenas y decenas de camiones, y los milicianos y los soldados los dejaron pasar, y los camiones aparcaron aquí y allá, por todo el centro comercial, y de ellos salieron cientos de soldados que empezaron a cargar toda la comida en los camiones. Eran muy rápidos y sus movimientos parecían orquestados, como si fueran un único ser vivo, un monstruo que estuviera absorbiendo todos los huevos y la leche, el yogur, las carpas, los lucios, las pechugas de pollo, el cerdo, la ternera, el salami, las uvas negras y las patatas amarillas, y todo el aceite de girasol y la harina, el azúcar, el maíz, todas las naranjas y los plátanos. En poco tiempo, todo el milagro que había supuesto toda aquella comida pasó a ser historia, y los camiones empezaron a marcharse, uno tras otro, y los soldados y los milicianos se subieron a otros camiones, que también habían surgido de la nada. Desaparecieron y solo quedamos nosotros: una horda de gente cargando bolsas vacías, anestesiada por su propia incredulidad.

Nunca habían hecho desaparecer toda la comida de un Circo del Hambre el día de su inauguración. Buena parte de la gente se fue, pero yo quise entrar en el centro comercial, meterme en todas las tiendas, y al menos encontré algo a la venta: un refresco carbonatado, amarillento, supuestamente hecho con naranjas. Cico, se llamaba. Las botellas eran pequeñas y delgadas. En cada una de las tiendas del centro comercial había una chica en la puerta, con un vestido blanco almidonado, y detrás de ella había un enorme estante lleno de botellas de Cico.

Regresé a casa y me senté en el sofá, en la sala de estar, con las bolsas completamente vacías en las manos. Nuestro bufé era un bufé libre de hambre. ¿Qué podía hacer sino esperar a mamá? Siempre volvía con algo de comer.

Mi mente se transformó en un escenario repleto de enormes altavoces de los que empezó a brotar la versión en directo de ***Mistreated***. Y no pude soportarlo. Creo que era la parte en la que la banda para y Coverdale sigue cantando. Luego cogí un libro de uno de los estantes que había junto al sofá. No presté atención a qué libro era. Lo abrí y leí:

> El Partido revolucionario, las fuerzas progresistas, la clase obrera —como clase dirigente de la sociedad— tienen que cumplir con su responsabilidad histórica en las mejores condiciones posibles, tanto en el desarrollo de las fuerzas productivas, en la conformación de las relaciones de producción, como en la afirmación, en toda la sociedad, de las revolucionarias concepciones materialistas-dialécticas del mundo y de la vida.

Era una cita de Ceauşescu. El título del libro era ***Materialismo dialéctico***. Una cosa enorme escrita por algunos filósofos ***apparatchik*** rumanos. Deben de ser ***la crème de la crème,*** pensé. Mamá había comprado ese libro. Era militante del Partido y llevaba un taller político-ideológico en el trabajo. Trabajaba en la administración de una fábrica de calzado.

Y ahora imagínate una cosa. Imagínate a una madre soltera volviendo del trabajo y encontrándose a su único hijo, un chaval flaco de pelo rizado y rebelde, tirado en el sofá, con las gafas puestas, hojeando un libro enorme titulado ***Materialismo dialéctico***. Podrías pensar que se detuvo un segundo a contemplar a su chico, porque en el fondo era un buen chico. Pues bien, lo que hizo fue empezar a gritarme.

—Quieres seguir los pasos de Paul, ¿verdad? ¿Quieres entrar en la Facultad de Filosofía, ser expulsado, tocar en un restaurante y acabar cruzando a nado el Danubio? ¿Es eso lo que quieres?

Había empalidecido.

—He aprendido mucho de Paul —dije—, pero no apruebo lo que ha hecho.

—¿Quién te crees que soy? ¿Uno de tus colegas del instituto? ¡Soy tu madre, chaval! A mí no me engañas. Si no te gustaba lo que iba a hacer, ¿por qué no trataste de detenerlo?

Luego se sentó en el sofá, a mi lado, y se puso a llorar.

—No dejo de pensar en los padres de Paul, en su madre, que en paz descanse.

—Paul no es un mal tío, me enseñó lo increíble que puede llegar a ser la vida de un estudiante de Filosofía. Y cómo de humillante puede llegar a ser tocar en restaurantes.

—¿Humillante por qué?

—Porque al final todo se reduce a tocar *Zabadak* para los clientes extranjeros.

—¿Tocar el qué?

—Mamá, quiero estudiar Filosofía. Quiero ser admitido en la Facultad de Filosofía y acabar la carrera. Lo demás se ha acabado para mí. La música, los restaurantes.

—No te creo.

—¿No te has fijado en que he dejado de tocar la guitarra? Mira donde está. Ahí, detrás de la cómoda. No la he tocado desde que Paul se fue. Es cierto.

Pasa el tiempo, y me encuentro ante un hombre de unos cincuenta años, recién afeitado, con gafas, el pelo castaño claro, vestido con una camisa marrón oscuro y un jersey marrón claro con el cuello en pico. Es primo de mi madre. Estoy en casa, en la sala de estar. Él está sentado en una silla; mamá y yo, en el sofá.

—¿Eres miembro de la Juventud Comunista? —me preguntó.

—Sí.

Todos lo éramos.

—Bien. ¿Has visitado ya la Facultad de Filosofía?

—No.

—Pues deberías. Está en un edificio majestuoso. En la planta baja está la Facultad de Derecho, y justo encima, en el primer piso, está la Facultad de Filosofía. En Rumanía, Fane, la Filosofía está por encima de la ley, nunca lo olvides.

—No lo haré.

—Me gustas. Eres un chico listo.

—Y un poco perezoso, también —dijo mamá.

—¿No lo son todos? Ve a la biblioteca de la Facultad de Filosofía, Fane. Es enorme y tiene cinco ventanas muy altas. En el exterior, ante cada ventana, hay una gran estatua con un nombre tallado en la base: Licurgo, Solón, Cicerón. Nunca recuerdo los otros dos. Cuando el Partido celebra algún tipo de evento, las tapan, todas, las cinco. Dos con banderas del Partido, dos más con la tricolor, y la del medio, la de Cicerón, con un retrato de Ceauşescu. Una vez, durante uno de esos eventos, yo estaba en la biblioteca, quería consultar algo en un libro, conocía al bibliotecario, y me senté en una mesa junto a la ventana del medio, la que da a Cicerón, aunque en aquel momento era al retrato de Ceauşescu, que estaba tapando a Cicerón y me protegía de los rayos cegadores del sol. Era un día soleado y yo estaba *à l'ombre du grand homme en fleur…*

—¿Quieres más licor de cereza? —dijo mamá. Le había servido licor de cereza en un pequeño vaso. El licor se lo había dado su hermana, lo había hecho ella misma. Pero él no se lo había bebido aún.

—Una vez entres en la Facultad de Filosofía te convertirás en un miembro del Partido. Pero eso ya no significará nada. Un montón de gente es miembro del Partido. Tu madre lo es, yo también lo soy. Entonces ejercerás como profesor tres años. Donde sea que te toque. Probablemente, en un pueblo olvidado y lejano. No podrás hacer nada por evitarlo. Solo que durante esos tres años también te convertirás en un editor junior. Hablaré por ti y entrarás en el equipo editorial que edita la serie ***Del pensamiento del presidente de Rumanía***. Se han publicado muchos volúmenes. Pensamiento filosófico, pero también económico. Hay uno sobre arte y literatura. Siempre están trabajando en algo nuevo.

Se calló y sonrió.

—No hay nada en el mundo que su pensamiento no pueda alcanzar. Excepto una cosa: la Lógica. Nunca ha dicho nada de la Lógica. No me sorprendería lo más mínimo que un día eliminasen la Lógica del currículo. ***Del pensamiento lógico del presidente de Rumanía***, he aquí un título poco probable, tan improbable como el de ***Silogismos de la amargura***.

Se calló otra vez, para saborear el efecto que sus palabras habían tenido en nosotros, y lo que sentíamos era, déjame decirte, terror absoluto. Era como un poderoso noble, tan poderoso que podía hacer juegos de palabras sobre el rey ante sus parientes pobres: una viuda que nunca volvió a casarse y su hijo adolescente. Me conocía desde que era un crío. Había sido ***un type bien*** que leía libros en francés. Podía sufrir un lapsus y decir: ***«Comment est-ce qu'on dit ça en roumain?»***. Como si su francés fuese mejor que su rumano. También tenía una palabra fetiche, una francesa, por supuesto, ***«velouté»,*** que significa algo así como aterciopelado o suave. Para él, muchas cosas eran aterciopeladas: los vinos, las miradas, las faldas. No sé exactamente a qué se dedicaba. Mamá le había pedido que nos visitara y hablara conmigo porque yo quería ser estudiante de Filosofía y ella no sabía nada sobre lo que se suponía que podía hacer con la filosofía.

—Luego te pondré en contacto con una mujer poderosa. Es licenciada en Filosofía y quería ser filósofa, pero el Partido la necesitaba y se hizo propagandista. Ahora es conocidísima. Es una tía dura, pero en realidad es una romántica. Dile que Platón te ha impresionado. Eso le gustará, aunque te dirá que Platón nunca entendió cómo funciona el mundo en realidad, pese a haber sido un esclavo durante un corto período de su vida. Tienes que serlo durante bastante más tiempo para acabar de entenderlo. Le va a encantar el hecho de poder llevar a un joven idealista como tú por el buen camino del materialismo. Si le gustas, te encontrará algo en Bucarest.

Mientras lo escuchaba, empezó a sonar en mi cabeza ***El Danubio azul,*** de Johann Strauss, y sus palabras desataron un poderoso torbellino que me dejó sin nada a lo que agarrarme.

—En el capitalismo, el hombre explota al hombre, en el socialismo es al revés. Es un chiste que oí de joven. Fane, Fane… En nuestro mundo, los filósofos no son unos excéntricos discretos que se reproducen por partenogénesis como ocurre en Occidente. Allí, viven en invernaderos. Todas esas universidades que tienen en Occidente son como invernaderos. Ni hace demasiado frío, ni les da mucho el aire. Aquí, en cambio, los filósofos viven entre la gente y tienen poder, un poder real, porque para nosotros la realidad no solo es material, como en el capitalismo. La materia está en movimiento, para ellos y para nosotros. Pero nosotros llamamos a ese movimiento «dialéctica», y nadie sabe lo que es realmente. Y al hacerlo, admitimos que lo real es un misterio, y a la vez, que es algo sagrado. Nuestro materialismo es sagrado, Fane. El de ellos, no. Su materialismo es profano. Por eso somos superiores, y por eso nuestros filósofos tienen poder, porque el pueblo cree tener acceso a lo sagrado. Fue una genialidad de Marx llamar dialéctica a su materialismo. En realidad, la palabra es de Hegel, que dijo que pertenecía a Heráclito. De todos modos, ya verás. Fane, Fane… Para un filósofo, Rumanía es el Edén. Piensa en ello. El nombre de la diosa griega Armonía es un anagrama de Rumanía. Vivirás la vida de un príncipe. ***Une vie veloutée***. Lo único que tienes que hacer es decir que la forma en que se mueve la materia es dialéctica y nunca admitir que no sabes qué narices significa eso.

—Pero, mamá, ¿eso es no es inmoral?

—¿El qué?

—¿Ser filósofo y no confesar que no sabes lo que es la dialéctica?

—Entonces hazte soldador.

—¿Te acuerdas de aquel amigo de papá, que trabajaba en un instituto donde no tenía nada que hacer, y le decía a papá que quería dejar el instituto porque era inmoral trabajar en un instituto que dirigía un tipo que era miembro del Partido?

—Claro que me acuerdo. Se acostaba con las mujeres de sus amigos, y cuando su mujer puso en marcha el divorcio, les pidió a sus amigos que testificasen y dijesen que su matrimonio había sido un matrimonio infeliz. Llegó a coquetear conmigo en una ocasión. Toda una autoridad moral, ese amigo de tu padre. Y no te metas con mi primo. Deberías darle las gracias. Tengo que confesarte algo, Fane: cuando Paul se fue, me reuní con él y se lo conté todo, que tenías un amigo que había enloquecido y había cruzado el Danubio, y me dijo que no teníamos de qué preocuparnos.

La Victoria del Socialismo

De repente, todo el mundo estaba hablando del próximo Congreso del Partido, que debía dar

comienzo en noviembre. Y justo se estrenó una nueva película rumana en un cine del centro llamado Scala, y encima de la entrada colgaron un enorme cartel en el que habían escrito ***Noviembre, el último baile***. Era el título de la película, un drama de época sobre un príncipe infeliz que había pasado toda su juventud en París y había tenido que regresar después al pequeño pueblo donde había vivido cuando era niño. El título original era ***El lugar en el que no pasó nada,*** pero a los censores no les había gustado; y debería haberlo hecho, porque había habido muchos disturbios en el Bloque del Este. El caso es que alguien, tal vez el director, sugirió ***Noviembre, el último baile,*** que era una frase de un diálogo de la película, y a los censores les pareció bien. Ni siquiera el más sabio de los censores sabe en realidad lo que tiene entre manos.

El Congreso dio comienzo el 20 de noviembre, más de una semana después de que la gente derribara el Muro de Berlín, pero mi madre y yo no teníamos ni idea de que aquello había ocurrido. Estaba solo en casa, encendí la tele y lo primero que escuché fue una voz diciendo:

—En nuestro país, el consumo de calorías diario por ciudadano ha pasado de las 1800 que se consumían en 1950 a las 3300 que se consumen hoy.

No parecía nada saludable pegarse esos atracones. Pero, gracias a Dios, no era cierto.

Nuestro televisor era un viejo aparato de tubo, en blanco y negro. «Miraj», se llamaba. Un nombre de lo más apropiado para un televisor.

Después de aquello, el Timonel resucitó en la pantalla verdosa del televisor. Iba vestido con un impecable traje negro de tres piezas. No llevaba gafas, y parecía estar en buena forma. Había habido rumores de que estaba enfermo y de que Gorbachov iba a tomar cartas en el asunto, pero cuando lo vi, supe que los rumores no eran más que ilusiones.

Los delegados del Partido, que se contaban por miles, se ponían en pie para ovacionarle cada cinco minutos. Entonces, él contemplaba el inmenso salón y ellos se sentaban.

—Nada es eterno —dijo, en un momento dado.

Pero se estaba contradiciendo. Él era el mismo, y lo sería para siempre, eterno, y Rumanía era el lugar en el que nunca pasaría nada.

Al día siguiente fui a la Madriguera Dorada, pero la Madriguera Dorada había dejado de existir. Había estado cerca de una morgue, y la morgue había desaparecido también. Todo el vecindario había desaparecido. En su lugar había una gran meseta, cubierta de escombros y llena de perros. Mucha gente había tenido perro en esa zona. Ellos se habían ido, pero los perros seguían allí. Los estaba mirando cuando empezó a soplar el viento, y algo empezó a palpitar bajo el polvo que lo cubría todo. Eran folios. Cogí uno, luego otro, y luego otro más. Eran certificados de defunción. Los certificados tampoco se habían ido a ninguna parte. El viento los estaba devolviendo a la vida. Sopló más fuerte y los hizo despegar. Volaron sobre mi cabeza dejando tras de sí una estela de polvo. Me cubrí la cara con las manos. Cuando abrí los ojos, habían desaparecido.

Sabía que se habían demolido barrios enteros para despejar el lugar para un proyecto faraónico y del todo paranoide, en cuyo centro habría un enorme palacio: la Casa del Pueblo, la futura sede del Partido y su secretario general. No sé por qué, pero en ese momento la palabra «secretario» me hizo pensar en secretos. Al comunismo le encanta esconderse: es su naturaleza. Junto a la Casa del Pueblo también se había levantado otro edificio oficial. La Casa de lo Sagrado.

Justo enfrente de la Casa del Pueblo se desplegaba un bulevar más grande que los Campos Elíseos: el Bulevar de la Victoria del Socialismo. El Bulevar de la Victoria del Socialismo por Encima de Todo, decía el chiste.

Llevaba mucho tiempo evitando esa parte de la ciudad, pero mamá pasaba por allí casi todos los días de camino al trabajo. Un día vio cómo derribaban la cúpula de una iglesia con una enorme bola de acero suspendida de una grúa. La cúpula se había caído, pero la bola seguía balanceándose y los trabajadores se persignaban. Otro día pasó por una hilera de casas con las paredes medio derruidas y en una de ellas vio a una pareja de ancianos preparándose para meterse en la cama.

No hay nada que no puedas hacer

Completaré mis documentos de admisión con citas falsas de los discursos de Ceauşescu. Entraré en la Facultad de Filosofía y rezaré para que no eliminen la Lógica del plan de estudios. Y suspenderé todos los exámenes de Lógica y buscaré a una mujer mayor, preferentemente sueca. Alguien que ha crecido con una bufanda tapándole la nariz y la boca, y con algodón en las orejas, nunca podrá cruzar el Danubio a nado, ni siquiera en julio. Tendré que buscar a una sueca y casarme con ella. De Suecia emigraré a Canadá y allí tocaré con Paul en un bufé libre de Toronto. Todo lo que tengo que hacer es usar mi imaginación. Eso me repetiría un día tras otro.

Diciembre del 89

I

El 21 de diciembre, muy temprano por la mañana, mamá me despertó e hizo que le prometiese que no me iría de casa hasta que volviera. Tardaría uno o dos días.

—Me ha llamado mi hermana. Necesita dinero. Voy a coger el tren. Tienes caldo en la nevera. Y pon la tele.

—¿Por qué tengo que poner la tele?

—Hazlo. Y no salgas de casa, ¿vale?

Su hermana vivía en una pequeña ciudad cercana a Bucarest. Vivía sola en una vieja casa que siempre necesitaba algún tipo de reparación. Mamá se fue y yo me volví a la cama.

Cuando me desperté, puse la tele y primero oí una voz decir:

—Queridos camaradas y amigos…

Y entonces apareció el Timonel.

—Quisiera enviarles un cordial saludo revolucionario…

El Timonel y su esposa estaban en el balcón del edificio del Comité Central, sede del Partido. Frente a ellos había un mar de gente sobre el que flotaban innumerables retratos del Timonel y de su esposa. Era un día soleado. El Timonel y su esposa llevaban abrigos bonitos: el suyo era negro, cruzado, con el cuello de piel, también negro; el de ella era de color claro, con un gran cuello de piel oscura. Había otros hombres en el balcón; ella era la única mujer.

—Me gustaría agradecer también a los organizadores de este gran mitin popular…

Y entonces empezaron las protestas, sí, protestas, en el mitin. Dejó de hablar y miró al mar de rostros flotantes que había frente a él. Se oyeron más gritos, y la pantalla del televisor quedó en blanco. Habían cortado la transmisión.

Mi radio estaba en la cómoda que había junto al televisor; la guitarra, detrás. Cogí la guitarra, la enchufé y encendí la radio. Entonces cerré los ojos y me imaginé en la azotea del

edificio del Comité Central, con aquella guitarra roja en las manos.

—Una vez más, debemos demostrar con todas nuestras fuerzas…

La pantalla del televisor había vuelto a la vida, y el Timonel había reaparecido.

Las válvulas de la radio se habían calentado y empecé a tocar los riffs de apertura de *Mistreated*.

—Quiero informarles de una decisión importante. Esta mañana hemos decidido que, a partir del 1 de enero, el salario mínimo aumentará un diez por ciento.

Aquello era imparable, y yo también.

—Además, a partir del 1 de enero aumentará la asignación por hijo.

Golpeé las cuerdas con todas mis fuerzas. Usaba una púa gruesa y dura.

—… y las mujeres recibirán un bono por el nacimiento de su primer hijo…

Me dolía la mano derecha, la miré y vi que me sangraban los dedos. Entonces oí a Paul. Dios, cuántas veces habíamos tocado aquella canción. Fue como si estuviera a mi lado, dándole duro también al bombo de la batería.

—… asimismo hemos decidido que la pensión de supervivencia se incrementará en cien…

Entonces hice algo que solo Ritchie Blackmore podía haber hecho. Me saqué la guitarra de encima, la tiré al suelo, salté sobre ella y luego la cogí del mástil y la estrellé contra la pantalla del televisor.

2

Al día siguiente me despertó alguien golpeando con fuerza la puerta. Me levanté y miré por a mirilla.

—¿Quién anda ahí?

—¿Fane?

—Sí.

Era Marcel, un chico que vivía en el último piso. Un treintañero, soltero. Abrí la puerta, me hizo a un lado, se coló en mi sala de estar, contempló lo que quedaba del televisor. Donde había estado la pantalla había un agujero negro. Marcel parpadeó una, dos veces, como si tratara de escapar de una ilusión óptica. Junto al televisor estaba mi guitarra roja, tenía una grieta profunda en el mástil.

—Han huido —dijo, al fin—. Ha aterrizado un helicóptero en la azotea del edificio del Comité Central y han huido.

—Disculpa, ¿quién ha huido?

—Ceauşescu, ¿quién si no podría huir del Comité Central?

—¿Por qué ha huido?

—¿Qué quieres decir con que por qué ha huido? Porque han asaltado el Comité Central.

—¿Quién?

—¿No te has enterado de lo que pasó ayer? ¿Después del mitin? Vamos a mi casa. ¡La televisión es nuestra, por fin!

Lo dijo de una forma tan inquisitiva que lo seguí tal y como estaba, en pijama.

—¿Qué pasó después del mitin? —le pregunté, de camino a su apartamento.

—La gente fue a un restaurante llamado El Danubio, en el Bulevar Magheru, y construyó una barricada. El bulevar estaba lleno de gente y de la nada salían vehículos militares. Cuando cayó la noche se desató un infierno. Tío, murió un montón de gente. Frente al Danubio. Gente joven. Y esta mañana, el Magheru estaba otra vez repleto de gente, y se dirigieron todos al Comité Central, y luego el helicóptero aterrizó en la azotea y ellos huyeron. ¿Qué hora es?

—Supongo que las doce pasadas.

—Entra.

Entramos en su sala de estar y Marcel encendió el televisor. El suyo también era un Miraj. Lo primero que oímos fue una voz.

—Hermanos, gracias a Dios estamos en un estudio de televisión.

Y luego la voz se materializó.

—Yo conozco a ese tío —dijo Marcel.

—¿Quién es?

—Hamlet.

—¿Hamlet?

—Sí, es un actor. Lo he visto.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En ***Hamlet,*** tío.

Hamlet y un grupo de personas estaban de pie ante una mesa. Hamlet miró a un chico que había a su lado y dijo: «Aquí tenéis a nuestro héroe, el Poeta».

—También lo conozco. Es un disidente.

—¿Un disidente?

—Sí, un disidente. Escucha, los poetas no son tan inútiles como parecen en tiempos de necesidad.

—Por favor, miradlo —dijo Hamlet, señalando al Poeta—. Está trabajando.

Hamlet, el Poeta, y los otros estaban de pie frente a una gran mesa. Sobre la mesa, delante del Poeta, había un cuaderno abierto.

—Contemplemos a Dios —dijo el Poeta.

Estaba pálido y parecía venir de otro mundo.

—Parece un fantasma —dije.

—Quiere venganza.

—¿Venganza?

—¿Quieres callarte? Vete a casa si no quieres verlo. —Subió el volumen del Miraj al máximo y oímos al Poeta gritar: «¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!».

3

Cuando volví a casa, mamá estaba en la cocina. Me abrazó y me preguntó:

—¿Qué le ha pasado a la televisión?

—¿Has visto a Hamlet?

—¿Qué bicho te ha picado?

—El Magheru estaba repleto de gente. Un helicóptero ha aterrizado en la azotea del Comité Central y han huido. Mamá, ¡somos libres! Es lo que ha dicho el Poeta.

Mamá no dijo nada, volvió a la cocina. Sobre la mesa había una bandeja con un montón de sus exclusivos pastelitos con capas. Dos capas, de hecho, con un relleno cremoso de nueces.

—Los hice ayer, en casa de mi hermana. Tenía de todo, harina, huevos, crema. Nueces. Pero no tenía cacao, así que no pude acabarlos. Déjame hacer el glaseado. Luego hablamos de Ceauşescu, ¿vale? Tiene que quedar algo de cacao por aquí…

Supongo que era justo, me dije. Hay una cosa que debes saber sobre mi madre: cocinar es su yoga.

—Si Paul estuviera aquí… —dijo.

A Paul le encantaban aquellos pastelitos. El glaseado le quedaba perfecto. Cuando Paul los probó por primera vez quiso saber cómo se llamaba ese postre maravilloso. Le dije que de ninguna manera. Mientras observaba el inmaculado glaseado de chocolate, dijo: «Llamémoslos Nalgas de Gerda. Una vez tuve una novia, se llamaba Gerda». Me reí, aunque no pillé el chiste. Pero desde entonces fue así como llamamos a aquellos pasteles. Mamá se enteró y no pareció molestarle.

Luego oímos un ruido fuerte proveniente de la escalera. Abrí la puerta de casa y vi a Tanti Niculina arrastrar una enorme bolsa escaleras abajo. «Tanti» viene de ***tante***, tía, todo el mundo la llamaba así. Cuando me vio, dijo:

—¡Una bomba, Fane, han puesto una bomba!

—¿Una bomba? ¿Dónde?

—En la estación de autobuses, debajo de la gasolinera.

Vivíamos cerca de una estación de autobuses. Durante todo el día, los autobuses hacían cola para entrar en la gasolinera con los motores en marcha y todo el vecindario estaba

envuelto en humo, como si en vez de un vecindario fuese el escenario de un concierto de rock.

—Díselo a tu madre, Fane, y salid de aquí. ¡Salid tan pronto como podáis!

—¿Cómo sabes lo de la bomba? ¿Lo han dicho en la televisión?

—Por dos tíos que trabajan allí. Han dado la alarma. Lo sé por la señora Visarion.

—¿Quién ha puesto la bomba?

—Los terroristas. ¡Dios Todopoderoso, Fane! ¡Coge a tu madre y vete! Dile que lleve encima algún tipo de identificación, y tú coge tu certificado de nacimiento. Dios, ya no eres un niño.

Fui a la cocina y le grité a mamá:

—¡Hay que salir de aquí! Va a haber una explosión.

—No puedo —dijo ella—. Tengo que terminar el glaseado.

La arrastré fuera de la cocina y nos fuimos.

—¿A dónde vamos? —me preguntó. Debajo del abrigo aún llevaba puesto el delantal.

—A casa del padre de Paul —dije.

—¿Sabe que vamos? A lo mejor está ocupado.

4

A las puertas de nuestro edificio, en la calle, había un columpio en forma de A. Alguien lo había cogido de un parque cercano y lo había plantado en medio de la calle. Era una bonita imagen. La barricada de la inocencia.

Pasamos junto al busto de Garibaldi y la antigua fábrica de Ford. Las calles estaban desiertas.

Dan abrió la puerta y noté algo detrás de su pierna. Era Pirata.

—Mira quién ha venido, Pirata. Es Fane, Pirata. Nuestro Fane y su madre. Por favor, pasad. ¿Os habéis enterado? Ha huido. Lo que quiere decir que mi hijo, el fugitivo, puede volver a casa. ¡Nuestro Paul, Pirata! Volverá a casa y montará una banda, montará una banda con Fane y se irán de gira por todo el mundo. Y el nuevo Gobierno rumano, porque creo que vamos a tener un nuevo Gobierno, dará a todos los refugiados que regresen a casa un vale por valor de mucho dinero para comprar todo el equipo que quieran, el mejor equipo de sonido que exista. Y será un préstamo sin intereses. ¡Dios bendiga al nuevo Gobierno rumano! ¿Quieres un poco de brandy de ciruela?

—En realidad —dijo mamá—, preferiría una taza de té, si no te importa.

—Té, claro, un té, estupendo. Dame un minuto. Aunque me temo que me he quedado sin azúcar. No tengo nada dulce.

—Qué pena no haber traído alguno de mis pasteles, ¡oh, Dios mío!

—¿Ha pasado algo?

—Nada, nada —dijo mamá mientras se quitaba el delantal—. Por favor, discúlpame. Es que estaba haciendo el glaseado de los pasteles cuando tuvimos que irnos. Fane me dijo que la estación de autobuses iba a explotar. Fane, ¿por qué no vuelves y traes algunos pasteles? Lo siento, no están glaseados.

—Estoy seguro de que estarán estupendos de todas formas.

—Lo cierto es que el glaseado es importante… Fane, cariño, ¿qué te pasa? Estás pálido.

—Vamos a darle un respiro a chaval —dijo Dan—. Iré yo, no pasa nada. Estoy seguro de que no hay ninguna bomba. Dame las llaves. ¿Dónde están los pasteles?

—En la cocina, sobre la mesa.

—Vuelvo enseguida. Sentaos y poned la tele.

Mamá le dio las llaves y Dan se puso un viejo abrigo.

—Eh, escuchad —dijo justo antes de irse—. ¿Sabéis que hay grabado en las matrículas de todos los coches que se registran en Ontario? Me lo contó Paul la última vez que hablamos. Nunca lo adivinaríais. ***Yours to discover.*** «Tuyo, para descubrir». ¿Os lo podéis creer?

۵

En la televisión había muchos civiles, algunos generales, un sacerdote. Hombres, todos eran hombres. Era una transmisión en directo desde el estudio principal de la televisión rumana. Se llamaba a la calma, se pronunciaban discursos patrióticos, se daban mensajes, órdenes. Órdenes que pretendían mantener el orden. Luego apareció un chico en pantalla.

—Hay novedades sobre el agua. ¡Tened cuidado! Hay criminales envenenándola. ¡No bebáis agua del grifo! Tened cuidado con los niños.

Fui al baño y presioné la parte trasera de mi lengua con los dedos. Intenté vomitar en vano. No podía recordar si había bebido agua ese día. Pero era el miedo lo que quería expulsar, no el agua.

—¿Fane, estás bien?

—Sí. Dame un segundo.

—Date prisa, han pillado a Nicuşor.

—¿A quién?

—Al hijo. ¡Corre!

Me lavé la cara y me senté al lado de mamá, delante de la tele.

—Aquí está el heredero de la Corona —dijo el chico que había anunciado que el agua

estaba envenenada.

Nicuşor estaba asustado y tenía un moratón en la cara. El príncipe se había convertido en un plebeyo.

Luego, a lo lejos, se escucharon ráfagas de ametralladoras. Y luego sonaron más y más cerca. Luego una bala golpeó el alféizar de la ventana. El vidrio se rompió, Pirata empezó a ladrar y yo empecé a temblar. El sonido en vivo de las balas cuando golpean algo y rebotan es muy diferente del que se oye en las películas. Las balas de verdad hacen vibrar el aire. Es como la diferencia entre una batería cuando estás frente a ella y cuando la escuchas en un disco.

—Tenemos que irnos —dije. Era un pésimo nadador tratando de cruzar el río de mi propio miedo.

—¿Te refieres a casa? No tenemos llaves…

—No, tenemos que subir a un piso más alto, estamos demasiado cerca de la calle.

—¿Crees que subir nos ayudará en algo?

—¡Tenemos que salir de aquí, por el amor de Dios! Matarán a todo el mundo que esté en los pisos bajos.

—¡Fane, cálmate! Ten, un poco de agua.

Salí del apartamento de Dan, subí al piso de arriba y llamé a una puerta. El bloque tenía cuatro pisos. Una niña en pijama abrió la puerta.

—Apaga las luces —le grité—. Y avisa a tus padres. Quiero hablar con ellos.

—No están aquí. Estoy con mis abuelos. Están durmiendo.

—Déjame entrar, tengo que despertarlos.

—Están sordos. Te conozco. Te he visto antes.

—Déjame entrar —dije, y la hice a un lado. Entré en el piso y fui a una de las habitaciones, pero estaba oscuro y me golpeé con una silla y caí sobre algo blando.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo una voz bajo mi pecho. Alguien dio la luz. Había caído en un sofá cama, al lado de un anciano con los ojos cerrados y encima de una anciana con el rostro parcialmente cubierto con un edredón. Junto al sofá, sentada en un taburete, estaba la niña, mirándome en silencio. Luego se oyeron algunos ruidos, como un latido, golpes rápidos. ¿Una ametralladora? Era alguien llamando a la puerta. ¡Un terrorista! Pero ¿por qué iba a llamar un terrorista a la puerta? Tengo que esconderme, pensé, pero ¿dónde? ¿Debajo del sofá cama?

Entonces entró mamá.

—Fane, tienes que bajar a hablar con alguien.

El tipo estaba de pie debajo del retrato de Proust. Era corpulento y solo llevaba encima un jersey. Tenía un nombre extraño, Minchovski o algo así. Nos dijo que en un cruce cerca del edificio del Comité Central dos civiles le habían hecho señas a su coche y le habían preguntado si podía llevar a un joven herido al hospital, y él había dicho que sí, que por supuesto. Habían traído al chico y lo habían dejado en el asiento de atrás. Le habían dicho que le habían disparado delante de la tienda de discos, delante de Muzica. Estaba consciente, se llamaba Paul. Le habían disparado en una nalga y había perdido mucha sangre. Cuando llegaron al hospital, el chico, Paul, le había dado aquella dirección. Le había dicho que allí vivía su padre y le había pedido que fuese a verlo y le dijera que estaba en el hospital.

—Sí —dije—, aquí vive un hombre que tiene un hijo que se llama Paul, pero Paul vive en Canadá. Vive en Toronto, en un pequeño estudio encima de un bufé libre, en el bloque número 92 000 de una calle que es virtualmente infinita. Así que no puede ser él.

Del pensamiento lógico de Fane. Aquel era, también, un título poco probable.

—No hay tiempo que perder —dijo Minchovski—. Puedo llevarte al hospital. No queda lejos.

Mamá se tapó la boca con las dos manos y dijo:

—No puede ser él. Fane, ¿a dónde vas?

Me fui y ella se quedó en casa de Dan. No fui porque creyera que aquel Paul pudiera ser Paul. Fui porque estaba avergonzado. Avergonzado de mi propio miedo.

El asiento trasero del coche de Minchovski, un Lada, estaba manchado de sangre, y casi me desmayé cuando lo vi. Me dejó en la puerta de urgencias. Por todas partes había ambulancias, médicos, enfermeras, camillas, sangre, heridos. Tardé un tiempo en poder hablar con una enfermera. Le dije que estaba buscando a un chico que había recibido un disparo en el culo, y ella me dijo que esperara. Al cabo de media hora regresó y me pidió que la siguiera. Recorrimos un montón de pasillos y en mi mente repetía lo que pensaba decir cuando estuviera ante aquel chico: «Ha sido un malentendido, pero te ayudaré a encontrar a tu padre». Finalmente entramos en una habitación. Ya era de noche y estaba mal iluminada.

Había dos camas en la habitación, y una estaba vacía. En la otra había un hombre mayor. Tenía el pelo tan blanco que parecía que alguien le hubiera vaciado un paquete de harina encima.

—Hay una mochila debajo de la cama —dijo la enfermera—. Es suya. ¿Eres amigo suyo? Ve a la morgue. Está en el sótano. Baja por las escaleras, queda a la izquierda. Necesitará ropa.

Luego se fue y yo me senté en la cama vacía. Abrí la mochila y rebusqué frenéticamente entre las pocas cosas que había dentro. Mis dedos se deslizaron sobre una superficie lisa. Era una carpeta de plástico. Dentro estaba la tarjeta de artista de Paul, emitida por el Consejo de Cultura y Educación Socialista, y junto a ella había un documento de viaje canadiense con su foto. Estaba sellado varias veces. Visados de entrada.

Se oían ametralladoras a lo lejos. Miré al anciano de la cama de al lado y luego me

acerqué a la ventana. Las balas trazaban sus trayectorias incomprensibles en el cielo oscuro. De repente fue como si las trayectorias de aquellas balas hubiesen dejado de importar en absoluto.

7

Cuando Paul murió, en el hospital, Dan estaba volviendo a casa con una bandeja repleta de Nalgas de Gerda. Aquella vez, sin glasear.

8

Paul había volado de Toronto a Ámsterdam y de allí a Viena. En Viena había cogido un tren a Budapest, adonde llegó el 20 de diciembre. Los húngaros habían abierto la frontera, en noviembre, o puede que incluso antes. En Budapest cogió un autobús que lo llevó a una ciudad cercana a la frontera de Rumanía. Todos los billetes estaban en su mochila. En su documento de viaje canadiense no había ningún visado rumano. No había podido entrar en Rumanía sin visado. Quiero decir, legalmente. Y seguro que estaba en una lista negra. En Hungría, seguramente, había encontrado a alguien que le había podido llevar hasta Rumanía. Paul le habría pagado en moneda de cambio, y habrían cruzado la frontera.

Supongo que llegó a Bucarest el mismo 22 de diciembre, por la noche.

9

Lo enterramos el día de Navidad. Solo estábamos Dan, mamá y yo. Dejamos a Pirata en casa. Dan no encontró la correa. Fue un milagro que Dan pudiese arreglarlo en dos días. Ataúd, sacerdote. Llamó a algunos parientes, pero no vinieron. Aún se escuchaban ráfagas de ametralladoras en la ciudad y la gente temía salir de casa. Todos sabían que había sucedido algo irreversible, pero nadie podía decir qué ocurriría a partir de entonces. La situación era como una melodía que aún no tenía tonalidad central.

Cuando llegué a la capilla del cementerio, Paul ya estaba allí. El ataúd estaba abierto.

Quien fuese que lo hubiese atendido en la morgue había hecho un buen trabajo. Le habían puesto uno de los trajes de Dan.

Al poco, llegó un joven sacerdote y empezó a hacer lo que se supone que hacen los sacerdotes. Dio la vuelta al ataúd con su incensario, Dan le dio una botella de vino tinto y él la derramó sobre Paul, dibujándole una gran cruz en el pecho. El vino manchó la camisa blanca y la corbata azul de Paul. Entonces me di cuenta de que nada importaba.

Cuando mamá y yo llegamos por fin a casa, los niños que había delante de nuestro edificio gritaban con alegría: «¡Ha muerto! ¡Lo logramos! ¡Ha muerto! ¡Lo logramos!».

10

El 22 de diciembre, poco antes del mediodía, un helicóptero aterrizó en la azotea del edificio del Comité Central mientras los manifestantes lo asaltaban. El Timonel y su esposa se subieron a un ascensor y, como en una película de serie B —o en una de las buenas por lo que supuso toda la maniobra—, el ascensor se detuvo entre dos pisos antes de llegar a la azotea, y dos guardaespaldas tuvieron que abrir las puertas a la fuerza. Al final, consiguieron llegar a la azotea. Había bastante gente que quería salir de allí en aquel helicóptero, pero solo seis lo hicieron: los Ceauşescu, dos guardaespaldas y dos oficiales de alto rango.

El Timonel le dijo al piloto que fuera a una de sus residencias fuera de Bucarest, en la orilla del lago Snagov, y aterrizaron allí. Luego volvieron a despegar, pero esta vez solo iban a bordo los Ceauşescu y dos guardaespaldas. Al poco de despegar, alguien le dijo al piloto por los cascos que Ceauşescu ya no estaba al mando, y el piloto le dijo a Ceauşescu que iban a tener que aterrizar porque a buen seguro los radares de las fuerzas aéreas les habían detectado para entonces y no tardarían en dispararles. Exageraba, pero Ceauşescu lo creyó y le pidió que hiciera aterrizar el helicóptero. Lo hizo, en un campo de cebada. Él, su mujer y dos guardaespaldas se bajaron, y luego el helicóptero volvió a despegar y se alejó.

Debería haberse dado cuenta de que el piloto exageraba, pero ya era demasiado tarde. Lo que ocurrió a continuación fue que los dos guardaespaldas desaparecieron también. La pareja más protegida del país había acabado allí, sola en un campo de cebada. Ni siquiera había un guardián entre la cebada.

De la cima de su ciudadela inexpugnable a un campo de cebada desierto: he aquí una de las grandes piezas cinematográficas de la historia.

Unas horas más tarde, los Ceauşescu fueron capturados y después se los llevó a una base militar en la ciudad de Târgovişte. Târgovişte había sido la capital de Valaquia durante la época de Vlad el Empalador. Y claro, no puedes empalar a alguien sin alguien a quien

empalar. El día de Navidad, en esa misma base militar, los Ceauşescu fueron inmediatamente juzgados, condenados a muerte y ejecutados.

Cuando los soldados estaban llevándolos al lugar de la ejecución, la mujer de Ceauşescu les espetó que debía darles vergüenza lo que hacían, porque ella los había tratado como una madre. La madre de los inventos. Murieron con sus lujosos abrigos aún puestos. Alguien filmó la ejecución. La cámara se acercó a ellos y se vio cómo sus abrigos estaban manchados de sangre y cubiertos con una fina capa de polvo de la pared que estaba detrás de ellos.

Mamá dijo que Ceauşescu debía haber sido el único presidente en la historia que jamás había engañado a su mujer, y que cuando despegaron en ese helicóptero, desde la azotea del edificio del Comité Central, debieron de sentirse como dos amantes embarcados en el Titanic.

El molinillo y la Fender

I

A principios de 1990, cada noche se emitía en nuestro único canal de televisión una obra de Shakespeare de la BBC, seguida por un juicio filmado de algunos de los principales secuaces de Ceauşescu. Al cabo de un tiempo, se quedaron sin obras de Shakespeare, y nos dejaron únicamente con los juicios: una tragedia de lo más lamentable, sin nada que leer entre líneas.

El primo de mamá, el que nos había dicho que Armonía era un anagrama de Rumanía, se fue a Francia y nunca regresó.

—Nos hemos librado del Timonel y ahora vamos a la deriva —dijo mamá, cuando se enteró.

Un día compré una botella de Bastion y me emborraché. Me metí en mi habitación y me puse a gritar como un loco todo tipo de cosas. Grité:

—Entraré en la Facultad de Filosofía. Suspenderé todos los exámenes de Lógica y me compraré una Fender Stratocaster. Porque no es suficiente con escribir sobre cosas abstractas, aunque, de alguna forma, también sean necesarias. Es maravilloso oír un buen poema de amor, pero no es suficiente. Así que emigraré a Canadá y tocaré en un bufé libre. Todo lo que tengo que hacer es usar mi imaginación.

Supongo que fue mi primera borrachera seria.

—¿Te has enterado de las protestas en la Facultad de Filosofía? —me preguntó mamá al día siguiente.

—¿Qué protestas?

—Algunos estudiantes están pidiendo que se elimine la Lógica del plan de estudios. No estoy bromeando. Lo escuché en la radio. Ahora que somos libres, creo que será mejor que te mantengas alejado de esa facultad. Se acabó la dialéctica. Ahora solo tenemos materialismo.

Llamé a Virgil y me dijo que planeaba a convertirse en un hombre de negocios.

—He comprado 3000 huevos. Los he conseguido muy baratos. Para Pascua.

—Sí, pero la Pascua es el mes que viene.

—Tío, los he conseguido baratos de verdad. Cambiaré todo lo que gane por dólares americanos.

Confesó vender apenas un par de cientos de esos huevos, y el Viernes Santo empezó a comerse seis al día para no sentirse tan culpable, aunque todo el mundo le había dicho que era pecado comer huevos en Semana Santa. Cuando le conté a mamá lo de Virgil, se santiguó.

—Sé que tienes algunos ahorros —le dije, a principio de verano—. Me gustaría comprar una guitarra eléctrica. Nueva. Por favor.

—Después de la graduación. Y solo si me prometes que no intentarás matricularte en la Facultad de Filosofía.

Fui a la Embajada de Canadá. Y luego a la de Gran Bretaña, a la de Alemania y a la de Francia. Había gente durmiendo en la calle, delante de la Embajada de Alemania, para no perder su sitio en la cola. Todo lo que querían era una visa. Y eso que no había baños públicos cerca de ninguna de ellas.

Había sido declarado oficialmente no apto para el servicio militar —miopía—, así que no me molesté en intentar matricularme en ningún tipo de educación superior solo para pasar menos tiempo en el ejército. El día de mi graduación, mamá me dijo que iba a retirar todo su dinero, los ahorros de toda una vida.

—No lo he olvidado. Te compraré una guitarra eléctrica.

—Una Fender Stratocaster —dije.

Al día siguiente, fuimos a una oficina bancaria y mi madre retiró todo su dinero, en efectivo. Cuando la empleada le tendió todo aquel montón de dinero, ella le soltó que iba a comprarle a su hijo una guitarra eléctrica como regalo de graduación. La mujer sonrió y le dijo que ella necesitaba algo más que una graduación para comprar algo eléctrico. Mamá le devolvió la sonrisa, pero cuando nos fuimos, murmuró:

—Menuda imbécil.

Todo lo que pudimos comprar con ese dinero fue un molinillo de café manual, que en realidad nunca usamos porque a mamá y a mí nos gusta el café instantáneo. Mamá aún lo guarda en un armario, en su caja original, envuelto en el embalaje de plástico con el que salió de la tienda.

Fui al Gruta, y estaba vacío. Desierto. Y el Patria se había convertido en un gran almacén. El antiguo cine estaba ahora lleno de gente en busca de gangas: zapatos, camisetas, televisores. Luego fui a algunos de los pueblos de la zona, preguntando por una anciana llamada Agripina que vivía con su nieta. En uno de los pueblos, una mujer me dijo que había conocido a una anciana que se llamaba así y que vivía con su nieta. Pero que había muerto y que su nieta se había ido a Estados Unidos con su hijo pequeño.

—¿A América?

—Sí, cariño.

—¿Con su hijo?

—Eso es lo único que sé, que era un niño.

—¿Dejó una dirección?

—¿Una dirección? ¿Por qué iba a dejar una dirección?

—¿La ha llamado?

—Por supuesto que no.

Los hombres no entienden lo que es obvio, ni siquiera Homero lo hacía.

2

Conseguí mi primer trabajo en una empresa de alquiler de coches. En el anuncio decía: «Muy buen inglés, rumano aceptable». Coches alemanes que parecían nuevos, pero que no lo eran tanto. Cuando conseguí el trabajo era yo el que llenaba la nevera en casa —jamón dulce y todo lo que se pudiera—, y mamá suspiraba y decía que antes de que dispararan a Ceauşescu comíamos cosas más saludables. Que nos había dejado sin deuda externa y sin problemas de colesterol.

—Nos estamos maltratando —dijo un día, y regresó a las sopas de verduras. No tardé en mudarme. Alquilé un piso pequeño junto a una tienda de comestibles llamada Angst, que formaba parte de una cadena.

Una noche soñé que el mundo entero se había convertido en un escenario en el que se representaba una adaptación libre de ***Hamlet***. No había fantasmas, Hamlet y su tío habían fundado una empresa muy exitosa que producía tapones para los oídos, y todas las personas que vivían en el castillo bebían un refresco amarillo. A la mañana siguiente, sentí un deseo irrefrenable de estrellar algo contra el televisor, pero no lo hice.

No sé en qué año John McLaughlin pasó por Bucarest con una banda llamada Free Spirits. Un trío: guitarra, batería, teclista. Compré una entrada, pero al final no fui. No me apetecía ir solo. Tocaron en la Sala Palatului, el lugar en el que Ceauşescu había presidido el último congreso del Partido en noviembre de 1989. Nada es eterno. El Timonel había acertado.

Dan murió en 1999. Solía decir que no estaba preparado para el 2000. Murió en el hospital. Hemorragia interna. Una úlcera. La úlcera es una herida. Un día antes de morir, una enfermera le dio un pedazo de papel con su número. Era su número de móvil.

Le dijo que podía llamarla si necesitaba algo. Él cogió el pedazo de papel, la miró y dijo: ***«La dona e mobile»***.

Su primo, el señor Voicu, heredó su piso. Se deshizo de todo lo que había dentro y lo vendió. No sé qué fue de Pirata.

En el salón había una fotografía en blanco y negro enmarcada: tu abuela con tu padre en brazos el día que salieron de la sala de maternidad. Ham con Paul. Están en una calle concurrida, frente a la puerta de la maternidad, y al lado de la puerta hay un buzón grande. Ham se cortó el pelo; estaba cansada, pero le brillaban los ojos de felicidad. Miraba al objetivo de la cámara como si fuera una bola de cristal que le daba esperanza.

3

Ayer me compré un amplificador Marshall y una Fender Stratocaster: mástil de arce, cuerpo de fresno en acabado transparente, golpeador negro. Y hoy he tocado y cantado ***Sofa N.º 2***. Cuando cantaba, trataba de hacerlo un poco por detrás, pero no pude porque debía prestar toda mi atención a los acordes.

Así que he aquí la historia. Escrita a mano. Sin ***sobreproducir***, como diría Zappa. Hacía tiempo que no escribía tanto a mano. Espero que entiendas mi letra. Hubo un tiempo en el que era bueno en caligrafía. Me he empleado a fondo, que lo sepas.

Meteré este cuaderno en un sobre e iré a una oficina de correos. «A Los Ángeles, California, por favor.» Luego conduciré hasta el hospital de maternidad, y si todavía hay un buzón en la puerta, lo dejaré ahí.

Eres un milagro, Victor. Entré en Facebook con la esperanza de que una chica de la que me enamoré cuando era niño me encontrase, pero no me encontró. Y ocurrió que una noche, de la nada, me pediste que fuera tu amigo. No sabía que existías. Estaría bien vernos, si te apetece, cuando hayas leído esto. Y si Oksana no te deja, no le hagas caso. A veces debemos desobedecer a nuestras madres. Quiero saberlo todo de ti. Cuando nos veamos, serás tú el que hable, yo escucharé. Así es cómo continuará esta historia.

La Madriguera Dorada

Diciembre de 1988. El crepúsculo del comunismo rumano. Paul es estudiante de filosofía, pero consigue que lo expulsen de la facultad, porque su sueño es tocar la batería en un grupo. Fane está todavía en el instituto y se ha agenciado una guitarra eléctrica y una radio vieja que usa como amplificador. Solo se sabe el comienzo de «Mistreated», de Deep Purple. Pronto empiezan a quedar en el almacén de un teatro para ensayar. Oksana tiene 20 años y es camarera en un restaurante de provincias. En sus días libres los visita, les trae comida, consigue una mesa, un sofá, sillas. Cuando llega la Nochebuena bautizan el lugar como «la Madriguera Dorada». La Madriguera Dorada es una novela divertida, agridulce y conmovedora. Una historia íntima del poder redentor del arte más allá del telón de acero.

Cătălin Partenie es profesor de Filosofía en la Escuela Nacional de Estudios Políticos y Administración de Bucarest. En la década de 1980 tocó la guitarra en los grupos Sonophon, Krypton y Graffiti. Ha editado y traducido al rumano varios volúmenes y es coeditor de las Obras Completas de Platón en rumano. Su relato corto «Gudrun» (escrito en inglés) obtuvo una mención de honor en el concurso literario Frank McCourt 2019 y fue publicado en The Southampton Review. «La madriguera de oro» (Impedimenta, 2022) es su primera novela.

Título original: *The Golden Burrow*

Edición en ebook: junio de 2022

© 2020 Cătălin Partenie
Copyright de la traducción © Laura Fernández, 2022
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2022
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-59-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
La Madriguera Dorada
The buds
El plan
El maestro
El gruta
Un batería desarrollado unilateralmente
La Madriguera Dorada
Marzo del 88
Las puertas de hierro
No hay nada que no puedas hacer
Diciembre del 89
El molinillo y la Fender
Sobre este libro
Sobre Cătălin Partenie
Créditos